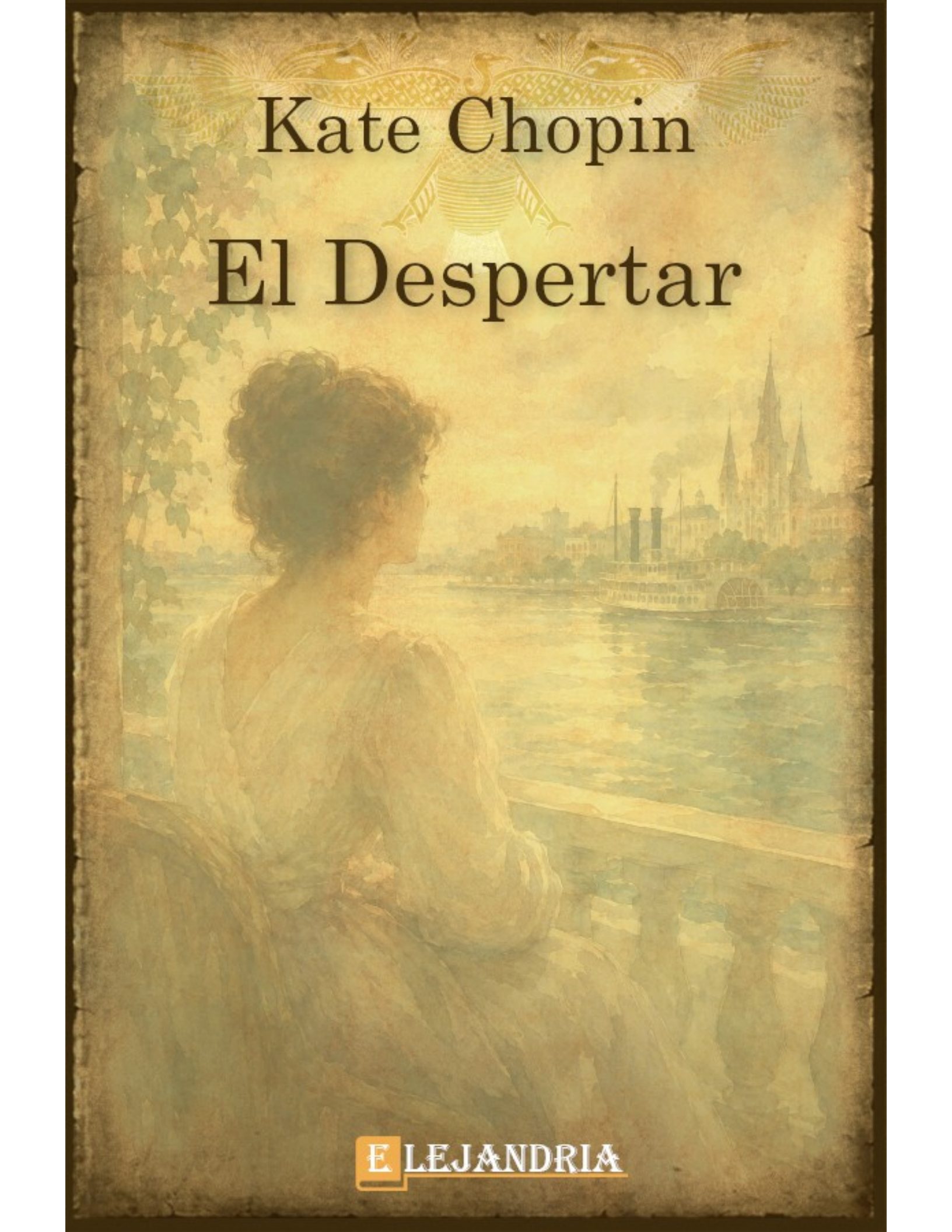


A decorative illustration of a woman with dark, curly hair, seen from the back and side, sitting on a balcony or bridge. She is looking out over a body of water towards a city with a large cathedral and a steamship. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting sunrise or sunset. The background features a large, ornate illustration of a woman's head and shoulders, looking out over a city with a large cathedral and a steamship. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting sunrise or sunset. The background features a large, ornate illustration of a woman's head and shoulders, looking out over a city with a large cathedral and a steamship. The scene is bathed in a warm, golden light, suggesting sunrise or sunset.

Kate Chopin

El Despertar

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL DESPERTAR

KATE CHOPIN

**PUBLICADO: 1899
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I

Un loro verde y amarillo que colgaba en una jaula ante la puerta no dejaba de repetir una y otra vez:

—*Allez vous-en! Allez vous-en! Sapristi!* ¡Eso es!

Sabía decir unas pocas palabras en español, y también en una lengua que nadie comprendía, salvo quizá el sinsonte que colgaba al otro lado de la puerta y lanzaba al viento sus notas flautadas con una persistencia exasperante.

El señor Pontellier, incapaz de leer el periódico con el menor sosiego, se levantó con un gesto y una exclamación de disgusto.

Recorrió la galería y cruzó los estrechos «puentes» que comunicaban entre sí los bungalós de los Lebrun. Había estado sentado ante la puerta del edificio principal. El loro y el mirlo eran propiedad de madame Lebrun, y tenían todo el derecho a armar el alboroto que les viniese en gana. El señor Pontellier gozaba del privilegio de abandonar su compañía cuando dejaban de resultarle entretenidos.

Se detuvo ante la puerta de su propio bungaló, que era el cuarto contando desde el edificio principal, el penúltimo. Se sentó en un sillón de mimbre que había allí y volvió a aplicarse a la tarea de leer el periódico. Era domingo; el papel tenía un día de retraso. Los dominicales aún no habían llegado a Grand Isle. Ya conocía la sección de mercados y repasó con inquietud los artículos de opinión y las noticias que no había tenido tiempo de leer antes de abandonar Nueva Orleans el día anterior.

El señor Pontellier llevaba quevedos. Era un hombre de cuarenta años, de estatura mediana y complexión más bien delgada; caminaba levemente en-

corvado. Tenía el cabello castaño y liso, con la raya a un lado. La barba, recortada con pulcritud y al ras.

De vez en cuando apartaba la vista del periódico y miraba a su alrededor. En la casa había más ruido que nunca. Al edificio principal lo llamaban «la casa» para distinguirlo de los bungalós. Los pájaros seguían con su charla y sus silbidos. Las gemelas Farival, dos chicas jóvenes, tocaban al piano un dúo de *Zampa*. Madame Lebrun iba y venía atareada, dando órdenes a voz en cuello a un mozo del patio cada vez que entraba en la casa, e instrucciones con idéntica estridencia a un criado del comedor cada vez que salía. Era una mujer fresca y guapa, vestida siempre de blanco con mangas hasta el codo. Sus faldas almidonadas crujían al pasar. Más allá, ante uno de los bungalós, una señora de negro paseaba con recato de un lado a otro, rezando el rosario. Bastantes huéspedes de la *pension* habían cruzado a la *Chênère Caminada* en el lugre de Beaufilet para oír misa. Algunos jóvenes jugaban al croquet bajo las encinas acuáticas. Los dos hijos del señor Pontellier andaban entre ellos: dos chiquillos robustos de cuatro y cinco años. La cuarterona que hacía de niñera los seguía a distancia con aire ausente y meditabundo.

El señor Pontellier encendió al fin un cigarro y se puso a fumar dejando que el periódico se deslizase indolentemente de su mano. Fijó la mirada en una sombrilla blanca que avanzaba a paso de tortuga desde la playa. Podía distinguirla con claridad entre los troncos escuetos de las encinas acuáticas y a través de la extensión amarilla de manzanilla. El golfo parecía lejano, fundiéndose en la neblina azul del horizonte. La sombrilla continuó acercándose despacio. Bajo su protección forrada de rosa venían su esposa, la señora Pontellier, y el joven Robert Lebrun. Al llegar al bungaló, los dos se sentaron con cierto aspecto de fatiga en el peldaño superior del porche, frente a frente, cada uno recostado contra un poste.

—¡Qué locura! ¡Bañarse a estas horas con este calor! —exclamó el señor Pontellier. Él mismo había dado un chapuzón al amanecer. Por eso la mañana se le había hecho larga.

—Está usted quemada hasta no reconocerla —añadió, mirando a su esposa como quien contempla una valiosa pertenencia que ha sufrido algún desperfecto. Ella levantó las manos —manos fuertes y bien torneadas— y las examinó con ojo crítico, subiéndose las mangas de color ante hasta las mu-

ñecas. Mirarlas le recordó los anillos, que había dejado a su marido antes de irse a la playa. Tendió la mano en silencio, y él, comprendiéndola, sacó los anillos del bolsillo del chaleco y los dejó caer en su palma abierta. Ella se los fue calzando en los dedos; después, abrazándose las rodillas, miró hacia Robert y se echó a reír. Los anillos centelleaban en sus dedos. Él le devolvió una sonrisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pontellier, mirando con pereza y diversión de uno a otro. Era alguna tontería sin importancia, alguna aventura allá en el agua, y los dos intentaron contarla a la vez. Al relatarla no parecía ni la mitad de graciosa. Los dos lo advirtieron, y el señor Pontellier también. Bostezó y se desperezó. Luego se levantó diciendo que tenía ganas de pasarse por el hotel de Klein a echar una partida de billar.

—Venga con nosotros, Lebrun —propuso a Robert. Pero Robert reconoció con toda franqueza que prefería quedarse donde estaba y charlar con la señora Pontellier.

—Bueno, Edna, cuando le aburra, mándelo a paseo —le indicó el marido al disponerse a partir.

—Tome la sombrilla —exclamó ella, tendiéndosela. Él la aceptó y, alzándola sobre su cabeza, bajó los peldaños y se alejó.

—¿Vuelve usted a cenar? —le preguntó su esposa a voces. Él se detuvo un momento y se encogió de hombros. Se palpó el bolsillo del chaleco; había un billete de diez dólares. No lo sabía; quizá volvería para la cena temprana y quizá no. Todo dependía de la compañía que encontrase en casa de Klein y de lo que se jugase. No lo dijo, pero ella lo entendió y se rió, despidiéndose con un gesto.

Los dos niños quisieron seguir a su padre en cuanto lo vieron marchar. Él los besó y les prometió traerles bombones y cacahuetes.

CAPÍTULO II

Los ojos de la señora Pontellier eran vivos y brillantes; de un castaño amarillento, casi del color de su cabello. Tenía la costumbre de posarlos de golpe sobre un objeto y mantenerlos fijos en él, como si se hubiera perdido en algún laberinto interior de reflexión o ensimismamiento.

Las cejas eran algo más oscuras que el cabello. Pobladas y casi horizontales, acentuaban la profundidad de su mirada. Era más llamativa que hermosa. Su rostro cautivaba por cierta franqueza de expresión y por un sutil e imprevisto juego de rasgos. Su porte era atrayente.

Robert lió un cigarrillo. Fumaba cigarrillos porque no podía permitirse los puros, decía. Llevaba en el bolsillo un puro que le había regalado el señor Pontellier y lo guardaba para fumárselo después de cenar.

Eso parecía perfectamente natural y propio de él. En el color recordaba a su acompañante. La cara bien afeitada hacía el parecido más acusado de lo que habría sido de otro modo. Ninguna sombra de preocupación se posaba sobre su semblante abierto. Sus ojos recogían y reflejaban la luz y la languidez de aquel día de verano.

La señora Pontellier alargó el brazo para coger un abanico de palma que había en el porche y se puso a abanicarse, mientras Robert enviaba entre los labios suaves bocanadas de su cigarrillo. Charlaban sin parar: de las cosas que los rodeaban; de su divertida aventura en el agua —que había recuperado su gracia—; del viento, de los árboles, de las personas que habían ido a la *Chênère*; de los niños que jugaban al croquet bajo las encinas, y de las gemelas Farival, que en ese momento interpretaban la obertura de *El poeta y el aldeano*.

Robert hablaba mucho de sí mismo. Era muy joven y no sabía hacerlo mejor. La señora Pontellier hablaba un poco de sí misma por la misma razón. A cada uno le interesaba lo que decía el otro. Robert habló de su intención de ir a México en otoño, donde le aguardaba la fortuna. Siempre tenía intención de ir a México, pero de algún modo nunca llegaba. Mientras tanto, se aferraba a su modesto puesto en una casa comercial de Nueva Orleans, donde su igual familiaridad con el inglés, el francés y el español lo hacía valioso como empleado y corresponsal.

Pasaba las vacaciones de verano como siempre, con su madre en Grand Isle. En tiempos remotos, antes de que Robert tuviese uso de razón, «la casa» había sido un lujo veraniego de los Lebrun. Ahora, flanqueada por una docena o más de bungalós que se llenaban siempre de visitantes selectos del *Quartier Français*, permitía a madame Lebrun mantener la existencia cómoda y holgada que parecía ser su derecho de nacimiento.

La señora Pontellier habló de la plantación de su padre en el Mississippi y de su infancia en la vieja región de pastos azules de Kentucky. Era una mujer americana, con una leve dosis de sangre francesa que parecía haberse diluido hasta desaparecer. Leyó una carta de su hermana, que estaba en el Este y que acababa de comprometerse. A Robert le interesó y quiso saber cómo eran las hermanas, cómo era el padre y cuánto tiempo hacía que había muerto la madre.

Cuando la señora Pontellier dobló la carta, ya era hora de vestirse para la cena temprana.

— Veo que Léonce no vuelve — dijo, con una mirada en la dirección por donde había desaparecido su marido. Robert supuso que no, pues había bastantes socios del club de Nueva Orleans en casa de Klein.

Cuando la señora Pontellier lo dejó para entrar en su habitación, el joven bajó los peldaños y se encaminó hacia los jugadores de croquet, donde, en la media hora antes de cenar, se entretuvo con los pequeños Pontellier, que lo tenían en gran estima.

CAPÍTULO III

Eran las once de la noche cuando el señor Pontellier regresó del hotel de Klein. Venía de excelente humor, animado y muy hablador. Su llegada despertó a su esposa, que estaba en cama y profundamente dormida cuando él entró. Le habló mientras se desvestía, contándole anécdotas y retazos de noticias y cotilleos que había recogido durante el día. De los bolsillos del pantalón sacó un puñado de billetes arrugados y bastante calderilla, que amontonó sobre el tocador sin orden junto con llaves, navaja, pañuelo y cuanto más llevaba encima. Ella sucumbía al sueño y le respondía con medias frases.

Le parecía muy desalentador que su esposa, que era el único objeto de su existencia, mostrase tan poco interés por las cosas que le concernían y apreciase tan poco su conversación.

El señor Pontellier había olvidado los bombones y los cacahuetes para los niños. A pesar de ello los quería mucho, y pasó a la habitación contigua donde dormían para echarles un vistazo y asegurarse de que descansaban bien. El resultado de su inspección distó mucho de ser satisfactorio. Les dio vueltas y los acomodó de nuevo en la cama. Uno de ellos empezó a patalear y a hablar de un cesto lleno de cangrejos.

El señor Pontellier regresó junto a su esposa con la noticia de que Raoul tenía mucha fiebre y necesitaba atención. Luego encendió un cigarro y fue a sentarse cerca de la puerta abierta a fumarlo.

La señora Pontellier estaba completamente segura de que Raoul no tenía fiebre. Se había acostado perfectamente bien, dijo, y en todo el día no le había pasado nada. El señor Pontellier conocía los síntomas de la fiebre dema-

siado bien para equivocarse. Le aseguró que el niño se estaba consumiendo en ese preciso momento en la habitación de al lado.

Le reprochó a su esposa su dejadez, su habitual descuido con los hijos. Si no era misión de una madre cuidar a sus hijos, ¿de quién demonios lo era? Él ya tenía bastante con su trabajo de corredor de bolsa. No podía estar en dos sitios a la vez: ganarse la vida para su familia en la calle y quedarse en casa vigilando que no les ocurriese nada. Hablaba en un tono monótono e insistente.

La señora Pontellier saltó de la cama y pasó a la habitación contigua. Volvió enseguida y se sentó al borde de la cama, apoyando la cabeza en la almohada. No dijo nada y se negó a responder a su marido cuando él la interrogó. Cuando se terminó el cigarro, él se acostó y en medio minuto estaba profundamente dormido.

La señora Pontellier estaba ya del todo despierta. Se puso a llorar un poco y se enjugó los ojos con la manga del *peignoir*. Apagó la vela que su marido había dejado encendida, metió los pies descalzos en unas *mules* de raso que había al pie de la cama y salió al porche, donde se sentó en el sillón de mimbre y comenzó a mecerse suavemente.

Era ya pasada la medianoche. Los bungalós estaban todos a oscuras. Una sola luz débil brillaba en el pasillo de la casa. No se oía sonido alguno salvo el ulular de un búho viejo en lo alto de una encina acuática, y la voz eterna del mar, que a aquella hora apacible no se alzaba. Se quebraba sobre la noche como una nana doliente.

Las lágrimas acudían tan deprisa a los ojos de la señora Pontellier que la manga húmeda del *peignoir* ya no alcanzaba a enjugarlas. Sujetaba el respaldo de la silla con una mano; la manga suelta se había deslizado casi hasta el hombro del brazo alzado. Se volvió y hundió el rostro, ardiente y empapado, en el pliegue del brazo, y siguió llorando así sin preocuparse ya de secarse la cara, los ojos, los brazos. No habría sabido decir por qué lloraba. Experiencias como la anterior no eran infrecuentes en su vida de casada. Nunca antes, sin embargo, le habían parecido demasiado pesadas frente a la abundante bondad de su marido y a una devoción constante que había llegado a ser tácita y sobreentendida.

Una opresión indescriptible, que parecía brotar de algún lugar desconocido de su conciencia, le llenó todo el ser de una angustia vaga. Era como una sombra, como una niebla que cruzase el día de verano de su alma. Era algo extraño y desconocido; era un estado de ánimo. No estaba allí sentada reprochándole interiormente a su marido ni lamentando el Destino que había guiado sus pasos por el camino que habían tomado. Simplemente se daba el gusto de llorar a solas. Los mosquitos hacían fiesta a su costa, picándole los brazos firmes y redondos y cebándose en sus pies descalzos.

Los pequeños importunos zumbadores lograron disipar un estado de ánimo que habría podido tenerla allí en la oscuridad media noche más.

A la mañana siguiente el señor Pontellier se levantó temprano para tomar el carruaje que había de llevarlo al vapor del embarcadero. Regresaba a la ciudad para atender sus negocios, y no volverían a verlo en la isla hasta el sábado siguiente. Había recuperado la compostura, que la noche anterior parecía haber sufrido algún quebranto. Tenía ganas de marcharse, pues le esperaba una semana animada en la calle Carondelet.

El señor Pontellier le dio a su esposa la mitad del dinero que se había llevado del hotel de Klein la noche anterior. A ella le gustaba el dinero tanto como a la mayoría de las mujeres, y lo aceptó con no poca satisfacción.

— ¡Con esto compraré un regalo de boda espléndido para la hermana Janet! — exclamó, alisando los billetes mientras los contaba uno a uno.

— ¡Oh! A la hermana Janet la trataremos mejor que eso, querida — rió él mientras se disponía a darle el beso de despedida.

Los niños se revolvían alrededor, agarrándose a sus piernas y pidiéndole que les trajera mil cosas. El señor Pontellier gozaba de grandes simpatías, y damas, caballeros, niños e incluso las niñeras acudían siempre a despedirlo. Su esposa estaba de pie sonriendo y saludando con la mano, los niños gritando, mientras él desaparecía en el viejo carruaje por el camino arenoso.

Pocos días después llegó para la señora Pontellier un paquete de Nueva Orleans. Era de su marido. Venía lleno de *friandises*, de bocados succulentos y exquisitos: las mejores frutas, *patés*, una botella o dos de vino selecto, deliciosos jarabes y bombones en abundancia.

La señora Pontellier era siempre muy generosa con el contenido de semejantes paquetes; estaba bien acostumbrada a recibirlos cuando estaba fuera

de casa. Los *patés* y la fruta fueron al comedor; los bombones circularon de mano en mano. Y las señoras, escogiendo con dedos delicados y exigentes, y con una pizca de codicia, declararon unánimemente que el señor Pontellier era el mejor marido del mundo. La señora Pontellier no tuvo más remedio que reconocer que no conocía ninguno mejor.

CAPÍTULO IV

Al señor Pontellier le habría resultado difícil precisar, a su propia satisfacción o a la de cualquier otro, en qué fallaba su esposa en su deber hacia los hijos. Era algo que sentía más que percibía, y nunca lo expresaba sin lamentarlo después y esforzarse en enmendarlo.

Si uno de los pequeños Pontellier se caía mientras jugaba, no solía ir corriendo a llorar a los brazos de su madre en busca de consuelo; lo más probable era que se levantase solo, se limpiase el agua de los ojos y la arena de la boca y siguiese jugando. Por pequeños que eran, hacían causa común y se defendían en las reyertas infantiles con los puños apretados y la voz alzada, con lo que generalmente se imponían a los otros niños de mamá. La cuarterona era considerada un estorbo mayúsculo, buena únicamente para abrochar blusas y pantalones y para peinar y hacer la raya, pues parecía ser una ley de la sociedad que el cabello debía ir peinado y con raya.

En una palabra, la señora Pontellier no era una mujer-madre. Las mujeres-madre parecían abundar aquel verano en Grand Isle. Era fácil reconocerlas, revoloteando con las alas extendidas y protectoras en cuanto algún peligro, real o imaginario, amenazaba a sus preciosas crías. Eran mujeres que idolatraban a sus hijos, adoraban a sus maridos y consideraban un privilegio sagrado borrarse como individuos y crecer alas de ángeles tutelares.

Muchas lo eran de manera encantadora; una de ellas era la encarnación de todas las gracias y los encantos femeninos. Si su marido no la adoraba, era un bruto que merecía morir entre torturas lentas. Se llamaba Adèle Ratignolle. No hay palabras para describirla salvo las antiguas que han servido tantas veces para retratar a la heroína de antaño de las novelas románticas y a la bella dama de nuestros sueños. No había nada sutil ni oculto en sus en-

cantos; su belleza estaba toda allí, radiante y manifiesta: el cabello de oro hilado que ni el peine ni la horquilla lograban sujetar; los ojos azules que no se parecían a nada sino a los zafiros; dos labios que hacían un puchero y eran tan rojos que al mirarlos solo podía pensarse en cerezas o en alguna otra fruta deliciosa de color carmesí. Estaba engordando un poco, pero eso no parecía restar un ápice a la gracia de cada paso, actitud o gesto. Nadie habría querido que su blanco cuello fuese menos lleno ni sus hermosos brazos más delgados. Nunca hubo manos más exquisitas que las suyas, y era un placer contemplarlas cuando enhebrada la aguja o se ajustaba el dedal de oro en el dedo corazón afilado mientras cosía los calzoncitos de los niños o confeccionaba un corpiño o un babero.

Madame Ratignolle le tenía mucho afecto a la señora Pontellier, y a menudo cogía su costura y se llegaba a hacerle compañía por las tardes. Estaba allí la tarde del día en que llegó el paquete de Nueva Orleans. Se había apoderado del sillón y estaba muy atareada cosiendo unos diminutos calzoncitos infantiles.

Había traído el patrón de los calzoncitos para que la señora Pontellier los cortase: una maravilla de construcción, ideada para envolver el cuerpecillo de un bebé de tal modo que solo pudieran asomar dos ojitos del conjunto, como los de un esquimal. Estaban pensados para el invierno, cuando las corrientes traicioneras bajaban por las chimeneas y las infiltraciones insidiosas de frío mortal se colaban por los agujeros de las cerraduras.

La señora Pontellier tenía la mente muy tranquila en cuanto a las necesidades materiales presentes de sus hijos, y no veía la utilidad de dedicar las meditaciones del verano a anticipar y confeccionar ropas de noche para el invierno. Pero no quería parecer poco amable ni desinteresada, así que había sacado periódicos que extendió por el suelo de la galería, y bajo la dirección de madame Ratignolle había cortado el patrón de la inexpugnable prenda.

Robert estaba allí, sentado como el domingo anterior, y la señora Pontellier ocupaba también su antigua posición en el peldaño más alto, recostada indolentemente contra el poste. A su lado había una caja de bombones que ofrecía a intervalos a madame Ratignolle.

La señora parecía no decidirse, pero al fin se decantó por un turrón de nougat, preguntándose si no sería demasiado pesado, si podría sentarle mal.

Madame Ratignolle llevaba casada siete años. Más o menos cada dos años tenía un bebé. En aquel momento tenía tres y empezaba a pensar en un cuarto. Siempre estaba hablando de su «estado». Su «estado» no se advertía en modo alguno, y nadie habría sabido nada de él de no ser por su empeño en hacerlo tema de conversación.

Robert empezó a tranquilizarla, asegurando que había conocido a una señora que se había sustentado de nougat durante todo el... pero al ver que el color subía al rostro de la señora Pontellier se interrumpió y cambió de tema.

La señora Pontellier, aunque estaba casada con un criollo, no se encontraba del todo a sus anchas en la sociedad criolla; nunca antes había convivido tan íntimamente con ellos. Aquel verano en casa de los Lebrun todos eran criollos. Se conocían todos entre sí y se trataban como una gran familia, entre cuyos miembros existían las relaciones más cordiales. El rasgo que más la impresionaba, el que más los distinguía a ellos del resto, era su absoluta falta de mojigatería. Su libertad de expresión le resultaba al principio incomprensible, aunque no le costaba nada conciliarla con la elevada castidad que en la mujer criolla parece innata e inconfundible.

Edna Pontellier no olvidaría jamás el estupor con que oyó a madame Ratignolle relatar al anciano monsieur Farival la espeluznante historia de uno de sus *accouchements*, sin omitir ningún detalle íntimo. Ya se iba acostumbrando a semejantes estupores, pero no podía evitar que el color le subiese a las mejillas. Más de una vez su llegada había interrumpido el cuento cómico con el que Robert entretenía a algún grupo de mujeres casadas.

Un libro había circulado por toda la *pension*. Cuando le llegó el turno de leerlo, lo hizo con profundo asombro. Sintió el impulso de leerlo a escondidas y en soledad, aunque ninguna de las otras lo hubiese hecho así, de ocultarlo a la vista al oír pasos que se acercaban. Lo comentaban abiertamente y lo discutían sin reparos en la mesa. La señora Pontellier dejó de asombrarse y llegó a la conclusión de que las maravillas no tenían fin.

CAPÍTULO V

Formaban un grupo congenial sentados allí aquella tarde de verano: madame Ratignolle cosiendo sin parar, deteniéndose a menudo para contar alguna historia o anécdota con mucho movimiento expresivo de sus perfectas manos; Robert y la señora Pontellier sentados sin hacer nada, intercambiando palabras, miradas o sonrisas ocasionales que denotaban cierto grado avanzado de intimidad y *camaraderie*.

Él había vivido a su sombra durante el mes anterior. Nadie le daba mayor importancia. Muchos habían predicho que Robert se consagraría a la señora Pontellier en cuanto llegase. Desde los quince años, que eran once años atrás, Robert pasaba cada verano en Grand Isle erigido en devoto acompañante de alguna bella dama o damisela. A veces era una chica joven; otras, una viuda; pero con tanta frecuencia era alguna mujer casada interesante.

Durante dos temporadas consecutivas vivió al sol de la presencia de mademoiselle Duvigne. Pero ella murió entre un verano y otro; entonces Robert posó de inconsolable, postrándose a los pies de madame Ratignolle en busca de las migajas de simpatía y consuelo que a ella le pluguiese concederle.

A la señora Pontellier le gustaba sentarse a contemplar a su bella compañera como podría contemplar una Madonna sin tacha.

—¿Quién sería capaz de adivinar la crueldad que se esconde tras esa apariencia tan hermosa? —murmuró Robert—. Sabía que la adoré una vez, y me dejó adorarla. Era «Robert, ven; vete; levántate; siéntate; haz esto; haz aquello; mira a ver si el bebé duerme; mi dedal, por favor, que lo he dejado Dios sabe dónde. Ven a leerme a Daudet mientras coso.»

— *¡Par exemple!* Nunca tuve que pedirte nada. Siempre estabas ahí pegado a mis pies, como un gato molesto.

— Querrá decir como un perro adorador. Y en cuanto Ratignolle apareció en escena, entonces sí que me trataste como a un perro. «*Passez! Adieu! Allez vous-en!*»

— Quizá temía poner celoso a Alphonse — intervino ella, con una candidez exagerada. Aquello hizo reír a todos. ¡La mano derecha celosa de la izquierda! ¡El corazón celoso del alma! Pero, a fin de cuentas, el marido criollo no es nunca celoso; en él, esa pasión gangrenosa es la que más se ha atrofiado por falta de uso.

Mientras tanto, Robert, dirigiéndose a la señora Pontellier, continuó contando su antigua e irremediable pasión por madame Ratignolle: noches de insomnio, llamas devoradoras hasta el punto de que el mismísimo mar seaba cuando él se daba su baño diario. Al tiempo, la señora de la aguja mantenía un comentario burlón y desdeñoso en voz baja:

— *Blagueur—farceur—gros bête, va!*

Nunca adoptaba ese tono cómico-serio cuando estaba a solas con la señora Pontellier. Ella nunca sabía bien a qué atenerse; en ese momento le era imposible adivinar cuánto había de broma y qué proporción de veras. Se daba por sentado que a menudo le había dicho palabras de amor a madame Ratignolle sin ninguna intención de ser tomado en serio. La señora Pontellier se alegraba de que no hubiese adoptado un papel similar con ella. Habría resultado inaceptable y molesto.

La señora Pontellier había traído sus materiales de dibujo, con los que a veces pintarrajeaba de manera poco profesional. Le gustaba pintarrajear. Le proporcionaba una satisfacción que ninguna otra ocupación le daba.

Hacía tiempo que deseaba hacer el retrato de madame Ratignolle. Nunca aquella señora le había parecido un modelo más tentador que en ese momento, sentada así como una Madonna sensual, mientras la luz menguante del día enriquecía su espléndido color.

Robert cruzó y se sentó en el peldaño que había debajo de la señora Pontellier para poder observar su trabajo. Ella manejaba los pinceles con cierta soltura y libertad que no venían de un trato largo y asiduo con ellos, sino de una aptitud natural. Robert seguía su trabajo con atención concentrada y

lanzaba pequeñas exclamaciones de aprobación en francés, dirigidas a madame Ratignolle.

—*Mais ce n'est pas mal! Elle s'y connaît, elle a de la force, oui.*

Durante su absorta atención, apoyó una vez la cabeza con suavidad contra el brazo de la señora Pontellier. Ella lo rechazó con gentileza. Él repitió el gesto. No podía sino pensar que era un descuido por su parte; pero eso no era razón para que ella lo consintiese. No protestó, salvo para rechazarlo de nuevo, con suavidad pero con firmeza. Él no ofreció disculpas. El cuadro terminado no se parecía a madame Ratignolle. Edna se llevó una gran decepción al comprobar que no se parecía a ella. Pero era una obra bastante lograda y en muchos aspectos satisfactoria.

La señora Pontellier no lo pensaba así, a juzgar por las apariencias. Tras examinar el boceto con ojo crítico, trazó sobre él una ancha mancha de pintura y arrugó el papel entre las manos.

Los niños llegaron trotando por los peldaños, seguidos por la cuarterona a la distancia respetuosa que ellos le exigían guardar. La señora Pontellier les hizo llevar los pinceles y los demás materiales dentro de la casa. Intentó retenerlos un momento para charlar y bromear. Pero ellos iban muy en serio. Solo habían venido a investigar el contenido de la caja de bombones. Aceptaron sin rechistar lo que ella se dignó darles, cada uno con las dos manos gordezuelas extendidas en cuenco, con la vana esperanza de que se las llenase; y acto seguido se marcharon.

El sol estaba bajo en el oeste y la brisa era suave y lánguida, llegando del sur cargada del olor seductor del mar. Los niños, recién acicalados, se reunían para sus juegos bajo las encinas. Sus voces eran agudas y penetrantes.

Madame Ratignolle recogió la costura, colocando el dedal, las tijeras y el hilo con todo orden en el rollo, que sujetó con un alfiler. Se quejó de un mareo. La señora Pontellier corrió a por el agua de colonia y un abanico. Le refrescó el rostro con colonia mientras Robert agitaba el abanico con innecesario vigor.

El mareo pasó pronto, y la señora Pontellier no pudo evitar preguntarse si no habría en su origen un poco de imaginación, pues el tinte rosado no había abandonado en ningún momento el rostro de su amiga.

Se quedó mirando cómo la hermosa mujer recorría el largo pasillo de galerías con la gracia y la majestuosidad que se supone poseen a veces las reinas. Sus pequeños corrieron a su encuentro. Dos de ellos se colgaron de su falda blanca; al tercero lo tomó de brazos de la niñera y lo llevó consigo, colmándolo de mil ternezas, rodeado por sus cariñosos brazos. ¡Aunque, como todo el mundo sabía perfectamente, el médico le había prohibido levantar ni un alfiler!

—¿Va usted a bañarse? —le preguntó Robert a la señora Pontellier. Era menos una pregunta que un recordatorio.

—Oh, no —respondió ella con un tono de indecisión—. Estoy cansada; creo que no. Su mirada se alejó del rostro de él hacia el Golfo, cuyo rumor sonoro le llegaba como un ruego amoroso pero imperativo.

—¡Vamos! —insistió él—. No puede perderse el baño. Venga. El agua debe de estar deliciosa; no le hará ningún daño. Venga.

Alargó el brazo para coger el gran sombrero de paja basto que colgaba de una clavija junto a la puerta y se lo puso en la cabeza. Bajaron los peldaños y se alejaron juntos hacia la playa. El sol estaba bajo en el oeste y la brisa era suave y tibia.

CAPÍTULO VI

Edna Pontellier no habría sabido decir por qué, deseando ir a la playa con Robert, primero se había negado y después lo había seguido obedeciendo a uno de los dos impulsos contradictorios que la empujaban.

Cierta luz empezaba a clarear débilmente dentro de ella: la luz que, al mostrar el camino, lo prohíbe.

En aquel período inicial no hacía más que desconcertarla. La empujaba hacia los sueños, hacia la reflexión, hacia esa angustia sombría que la había vencido en la medianoche en que se había abandonado al llanto.

En suma, la señora Pontellier empezaba a comprender su lugar en el universo como ser humano, y a reconocer, como individuo, su relación con el mundo interior y exterior. Puede que esto parezca un peso desmesurado de sabiduría para descender sobre el alma de una mujer joven de veintiocho años: quizá más sabiduría de la que el Espíritu Santo suele dignarse conceder a ninguna mujer.

Pero el comienzo de las cosas, de un mundo sobre todo, es necesariamente vago, enredado, caótico y extraordinariamente perturbador. ¡Qué pocos de nosotros logramos salir de semejante comienzo! ¡Cuántas almas perecen en su tumulto!

La voz del mar es seductora; incesante, susurrante, vociferante, murmurante, invita al alma a vagar un rato por los abismos de la soledad; a perderse en los laberintos de la contemplación interior.

La voz del mar habla al alma. El tacto del mar es sensual, y envuelve el cuerpo en su suave y estrecho abrazo.

CAPÍTULO VII

La señora Pontellier no era mujer de confidencias, rasgo que hasta entonces había sido contrario a su naturaleza. Ya de niña había vivido su pequeña vida toda recogida en sí misma. Desde muy temprana edad había captado instintivamente la doble vida: la existencia exterior que se pliega, la vida interior que interroga.

Aquel verano en Grand Isle comenzó a aflojar un poco el manto de reserva que siempre la había envuelto. Puede que hubiera —y sin duda las hubo— influencias, tanto sutiles como manifiestas, obrando a su manera para inducirla a ello; pero la más evidente fue la influencia de Adèle Ratignolle. El encanto físico desbordante de la criolla la atrajo en primer lugar, pues Edna tenía una sensual susceptibilidad ante la belleza. Luego, la franqueza de toda la existencia de aquella mujer, que cualquiera podía leer, y que formaba un contraste tan llamativo con su propia reserva habitual, pudo haber tendido un puente. Quién puede decir de qué metales se sirven los dioses para forjar el vínculo sutil que llamamos simpatía y que bien podríamos llamar amor.

Las dos mujeres se marcharon una mañana juntas a la playa, del brazo, bajo una enorme sombrilla blanca. Edna había convencido a madame Ratignolle de dejar a los niños en casa, aunque no logró inducirla a renunciar a un pequeño rollo de costura que Adèle pidió poder deslizar en el fondo del bolsillo. De alguna manera inexplicable habían escapado de Robert.

El camino a la playa no era poca cosa: consistía en un largo sendero arenoso, en el que la maleza esporádica y enmarañada que lo bordeaba por ambos lados hacía frecuentes e inesperadas incursiones. A cada lado se extendían vastas extensiones de manzanilla amarilla. Más lejos aún abundaban

los huertos, con frecuentes pequeñas plantaciones de naranjos o limoneros intercaladas. Los oscuros racimos verdes relucían desde lejos al sol.

Ambas mujeres eran de buena estatura; madame Ratignolle poseía la figura más femenina y matronal. El encanto del físico de Edna Pontellier se imponía insensiblemente. Las líneas de su cuerpo eran largas, nítidas y simétricas; era un cuerpo que adoptaba de vez en cuando poses espléndidas; nada había en él del aspecto pulido y estereotipado de un figurín de moda. Un observador casual e indiscriminado, al pasar, podría no volverse a mirarla. Pero con mayor sensibilidad y perspicacia habría reconocido la noble belleza de su modelado y la severa elegancia de su porte y su movimiento, que hacían de Edna Pontellier alguien distinto a la multitud.

Aquella mañana llevaba una fresca muselina, blanca, con una ondulante línea vertical de color marrón que la recorría; también un cuello de lino blanco y el gran sombrero de paja que había cogido de la percha junto a la puerta. El sombrero descansaba de cualquier manera sobre su cabello rubio oscuro, que ondulaba levemente, era espeso y se pegaba a la cabeza.

Madame Ratignolle, más cuidadosa de su cutis, se había enrollado un velo de gasa en torno a la cabeza. Llevaba guantes de piel de perro, con vueltas altas que le protegían las muñecas. Vestía de blanco puro, con un esponjamiento de volantes que le sentaba bien. Los drapeados y las prendas vaporosas que llevaba favorecían su rica y exuberante belleza de una manera que una mayor severidad de líneas no habría logrado.

A lo largo de la playa había varios vestuarios de construcción tosca pero sólida, levantados con pequeñas galerías protectoras frente al agua. Cada caseta constaba de dos compartimentos, y cada familia que se alojaba en casa de los Lebrun disponía de un compartimento propio, equipado con todos los utensilios indispensables para el baño y las comodidades que sus dueños desearan. Las dos mujeres no tenían intención de bañarse; habían bajado a la playa simplemente para pasear, estar a solas y cerca del agua. Los compartimentos de los Pontellier y los Ratignolle eran contiguos bajo el mismo techo.

La señora Pontellier había traído la llave por pura costumbre. Abrió la puerta de su caseta, entró y salió enseguida trayendo una manta, que extendió sobre el suelo de la galería, y dos enormes almohadones rellenos de crin, cubiertos de lienzo basto, que colocó contra la fachada del edificio.

Las dos se sentaron allí a la sombra del porche, una junto a la otra, con la espalda contra los almohadones y los pies estirados. Madame Ratignolle se quitó el velo, se limpió la cara con un pañuelo bastante delicado y se abanicó con el abanico que siempre llevaba colgado en algún lugar de su persona por una cinta larga y estrecha. Edna se quitó el cuello y abrió el vestido a la altura de la garganta. Le cogió el abanico a madame Ratignolle y empezó a abanicar a las dos. Hacía mucho calor, y durante un rato no hicieron más que intercambiar comentarios sobre el calor, el sol, el deslumbramiento. Pero soplaba una brisa, un viento cortante y fuerte que azotaba el agua convirtiéndola en espuma. Les agitaba las faldas y las mantuvo ocupadas un rato arreglando, volviendo a arreglar, remetiendo, asegurando horquillas y alfileres de sombrero. Algunas personas jugaban en el agua a cierta distancia. La playa estaba muy silenciosa a esa hora. La señora de negro leía sus devociones matutinas en el porche de una caseta vecina. Dos jóvenes enamorados intercambiaban las ansias de sus corazones bajo la tienda de los niños, que habían encontrado desocupada.

Edna Pontellier, tras pasear la mirada, la había fijado al fin en el mar. El día era claro y llevaba la vista hasta donde alcanzaba el cielo azul; unas pocas nubes blancas permanecían inmóviles sobre el horizonte. Se veía una vela latina en dirección a Cat Island, y otras al sur parecían casi inmóviles en la lejanía.

—¿En quién piensas? ¿En qué? —le preguntó Adèle a su compañera, cuyo semblante había estado observando con una atención ligeramente divertida, captada por la expresión absorta que parecía haber apresado y fijado cada rasgo en un reposo estatuario.

—En nada —respondió la señora Pontellier, sobresaltada, y añadió enseguida—: ¡Qué tontería! Pero me parece que es la respuesta que damos instintivamente a semejante pregunta. Vamos a ver —continuó, echando la cabeza hacia atrás y entornando sus finos ojos hasta que brillaron como dos puntos de luz vivos—. Vamos a ver. En realidad no era consciente de pensar en nada; pero quizá pueda reconstruir mis pensamientos.

—¡Oh, no importa! —rió madame Ratignolle—. No soy tan exigente. Esta vez te lo perdono. Hace demasiado calor para pensar, sobre todo para pensar en el acto de pensar.

—Pero por divertirse —insistió Edna—. En primer lugar, la vista del agua extendiéndose tan lejos, esas velas inmóviles contra el cielo azul, formaban una imagen deliciosa que solo quería contemplar sentada. El viento caliente golpeándome la cara me hizo pensar, sin ninguna conexión que pueda rastrear, en un día de verano en Kentucky, en una pradera que parecía tan grande como el océano a la niñita que caminaba por la hierba, que le llegaba por encima de la cintura. Extendía los brazos como si nadara al andar, golpeando la hierba alta como quien bracea en el agua. ¡Ah, ahora veo la conexión!

—¿Adónde ibas aquel día en Kentucky, caminando por la hierba?

—Ya no lo recuerdo. Solo caminaba en diagonal a través de un campo grande. El gorro de sol me tapaba la vista. Solo veía la extensión de verde ante mí, y sentía que tenía que seguir caminando eternamente, sin llegar nunca al final. No recuerdo si estaba asustada o contenta. Debía de estar entretenida.

—Lo más probable es que fuera domingo —rió—, y que estuviera huyendo de los rezos, del oficio presbiteriano que mi padre leía con un espíritu de melancolía que todavía me da escalofríos pensar en él.

—¿Y has seguido huyendo de los rezos desde entonces, *ma chère*? —preguntó madame Ratignolle, divertida.

—¡No, oh, no! —se apresuró a decir Edna—. En aquellos tiempos era una niña irreflexiva que simplemente seguía un impulso equívoco sin cuestionarlo. Al contrario, en un período de mi vida la religión me tuvo muy asida; desde los doce años hasta... hasta... bueno, supongo que hasta ahora, aunque nunca he pensado mucho en ello; simplemente arrastrada por la costumbre. Pero ¿sabes? —interrumpió, volviéndole sus ojos vivos a madame Ratignolle e inclinándose un poco para acercarle la cara a la de su compañera—, a veces este verano siento como si volviera a caminar por la pradera verde; ociosamente, sin rumbo, sin pensar y sin guía.

Madame Ratignolle posó su mano sobre la de la señora Pontellier, que tenía cerca. Al ver que la mano no se retiraba, la estrechó con firmeza y calidez. Incluso la acarició un poco con la otra mano, con ternura, murmurando en voz baja: *Pauvre chérie*.

El gesto desconcertó un poco a Edna al principio, pero pronto se entregó sin resistencia a la suave caricia de la criolla. No estaba acostumbrada a las manifestaciones externas y verbales del afecto, ni en sí misma ni en los demás. Ella y su hermana menor, Janet, habían discutido mucho por la fuerza de una mala costumbre. Su hermana mayor, Margaret, era matronal y digna, probablemente por haber asumido demasiado pronto las responsabilidades de ama de casa y madre, ya que su madre había muerto cuando eran muy pequeñas. Margaret no era efusiva; era práctica. Edna había tenido alguna que otra amiga, pero ya fuera por casualidad o no, todas parecían haber sido del mismo tipo: reservadas. Nunca se había dado cuenta de que la reserva de su propio carácter tenía mucho que ver, quizá todo, con aquello. Su amiga más íntima en la escuela había sido una muchacha de dotes intelectuales bastante excepcionales, que escribía ensayos sonoros que Edna admiraba e intentaba imitar; con ella hablaba y se apasionaba con los clásicos ingleses, y a veces mantenían controversias religiosas y políticas.

Edna se admiraba a menudo de una propensión que a veces la había perturbado interiormente sin provocar ninguna manifestación externa. A una edad muy temprana, quizá cuando atravesaba aquel océano de hierba ondulante, recordaba haber estado apasionadamente enamorada de un oficial de caballería, digno y de ojos tristes, que visitaba a su padre en Kentucky. No podía alejarse de su presencia cuando él estaba allí, ni apartar los ojos de su rostro, que recordaba algo al de Napoleón, con un mechón de cabello negro cayéndole sobre la frente. Pero el oficial de caballería se desvaneció imperceptiblemente de su existencia.

En otra ocasión sus afectos quedaron profundamente prendados de un joven caballero que visitaba a una dama de una hacienda vecina. Fue después de que se mudaron a Mississippi. El joven estaba prometido con la señorita, y a veces venían a visitar a Margaret, llegando en calesa por las tardes. Edna era una señorita que acababa de cumplir los doce o trece años, y la constatación de que ella misma no era nada, nada, nada para el joven prometido fue una amarga aflicción para ella. Pero él también siguió el camino de los sueños.

Era ya una mujer joven y adulta cuando la alcanzó lo que ella supuso el colmo de su destino. Fue cuando el rostro y la figura de un gran actor trágico comenzaron a rondar su imaginación y a agitar sus sentidos. La persis-

tencia de la infatuación le daba un aire de autenticidad. La desesperanza la teñía con los tonos elevados de una gran pasión.

El retrato del actor trágico estaba enmarcado sobre su escritorio. Cualquiera puede tener el retrato de un actor trágico sin despertar sospechas ni comentarios. (Esta era una siniestra reflexión que ella atesoraba.) En presencia de otros expresaba admiración por sus dotes sublimes mientras pasaba la fotografía de mano en mano y se detenía en el parecido del retrato. Cuando estaba sola, a veces lo cogía y besaba apasionadamente el frío cristal.

Su matrimonio con Léonce Pontellier fue puro accidente, pareciéndose en eso a muchos otros matrimonios que se disfrazan de decretos del Destino. Fue en medio de su gran pasión secreta cuando lo conoció. Él se enamoró, como tienen por costumbre los hombres, y cortejó con una seriedad y un ardor que nada dejaban que desear. Él le agradaba; su devoción absoluta la halagaba. Se figuró que había entre ellos una afinidad de pensamiento y de gusto, en lo que estaba equivocada. Súmese a esto la violenta oposición de su padre y de su hermana Margaret a que se casara con un católico, y no habrá que buscar más lejos los motivos que la llevaron a aceptar a monsieur Pontellier como marido.

La cima de la felicidad, que habría sido casarse con el actor trágico, no era para ella en este mundo. Como esposa fiel de un hombre que la adoraba, sintió que ocuparía su lugar con cierta dignidad en el mundo de la realidad, cerrando para siempre a sus espaldas los portales del reino del ensueño y los sueños.

Pero no tardó mucho el actor trágico en ir a reunirse con el oficial de caballería y el joven prometido y algunos otros; y Edna se encontró cara a cara con la realidad. Llegó a tenerle afecto a su marido, dándose cuenta con cierta satisfacción inexplicable de que ningún rastro de pasión ni de un calor excesivo y ficticio coloreaba su afecto, amenazando así su disolución.

Quería a sus hijos de una manera irregular e impulsiva. A veces los apasionadamente contra su corazón; a veces los olvidaba. El año anterior habían pasado parte del verano con su abuela Pontellier en Iberville. Sintiéndose segura respecto a su felicidad y bienestar, no los echaba de menos salvo con una añoranza intensa que surgía de vez en cuando. Su ausencia era una especie de alivio, aunque ella no lo admitiera, ni siquiera para sí

misma. Parecía liberarla de una responsabilidad que había asumido ciegamente y para la que el Destino no la había preparado.

Edna no reveló a madame Ratignolle tanto como todo esto aquel día de verano en que estuvieron sentadas con el rostro vuelto hacia el mar. Pero buena parte de ello se le escapó. Había apoyado la cabeza en el hombro de madame Ratignolle. Tenía las mejillas encendidas y se sentía embriagada con el sonido de su propia voz y el sabor inusitado de la franqueza. La aturdí como el vino, o como una primera bocanada de libertad.

Se oyó el sonido de voces que se acercaban. Era Robert, rodeado de un tropel de niños, buscándolas. Los dos pequeños Pontellier venían con él, y llevaba en brazos a la hija de madame Ratignolle. Había otros niños además, y detrás seguían dos niñeras con expresión desagradada y resignada.

Las mujeres se levantaron de inmediato y empezaron a sacudir sus ropas y a relajar los músculos. La señora Pontellier metió los almohadones y la manta en la caseta. Los niños salieron corriendo hacia el toldo y se pusieron en fila, contemplando a los enamorados intrusos, que seguían intercambiando promesas y suspiros. Los enamorados se levantaron, con apenas una protesta silenciosa, y se alejaron lentamente a otro lugar.

Los niños se adueñaron de la tienda y la señora Pontellier fue a reunirse con ellos.

Madame Ratignolle le pidió a Robert que la acompañara a casa; se quejaba de calambres en las extremidades y rigidez en las articulaciones. Se apoyó pesadamente en su brazo mientras caminaban.

CAPÍTULO VIII

—Hazme un favor, Robert —dijo la bella mujer que iba a su lado, casi en cuanto ella y Robert emprendieron su lento camino de regreso. Le miró a la cara, apoyada en su brazo bajo la sombra circular de la sombrilla que él había levantado.

—Concedido; todos los que quieras —respondió él, mirándola a los ojos, llenos de reflexión y de cierta especulación.

—Solo te pido uno: deja en paz a la señora Pontellier.

—*¡Tiens!* —exclamó, con una risa repentina y juvenil—. *Voilà que Madame Ratignolle est jalouse!*

—¡Tonterías! Hablo en serio; digo lo que digo. Deja en paz a la señora Pontellier.

—¿Por qué? —preguntó él, tornándose serio ante la solicitud de su compañera.

—Ella no es de los nuestros; no es como nosotros. Podría cometer el desafortunado error de tomarte en serio.

Se le encendió el rostro de contrariedad y, quitándose el sombrero blanco, empezó a golpearlo con impaciencia contra la pierna mientras caminaba. —¿Por qué no habría de tomarme en serio? —preguntó con brusquedad—. ¿Soy acaso un cómico, un payaso, un muñeco de resorte? ¿Por qué no? ¡Vosotros los criollos! ¡No tengo paciencia con vosotros! ¿Siempre voy a ser considerado el elemento cómico del programa? Espero que la señora Pontellier sí me tome en serio. Espero que tenga suficiente perspicacia para encontrar en mí algo más que el *blagueur*. Si creyera que hay alguna duda...

—¡Basta, Robert! —lo interrumpió en medio de su airado arrebató—. No piensas en lo que dices. Hablas con tan poca reflexión como cabría esperar de uno de esos niños que juegan allá en la arena. Si tus atenciones hacia alguna mujer casada de aquí se ofrecieran alguna vez con intención de convencer, no serías el caballero que todos te conocemos, y no serías digno de alternar con las esposas e hijas de las personas que confían en ti.

Madame Ratignolle había hablado con lo que ella creía que era la ley y el evangelio. El joven se encogió de hombros con impaciencia.

—¡Ah, bueno! No se trata de eso —dijo, encasquetándose el sombrero con brusquedad—. Deberías comprender que esas cosas no son halagadoras de decir a alguien.

—¿Acaso toda nuestra relación ha de consistir en un intercambio de cumplidos? *¡Ma foi!*

—No es agradable que una mujer te diga... —continuó, sin prestar atención, pero cortándose de repente—: Ahora bien, si yo fuera como Arobin... ¿Recuerdas a Alcée Arobin y aquel asunto de la mujer del cónsul en Biloxi? —Y contó la historia de Alcée Arobin y la mujer del cónsul; y otra acerca del tenor de la Ópera Francesa, que recibía cartas que nunca deberían haberse escrito; y aún otras historias, graves y festivas, hasta que la señora Pontellier y su posible propensión a tomar en serio a los jóvenes quedaron al parecer olvidadas.

Madame Ratignolle, cuando llegaron a su casita, entró a descansar la hora que consideraba beneficiosa. Antes de despedirse, Robert le pidió perdón por la impaciencia —la llamó rudeza— con que había acogido su bien intencionada advertencia.

—Has cometido un error, Adèle —dijo con una leve sonrisa—. No existe la más remota posibilidad de que la señora Pontellier me tome nunca en serio. Deberías haberme advertido a mí de que no me tomase a mí mismo en serio. Tu consejo habría tenido entonces algo de peso y me habría dado motivo para reflexionar. *Au revoir*. Pero tienes cara de cansada —añadió solícito—. ¿Te apetece una taza de caldo? ¿Te preparo un ponche? Déjame prepararte un ponche con una gota de Angostura.

Ella accedió a la sugerencia del caldo, que era bien recibido y apetecible. Él fue en persona a la cocina, que era un edificio separado de las casitas y

situado en la parte trasera de la casa. Y él mismo le trajo el caldo amarillo dorado en una delicada taza de Sèvres, con una o dos galletas crujientes en el platillo.

Ella sacó un brazo blanco y desnudo de entre la cortina que cubría su puerta abierta y recibió la taza de sus manos. Le dijo que era un *bon garçon*, y lo decía en serio. Robert le dio las gracias y se encaminó hacia «la casa».

Los enamorados acababan de entrar en los jardines de la *pensión*. Se inclinaban el uno hacia el otro como los robles de agua se inclinan ante el mar. No había ni un átomo de tierra bajo sus pies. Sus cabezas podrían haber estado al revés, de tan absolutamente como pisaban el éter azul. La señora de negro, que iba a rastras detrás de ellos, tenía un aspecto un tanto más pálido y extenuado que de costumbre. No había rastro de la señora Pontellier ni de los niños. Robert escudriñó la distancia en busca de alguna tal aparición. Sin duda seguirían fuera hasta la hora de la cena. El joven subió al cuarto de su madre. Estaba en lo alto de la casa, con ángulos extraños y un techo extraño e inclinado. Dos amplias ventanas abuhardilladas daban hacia el Golfo, y tan lejos como la vista de un hombre pudiera alcanzar. El mobiliario de la habitación era ligero, fresco y funcional.

Madame Lebrun estaba atareada con la máquina de coser. Una niña negra estaba sentada en el suelo y con las manos accionaba el pedal de la máquina. La mujer criolla no corre ningún riesgo que pueda evitarse cuando se trata de su salud.

Robert fue a sentarse en el ancho alféizar de una de las ventanas abuhardilladas. Sacó un libro del bolsillo y comenzó a leerlo con energía, a juzgar por la precisión y frecuencia con que pasaba las páginas. La máquina de coser producía un estruendoso traqueteo en la habitación; era de fabricación antigua y aparatosa. En los silencios, Robert y su madre intercambiaban fragmentos de conversación intrascendente.

—¿Dónde está la señora Pontellier?

—En la playa con los niños.

—Le prometí prestarle el Goncourt. No olvides llevárselo cuando bajes; está ahí en la estantería sobre la mesita pequeña. —Traca, traca, traca, ¡pum! durante los cinco u ocho minutos siguientes.

—¿Adónde va Víctor con el rockaway?

—¿El rockaway? ¿Víctor?

—Sí; ahí abajo, delante. Parece que se prepara para irse a algún sitio.

—Llámallo. —Traca, traca.

Robert lanzó un silbido agudo y penetrante que habría podido oírse desde el muelle.

—No levanta la vista.

Madame Lebrun voló a la ventana. Llamó: «¡Víctor!». Agitó un pañuelo y volvió a llamar. El joven de abajo subió al vehículo y azuzó el caballo hasta ponerlo al galope.

Madame Lebrun volvió a la máquina, encarnada de contrariedad. Víctor era el hijo y hermano menor: una *tête montée*, con un genio que invitaba a la violencia y una voluntad que ninguna hacha podría quebrar.

—Cuando digas la palabra, estoy dispuesto a meterle a golpes toda la razón que sea capaz de retener.

—¡Si tu padre hubiera vivido! —Traca, traca, traca, traca, ¡pum! Era una convicción arraigada en madame Lebrun que la conducta del universo y todo lo que le atañía habrían sido manifiestamente de un orden más inteligente y elevado si monsieur Lebrun no hubiera sido llamado a otras esferas durante los primeros años de su vida matrimonial.

—¿Qué noticias tienes de Montel? —Montel era un caballero de mediana edad cuya vana ambición y deseo durante los últimos veinte años había sido llenar el vacío que la partida de monsieur Lebrun había dejado en el hogar de los Lebrun—. Traca, traca, ¡pum!, traca.

—Tengo una carta en algún sitio —dijo, buscando en el cajón de la máquina y encontrando la carta en el fondo del cesto de costura—. Dice que te diga que estará en Veracruz a principios del mes que viene —traca, traca—, y que si sigues con la intención de reunirte con él... —¡Pum! Traca, traca, ¡pum!

—¿Por qué no me lo dijiste antes, madre? Sabes que yo quería... —Traca, traca, traca.

—¿Ves a la señora Pontellier que vuelve con los niños? Volverá a llegar tarde a almorzar. Nunca empieza a prepararse para el almuerzo hasta el últi-

mo momento. — Traca, traca—. ¿Adónde vas?

—¿Dónde dijiste que estaba el Goncourt?

CAPÍTULO IX

Todas las luces del salón ardían; todas las lámparas estaban subidas cuanto era posible sin que el tubo humease ni amenazara con explotar. Las lámparas estaban fijadas a intervalos contra la pared, rodeando toda la estancia. Alguien había recogido ramas de naranjo y limonero y con ellas había confeccionado graciosas guirnaldas entre las lámparas. El verde oscuro de las ramas resaltaba y brillaba contra las blancas cortinas de muselina que colgaban de las ventanas, las cuales se inflaban, flotaban y agitaban al caprichoso arbitrio de una brisa recia llegada del Golfo.

Era un sábado por la noche, pocas semanas después de la conversación íntima que habían mantenido Robert y madame Ratignolle de camino desde la playa. Un número inusual de maridos, padres y amigos habían bajado a pasar el domingo, y sus familias los entretenían como era debido, con la ayuda material de madame Lebrun. Las mesas del comedor habían sido retiradas todas a un extremo del salón, y las sillas dispuestas en filas y en grupos. Cada pequeño círculo familiar había tenido su turno y había intercambiado sus chismes domésticos a principios de la velada. Había ahora un evidente deseo de relajarse; de ampliar el círculo de confidencias y dar un tono más general a la conversación.

Se había permitido a muchos niños quedarse levantados más allá de su hora habitual. Un pequeño grupo de ellos estaba tumbado boca abajo en el suelo mirando las hojas en color de los tebeos que el señor Pontellier había traído. Los pequeños Pontellier se lo estaban permitiendo y haciendo sentir su autoridad.

La música, el baile y una o dos recitaciones fueron los entretenimientos ofrecidos, o más bien propuestos. Pero no había nada sistemático en el pro-

grama, ni apariencia de preparación previa ni siquiera de premeditación.

A primera hora de la velada se persuadió a las gemelas Farival para que tocaran el piano. Eran unas chicas de catorce años, siempre vestidas con los colores de la Virgen, azul y blanco, pues habían sido consagradas a la Santísima Virgen en su bautismo. Tocarón un dúo de *Zampa* y, a instancias fervientes de todos los presentes, lo siguieron con la obertura de *El poeta y el campesino*.

— *¡Allez vous-en! Sapristi!* — chilló el loro desde fuera de la puerta. Era el único ser presente que poseía la suficiente franqueza para admitir que no escuchaba aquellas gratas actuaciones por primera vez en el verano. El viejo monsieur Farival, abuelo de las gemelas, se indignó ante la interrupción e insistió en que el pájaro fuera retirado y confinado en las regiones de la oscuridad. Víctor Lebrun se opuso; y sus decretos eran tan inmutables como los del Destino. El loro, afortunadamente, no ofreció más interrupciones al entretenimiento, pues toda la ponzoña de su naturaleza parecía haber sido atesorada y arrojada contra las gemelas en aquel único y arrebatado exabrupto.

Más tarde, un hermano y una hermana jóvenes hicieron recitaciones que todos los presentes habían escuchado muchas veces en las veladas de invierno en la ciudad.

Una niña bailó una danza de faldas en el centro del salón. La madre tocó el acompañamiento y al mismo tiempo observaba a su hija con ávida admiración y nerviosa aprensión. No tenía por qué sentir aprensión alguna. La niña era dueña de la situación. La habían vestido adecuadamente para la ocasión con tul negro y leotardos de seda negra. Su cuellecito y sus brazos estaban desnudos, y su cabello, rizado artificialmente, sobresalía como esponjosas plumas negras sobre su cabeza. Sus posturas estaban llenas de gracia, y sus pequeños dedos de los pies, enfundados en zapatos negros, centelleaban al dispararse hacia fuera y hacia arriba con una rapidez y una brusquedad que dejaban perplejos.

Pero no había razón para que todos no bailaran. Madame Ratignolle no podía, de modo que fue ella quien consintió alegremente en tocar para los demás. Tocaba muy bien, manteniendo un excelente compás de vals e infundiendo a las melodías una expresión realmente inspiradora. Seguía culti-

vando la música por los niños, decía; porque ella y su marido lo consideraban un medio de animar el hogar y hacerlo atractivo.

Bailaron casi todos excepto las gemelas, a las que no hubo manera de convencer de que se separaran durante el breve período en que una u otra tendría que estar girando por el salón entre los brazos de un hombre. Podrían haber bailado juntas, pero no se les ocurrió.

Enviaron a los niños a la cama. Algunos fueron dócilmente; otros, con chillidos y protestas mientras se los llevaban a rastras. Se les había permitido quedarse levantados hasta después del helado, que marcaba naturalmente el límite de la indulgencia humana.

El helado se sirvió con pastel dorado y plateado dispuesto en fuentes en rodajas alternas; lo habían preparado y helado durante la tarde detrás de la cocina dos mujeres negras, bajo la supervisión de Víctor. Se declaró un gran éxito: excelente, si solo hubiera tenido un poco menos de vainilla o un poco más de azúcar, si hubiera estado helado un grado más y si se hubiera evitado que la sal llegara a algunas partes. Víctor estaba orgulloso de su logro e iba por ahí recomendándolo e instando a todos a tomar en exceso.

Después de que la señora Pontellier hubiera bailado dos veces con su marido, una con Robert y una con monsieur Ratignolle, que era delgado y alto y se balanceaba como una caña al viento cuando bailaba, salió a la galería y se sentó en el bajo alféizar de una ventana, desde donde dominaba todo lo que ocurría en el salón y podía mirar hacia el Golfo. Había un suave resplandor en el este. La luna estaba saliendo y su místico centelleo arrojaba un millón de luces sobre el agua distante e inquieta.

—¿Te gustaría escuchar tocar a mademoiselle Reisz? —preguntó Robert, saliendo al porche donde ella estaba. Por supuesto que a Edna le gustaría escuchar tocar a mademoiselle Reisz; pero temía que fuera inútil rogarle.

—Yo se lo pido —dijo—. Le diré que quiere escucharla. Le cae usted bien. Vendrá. —Se volvió y se marchó a toda prisa hacia una de las casitas alejadas, donde mademoiselle Reisz andaba arrastrando los pies. Sacaba y metía una silla de su cuarto y, de vez en cuando, protestaba por el llanto de un bebé al que una niñera de la casita contigua intentaba dormir. Era una mujer desagradable y menuda, ya entrada en años, que había reñido con

casi todo el mundo por culpa de un genio autoritario y una disposición a pisotear los derechos ajenos. Robert la convenció sin demasiada dificultad.

Entró con él en el salón durante una pausa en el baile. Hizo una pequeña reverencia torpe e imperiosa al entrar. Era una mujer poco agraciada, con un cuerpo y un rostro pequeños y enjutos, y unos ojos que brillaban. No tenía el menor gusto para vestir y llevaba un revoltijo de encaje negro apagado con un ramito de violetas artificiales prendido a un lado del cabello.

—Pregúntele a la señora Pontellier qué le gustaría escuchar —le pidió a Robert. Se quedó completamente inmóvil ante el piano, sin tocar las teclas, mientras Robert llevaba el recado a Edna junto a la ventana. Un aire general de sorpresa y genuina satisfacción se apoderó de todos al ver entrar a la pianista. Hubo un acomodamiento y un ambiente generalizado de expectativa. Edna se sintió algo turbada al verse así señalada para el favor de la imperativa mujercilla. No se atrevería a elegir y rogó que mademoiselle Reisz tocara según su gusto.

Edna era, según decía ella misma, muy aficionada a la música. Las melodías musicales, bien interpretadas, tenían la virtud de evocar imágenes en su mente. A veces le gustaba sentarse en el salón por las mañanas cuando madame Ratignolle tocaba o ensayaba. A una pieza que aquella señora tocaba, Edna la había bautizado «Soledad». Era una melodía breve, lastimera, en modo menor. El nombre real de la pieza era otro, pero ella la llamaba «Soledad». Cuando la escuchaba, acudía ante su imaginación la figura de un hombre de pie junto a una roca desolada en la orilla del mar. Estaba desnudo. Su actitud era de resignación sin esperanza mientras miraba hacia un pájaro lejano que alejaba el vuelo de él.

Otra pieza le traía a la mente a una joven delicada vestida con un traje Imperio, que bajaba por un largo paseo entre altos setos con pasos de baile cortos y afectados. Otra le recordaba a niños jugando, y aún otra, a nada en este mundo más que a una dama recatada acariciando a un gato.

Los primeros acordes que mademoiselle Reisz arrancó al piano enviaron un estremecimiento agudo por la columna vertebral de la señora Pontellier. No era la primera vez que escuchaba a una artista al piano. Quizá era la primera vez que estaba preparada, quizá la primera vez que su ser estaba templado para recibir la impronta de la verdad imperecedera.

Esperó las imágenes concretas que pensaba que se congregarían y arderían ante su imaginación. Esperó en vano. No vio imágenes de soledad, de esperanza, de anhelo ni de desesperación. Pero las propias pasiones despertaron dentro de su alma, sacudiéndola, azotándola, como las olas golpeaban a diario su espléndido cuerpo. Temblaba, se ahogaba, y las lágrimas la cegaban.

Mademoiselle había terminado. Se levantó, hizo su reverencia rígida y altiva, y se marchó, sin detenerse a recibir gracias ni aplausos. Al pasar por la galería le dio una palmadita a Edna en el hombro.

—Bueno, ¿qué le ha parecido mi música? —preguntó. La joven fue incapaz de responder; estrechó la mano de la pianista convulsivamente. Mademoiselle Reisz percibió su agitación e incluso sus lágrimas. Le dio otra palmadita en el hombro mientras decía: —Usted es la única por quien merece la pena tocar. ¿Esos otros? ¡Bah! —y siguió arrastrando los pies y moviéndose de lado por la galería hacia su cuarto.

Pero se equivocaba respecto a «esos otros». Su interpretación había desatado una fiebre de entusiasmo. —¡Qué pasión! —¡Qué artista! —¡Siempre he dicho que nadie puede tocar a Chopin como mademoiselle Reisz! —¡Ese último preludio! ¡*Bon Dieu!* ¡Sacude a cualquiera!

Se hacía tarde y había una disposición general a dispersarse. Pero alguien, quizá Robert, tuvo la idea de un baño a aquella hora mística y bajo aquella luna mística.

CAPÍTULO X

En fin, fue Robert quien lo propuso, y no hubo una sola voz discordante. Todos estaban dispuestos a seguirle cuando marcó el camino. Él no lo marcó, sin embargo; lo indicó, y él mismo fue rezagándose con los amantes, quienes habían delatado cierta inclinación a demorarse y apartarse del grupo. Caminó entre ellos, con una intención que no era del todo clara, ni siquiera para él mismo, si maliciosa o traviesa.

Los Pontellier y los Ratignolle iban delante; las mujeres apoyadas en el brazo de sus maridos. Edna podía oír la voz de Robert a sus espaldas, y a veces alcanzaba a entender lo que decía. Se preguntaba por qué no se unía a ellos. No era propio de él. Últimamente se había mantenido a distancia durante todo un día, redoblando su devoción al siguiente y al siguiente, como si quisiera compensar las horas perdidas. Lo echaba de menos los días en que cualquier pretexto lo alejaba de ella, igual que se echa de menos el sol en un día nublado sin haber pensado mucho en él cuando brillaba.

La gente caminaba en pequeños grupos hacia la playa. Charlaban y reían; algunos cantaban. Abajo, en el hotel de Klein, tocaba una banda, y las notas llegaban hasta ellos amortiguadas por la distancia. Flotaban en el aire olores extraños y raros —una mezcla de mar y de algas y de tierra húmeda recién arada, mezclada con el pesado perfume de un campo de flores blancas que había en algún lugar cercano. Pero la noche posaba levemente sobre el mar y la tierra. No había peso en la oscuridad; no había sombras. La luz blanca de la luna había caído sobre el mundo como el misterio y la suavidad del sueño.

La mayoría entró en el agua como quien entra en su elemento natural. El mar estaba en calma, y se mecía perezosamente en anchas ondas que se fun-

dían unas con otras y no rompían más que en la orilla, en pequeñas crestas de espuma que se enrollaban hacia atrás como lentas serpientes blancas.

Edna había intentado aprender a nadar durante todo el verano. Había recibido instrucción tanto de los hombres como de las mujeres; en algunos casos, de los propios niños. Robert le había dado lecciones casi a diario, y estaba a punto de desanimarse al comprobar lo inútil de sus esfuerzos. Cuando estaba en el agua, un temor incontrolable la rondaba, a no ser que hubiera una mano cerca que pudiera alcanzarla y tranquilizarla.

Pero aquella noche era como ese niño pequeño que tropieza y se tambalea y se agarra a todo, y de pronto descubre sus propias fuerzas y echa a andar solo por primera vez, con audacia y con exceso de confianza. Hubiera querido gritar de alegría. Y gritó de alegría, cuando con una o dos brazadas amplias levantó su cuerpo hacia la superficie del agua.

La invadió una sensación de júbilo, como si le hubieran concedido algún poder de significado profundo para gobernar el funcionamiento de su cuerpo y de su alma. Se volvió audaz e imprudente, sobrestimando sus fuerzas. Quería nadar muy lejos, adonde ninguna mujer había nadado antes.

Su inesperado logro fue motivo de asombro, de aplausos y de admiración. Cada cual se felicitó a sí mismo creyendo que sus enseñanzas particulares habían alcanzado ese fin tan deseado.

—¡Qué fácil es! —pensó. —No es nada —dijo en voz alta—; ¿cómo no descubrí antes que no era nada? ¡Piensa en el tiempo que he perdido chapoteando como un bebé! No quiso unirse a los grupos en sus juegos y competiciones, sino que, embriagada por su recién conquistada capacidad, nadó sola hacia afuera.

Volvió el rostro hacia el mar para beber la impresión de espacio y de soledad que le transmitía la vasta extensión de agua fundiéndose con el cielo iluminado por la luna. Mientras nadaba parecía tender los brazos hacia lo ilimitado para perderse en ello.

En un momento dado se volvió y miró hacia la orilla, hacia las personas que había dejado allí. No se había alejado gran distancia —al menos lo que para un nadador experimentado sería una gran distancia. Pero a sus ojos inexpertos, el trecho de agua que tenía detrás adquirió el aspecto de una barrera que sus solas fuerzas no podrían nunca superar.

Una rápida visión de la muerte golpeó su alma y por un segundo dejó sus sentidos consternados y sin fuerzas. Pero con un esfuerzo dominó sus tambaleantes facultades y logró llegar a tierra.

No hizo ninguna mención de su encuentro con la muerte ni de su instante de terror, salvo para decirle a su marido: —Creí que iba a perecer ahí fuera, sola.

—No estaba usted tan lejos, querida; la estaba vigilando —le dijo él.

Edna fue directamente al vestuario, y ya se había puesto la ropa seca y estaba lista para volver antes de que los demás hubieran salido del agua. Echó a andar sola. Todos la llamaban a gritos. Ella agitó una mano en señal de negativa y siguió adelante, sin hacer caso de sus renovados gritos que intentaban retenerla.

—A veces me tienta pensar que la señora Pontellier es caprichosa —dijo Madame Lebrun, que se estaba divirtiendo enormemente y temía que la abrupta partida de Edna pudiera poner fin al placer de todos.

—Ya lo sé —asintió el señor Pontellier—; a veces, no siempre.

Edna no había recorrido ni la cuarta parte del camino de vuelta a casa cuando Robert la alcanzó.

—¿Creías que tenía miedo? —le preguntó, sin el menor asomo de irritación.

—No; sabía que no tenías miedo.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué no te has quedado con los demás?

—No lo pensé.

—¿Qué no pensaste?

—En nada. ¿Qué importa?

—Estoy muy cansada —dijo ella en tono quejumbroso.

—Ya lo sé.

—No sabes nada. ¿Por qué ibas a saberlo? En mi vida me he sentido tan agotada. Pero no es desagradable. Esta noche han pasado por mí mil emociones. No comprendo ni la mitad de ellas. No hagas caso de lo que digo;

estoy pensando en voz alta. Me pregunto si volveré a sentirme conmovida como me conmovió esta noche el piano de mademoiselle Reisz. Me pregunto si habrá alguna otra noche en la tierra como esta. Es como una noche de sueño. La gente que me rodea parece un conjunto de seres extraños, a medias humanos. Esta noche deben de andar espíritus por ahí.

—Los hay —susurró Robert—. ¿No sabías que hoy es veintiocho de agosto?

—¿El veintiocho de agosto?

—Sí. El veintiocho de agosto, a la hora de medianoche, y si brilla la luna —la luna debe brillar—, un espíritu que lleva siglos rondando estas costas se alza desde el Golfo. Con su visión penetrante el espíritu busca a algún mortal digno de hacerle compañía, digno de ser elevado durante unas horas a los reinos de los semicelestiales. Su búsqueda ha sido siempre infructuosa hasta ahora, y ha vuelto desanimado al fondo del mar. Pero esta noche ha encontrado a la señora Pontellier. Quizá no la libere nunca del todo del hechizo. Quizá ella no permita nunca más que un pobre e indigno ser de este mundo camine a la sombra de su divina presencia.

—No te burles —dijo ella, herida por lo que le parecía ligereza de su parte. Él no prestó atención a la súplica, pero el tono, con su delicada nota de patetismo, era como un reproche. No podía explicarse; no podía decirle que había penetrado en su estado de ánimo y lo entendía. No dijo nada, salvo ofrecerle el brazo, pues por su propia admisión estaba agotada. Había estado caminando sola con los brazos colgando inertes, dejando que su falda blanca rozara el camino húmedo de rocío. Tomó su brazo, pero no se apoyó en él. Dejó reposar la mano con lánguida indiferencia, como si sus pensamientos estuvieran en otro lugar —en algún punto más adelante que su cuerpo, y ella se esforzara por alcanzarlos.

Robert la ayudó a instalarse en la hamaca, que colgaba del poste frente a su puerta hasta el tronco de un árbol.

—¿Te quedas aquí a esperar al señor Pontellier? —preguntó.

—Me quedo aquí. Buenas noches.

—¿Te traigo una almohada?

— Hay una aquí — dijo, tanteando en la oscuridad, pues estaban en la sombra.

— Debe de estar sucia; los niños han estado revolcándola.

— No importa. — Y tras encontrar la almohada, la colocó debajo de su cabeza. Se tendió en la hamaca con un profundo suspiro de alivio. No era una mujer altanera ni remilgada. No solía recostarse en la hamaca, y cuando lo hacía no era con esa sugerencia felina de voluptuosa indolencia, sino con una tranquilidad bienhechora que parecía invadir todo su cuerpo.

— ¿Me quedo contigo hasta que llegue el señor Pontellier? — preguntó Robert, sentándose en el borde exterior de uno de los peldaños y aferrándose a la cuerda de la hamaca, que estaba atada al poste.

— Si quieres. No balancees la hamaca. ¿Me traes el chal blanco que dejé en el alféizar de la ventana en casa?

— ¿Tienes frío?

— No; pero lo tendré en seguida.

— ¿En seguida? — se rió él—. ¿Sabes qué hora es? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí fuera?

— No sé. ¿Me traes el chal?

— Claro que sí — dijo, levantándose. Cruzó hacia la casa caminando por la hierba. Ella vio su figura aparecer y desaparecer entre las franjas de luz de la luna. Era pasada la medianoche. Había mucho silencio.

Cuando regresó con el chal, ella lo tomó y lo mantuvo en la mano. No se lo echó por los hombros.

— ¿Dijiste que te quedarías hasta que volviera el señor Pontellier?

— Dije que podrías quedarte si querías.

Se sentó de nuevo y lió un cigarrillo, que fumó en silencio. La señora Pontellier tampoco habló. Ningún torrente de palabras habría podido ser más elocuente que aquellos momentos de silencio, ni más preñado de los primeros latidos del deseo que apenas se hacía sentir.

Cuando se oyeron acercarse las voces de los bañistas, Robert dijo buenas noches. Ella no le respondió. Él creyó que estaba dormida. De nuevo vio su

figura aparecer y desaparecer entre las franjas de luz de la luna mientras se alejaba.

CAPÍTULO XI

—¿Qué haces aquí fuera, Edna? Creí que te encontraría en cama —dijo su marido al descubrirla tendida allí. Había subido con Madame Lebrun y la había dejado en casa. Su mujer no respondió.

—¿Está dormida? —preguntó, inclinándose para mirarla de cerca.

—No. —Sus ojos brillaban vivos e intensos, sin la penumbra del sueño, cuando lo miraron.

—¿Sabe que ya es más de la una? Vamos —y subió los peldaños y entró en su cuarto.

—¡Edna! —llamó el señor Pontellier desde dentro, al cabo de unos momentos.

—No me espere —respondió ella. Él asomó la cabeza por la puerta.

—Va a coger un resfriado ahí fuera —dijo, irritado—. ¿Qué locura es esta? ¿Por qué no entra?

—No hace frío; tengo el chal.

—Los mosquitos la van a devorar.

—No hay mosquitos.

Ella lo oía moverse por la habitación; cada sonido delataba impaciencia e irritación. En otro momento habría entrado ante su petición. Por costumbre, habría cedido a su deseo; no con ningún sentimiento de sumisión u obediencia a su voluntad imperiosa, sino maquinalmente, como se camina, se mueve uno, se sienta, se pone en pie, siguiendo la rutina cotidiana de la vida que nos ha sido asignada.

—Edna, querida, ¿no va a entrar pronto? —preguntó de nuevo, esta vez con afecto, con un tono de súplica.

—No; voy a quedarme aquí fuera.

—Esto ya es demasiada locura —estalló él—. No puedo permitir que se quede ahí fuera toda la noche. Tiene que entrar en casa inmediatamente.

Con un movimiento de contorsión se acomodó aún más firmemente en la hamaca. Percibió que su voluntad había prendido, terca y resistente. En aquel momento no habría podido hacer otra cosa que negar y resistir. Se preguntó si su marido le habría hablado alguna vez así, y si ella habría obedecido sus órdenes. Claro que sí; recordaba que lo había hecho. Pero no podía entender por qué ni cómo habría podido ceder, sintiéndose como se sentía entonces.

—Léonce, váyase a la cama —dijo—. Pienso quedarme aquí fuera. No quiero entrar y no pienso hacerlo. No me vuelva a hablar así; no le responderé.

El señor Pontellier se había preparado para acostarse, pero se puso una prenda de abrigo encima. Abrió una botella de vino, de la pequeña y selecta provisión que guardaba en su aparador particular. Bebió una copa de vino y salió a la galería y le ofreció una copa a su mujer. Ella no quiso. Él acercó la mecedora, apoyó los pies calzados con zapatillas en la barandilla y se dispuso a fumar un cigarro. Fumó dos cigarros; luego entró y bebió otra copa de vino. La señora Pontellier volvió a declinar la copa cuando se la ofrecieron. El señor Pontellier se sentó de nuevo con los pies en alto, y tras un intervalo de tiempo razonable fumó algunos cigarros más.

Edna empezó a sentirse como alguien que va despertando paulatinamente de un sueño, un sueño delicioso, grotesco e imposible, para sentir de nuevo las realidades que se adentraban en su alma. La necesidad física de dormir empezó a vencerla; la exaltación que había sostenido y elevado su espíritu la dejó indefensa y rendida a las circunstancias que la cercaban.

Había llegado la hora más silenciosa de la noche, la hora antes del amanecer, cuando el mundo parece contener la respiración. La luna colgaba baja y había pasado de la plata al cobre en el cielo dormido. El viejo búho había dejado de ulular, y los robles de agua habían cesado su gemido al doblar las cabezas.

Edna se levantó, con los músculos entumecidos de haber permanecido tanto tiempo inmóvil en la hamaca. Subió vacilando los peldaños, aferrándose débilmente al poste antes de entrar en casa.

—¿Entra usted, Léonce? —preguntó, volviendo el rostro hacia su marido.

—Sí, querida —respondió él, con una mirada que siguió una vaporosa nube de humo—. En cuanto acabe el cigarro.

CAPÍTULO XII

Durmió apenas unas horas. Fueron horas agitadas y febriles, turbadas por sueños intangibles que se le escurrían dejando tan solo una impresión en sus sentidos a medio despertar, la impresión de algo inalcanzable. Se levantó y se vistió con el fresco de la madrugada. El aire era vigorizante y sereó en algo sus facultades. No buscaba, sin embargo, refresco ni ayuda en ninguna fuente, ni exterior ni interior. Seguía ciegamente cualquier impulso que la moviera, como si se hubiera puesto en manos ajenas para que la guiasen, y hubiera liberado su alma de toda responsabilidad.

La mayoría de la gente, a aquella hora tan temprana, seguía en cama y dormida. Unos pocos, los que pensaban cruzar hasta la *Chênrière* para la misa, se movían de aquí para allá. Los amantes, que habían trazado sus planes la noche anterior, ya se encaminaban al muelle. La señora de negro, con su devocionario dominical de terciopelo con broche dorado y sus cuentas de plata del domingo, los seguía a no mucha distancia. El viejo monsieur Fari-val estaba en pie, y más que inclinado a sumarse a cualquier cosa que se le propusiera. Se puso el gran sombrero de paja y, tomando el paraguas del paraguero del vestíbulo, siguió a la señora de negro sin llegar a alcanzarla nunca.

La niña negra que manejaba la máquina de coser de Madame Lebrun barría las galerías con largas y distraídas pasadas de escoba. Edna la mandó a la casa a despertar a Robert.

—Dile que voy a la *Chênrière*. El barco está listo; dile que se dé prisa.

Él se reunió con ella enseguida. Ella nunca le había mandado llamar. Nunca le había pedido que fuera. Nunca había parecido quererle así antes. No parecía consciente de haber hecho nada insólito al reclamar su presen-

cia. Él parecía igualmente ajeno a cualquier cosa extraordinaria en la situación. Pero su rostro se iluminó con un brillo sereno cuando se encontraron.

Fueron juntos a la cocina a tomar café. No había tiempo para esperar ningún refinamiento de servicio. Se quedaron fuera de la ventana y la cocinera les pasó el café y un panecillo, que bebieron y comieron apoyados en el alféizar. Edna dijo que estaba bueno.

No había pensado en el café ni en nada. Él le dijo que había observado muchas veces que le faltaba previsión.

—¿No era suficiente con pensar en ir a la *Chênrière* y en despertarte? —se rió ella—. ¿Tengo que pensar en todo? —como dice Léonce cuando está de mal humor. No le culpo; nunca estaría de mal humor si no fuera por mí.

Tomaron un atajo por las dunas. A lo lejos podían ver la extraña procesión que avanzaba hacia el muelle: los amantes, hombro con hombro, a paso lento; la señora de negro, ganándoles terreno poco a poco; el viejo monsieur Farival, perdiéndolo centímetro a centímetro, y una joven española descalza, con un pañuelo rojo en la cabeza y una cesta en el brazo, cerrando la marcha.

Robert conocía a la chica y habló un poco con ella en el barco. Nadie de los presentes entendía lo que decían. Se llamaba Mariequita. Tenía una cara redonda, pícara y graciosa, y unos bonitos ojos negros. Las manos eran pequeñas, y las mantenía entrelazadas sobre el asa de la cesta. Los pies eran anchos y toscos. No hacía ningún esfuerzo por ocultarlos. Edna los miró y reparó en la arena y el légamo entre sus morenos dedos.

Beaudelet refunfuñaba porque Mariequita estaba allí ocupando tanto sitio. En realidad, estaba molesto por tener al viejo monsieur Farival, quien se consideraba el mejor marinero de los dos. Pero no quería pelearse con un hombre tan mayor como monsieur Farival, de modo que se peleó con Mariequita. La chica se mostraba conciliadora un momento, apelando a Robert. Al siguiente se ponía impertinente, moviendo la cabeza arriba y abajo, haciendo ojitos a Robert y muecas a Beaudelet.

Los amantes estaban completamente solos. No veían nada, no oían nada. La señora de negro contaba sus cuentas por tercera vez. El viejo monsieur Farival no paraba de hablar de lo que él sabía sobre el manejo de un barco y de lo que Beaudelet ignoraba sobre el mismo tema.

A Edna le gustaba todo aquello. Miró a Mariequita de arriba abajo, de sus feos dedos morenos a sus bonitos ojos negros, y vuelta a empezar.

—¿Por qué me mira así? —le preguntó la chica a Robert.

—A lo mejor cree que eres guapa. ¿Se lo pregunto?

—No. ¿Es tu novia?

—Es una señora casada y tiene dos hijos.

—¡Ah, bueno! Francisco se escapó con la mujer de Sylvano, que tenía cuatro hijos. Se llevaron todo su dinero y a uno de los hijos y le robaron el barco.

—¡Cállate!

—¿Entiende ella?

—¡Chitón!

—¿Están casados esos dos de allí, que van apoyados el uno en el otro?

—Claro que no —se rió Robert.

—Claro que no —repitió Mariequita, con una seria y confirmatoria inclinación de cabeza.

El sol estaba alto y empezaba a picar. La rápida brisa parecía hundir su aguijón en los poros del rostro y las manos de Edna. Robert le sostuvo el paraguas por encima. Mientras cortaban el agua de lado, las velas se henchían tensas con el viento que las llenaba y desbordaba. El viejo monsieur Farival soltó una carcajada sardónica ante algo al mirar las velas, y Beaudelet masculló un juramento contra el viejo por lo bajo.

Navegando por la bahía hacia la *Chênière Caminada*, Edna sentía que la alejaban de algún ancladero que la había tenido sujeta, cuyas cadenas se habían ido aflojando —y habían saltado la noche anterior cuando el espíritu místico andaba suelto— y la dejaban libre para ir a la deriva adonde le viniera en gana llevar sus velas. Robert le hablaba sin cesar; ya no prestaba atención a Mariequita. La chica tenía gambas en su cesta de bambú, cubiertas de musgo español. Las aplastó impaciente y masculló algo para sí con gesto hosco.

—¿Vamos mañana a Grande Terre? —dijo Robert en voz baja.

—¿Qué haremos allí?

—Subir al cerro hasta el viejo fuerte y mirar las pequeñas serpientes doradas que se retuercen, y ver a las lagartijas tomar el sol.

Ella miró hacia Grande Terre pensando que le gustaría estar allí sola con Robert, al sol, escuchando el rugido del océano y viendo retorcerse a las escurridizas lagartijas entre las ruinas del viejo fuerte.

—Y al día siguiente o pasado podemos ir en barco al Bayou Brulow — continuó él.

—¿Qué haremos allí?

—Lo que sea; echar el anzuelo a ver si pica algo.

—No; volvemos a Grande Terre. Dejemos los peces en paz.

—Iremos donde tú quieras —dijo—. Haré que Tonie venga a ayudarme a reparar y aparejar mi barco. No necesitaremos a Beaudalet ni a nadie. ¿Le tienes miedo a la piragua?

—Oh, no.

—Entonces te llevo una noche en piragua cuando brille la luna. A lo mejor tu espíritu del Golfo te susurra en cuál de estas islas están escondidos los tesoros, y te guía hasta el lugar exacto.

—¡Y en un día seríamos ricos! —se rió ella—. Te lo daría todo, el oro de los piratas y todo el tesoro que pudiéramos desenterrar. Creo que sabrías cómo gastarlo. El oro de los piratas no es algo para atesorar ni aprovechar. Es algo para derrochar y arrojar a los cuatro vientos, por el placer de ver volar las pepitas de oro.

—Lo compartiríamos y lo esparciríamos juntos —dijo él. Se le encendió el rostro.

Todos subieron juntos hasta la pintoresca iglesita gótica de Nuestra Señora de Lourdes, que relucía de un marrón y amarillo pintados bajo el resplandor del sol.

Solo Beaudalet se quedó atrás, trasteando en su barco, y Mariequita se marchó con su cesta de gambas lanzando una mirada de infantil mal humor y reproche a Robert desde el rabillo del ojo.

CAPÍTULO XIII

Una sensación de opresión y somnolencia se apoderó de Edna durante el oficio. Le empezó a doler la cabeza, y las luces del altar oscilaban ante sus ojos. En otro momento habría hecho un esfuerzo por recobrar la compostura; pero su único pensamiento era escapar de la atmósfera sofocante de la iglesia y alcanzar el aire libre. Se levantó trepando por encima de los pies de Robert con un murmurado perdón. El viejo monsieur Farival, agitado y curioso, se puso en pie, pero al ver que Robert había seguido a la señora Pontellier, volvió a hundirse en su asiento. Le susurró una inquieta pregunta a la señora de negro, quien no le hizo caso ni respondió, sino que mantuvo los ojos fijos en las páginas de su devocionario de terciopelo.

—Me he mareado y casi me desmayo —dijo Edna, llevándose instintivamente las manos a la cabeza y levantándose el sombrero de paja de la frente—. No habría podido aguantar hasta el final del oficio. —Estaban fuera, a la sombra de la iglesia. Robert era todo solicitud.

—Fue una locura haber pensado en entrar siquiera, y mucho más en quedarse. Ven a casa de Madame Antoine; allí puedes descansar. —Le tomó el brazo y la fue llevando, mirándola con ansiedad continua, inclinado hacia su rostro.

¡Qué quietud había, con solo la voz del mar susurrando entre los juncos que crecían en las charcas de agua salada! La larga hilera de casitas grises y desgastadas por la intemperie se acurrucaba plácidamente entre los naranjos. Debía de ser siempre el día del Señor en aquella isla baja y soñolienta, pensó Edna. Se detuvieron, apoyados en una cerca irregular hecha de maderos traídos por el mar, a pedir agua. Un joven, un acadiano de rostro apacible, sacaba agua de la cisterna, que no era más que una boya oxidada con

una abertura en un lado, hundida en el suelo. El agua que el joven les tendió en un cubo de hojalata no estaba fría al gusto, pero era fresca para su cara acalorada, y la reanimó y refrescó considerablemente.

La cabaña de Madame Antoine estaba al final del pueblo. Los recibió con toda la hospitalidad innata con que habría abierto la puerta para dejar entrar el sol. Era gruesa y caminaba pesada y torpemente por el suelo. No hablaba inglés, pero cuando Robert le hizo comprender que la señora que lo acompañaba se encontraba mal y deseaba descansar, se afanó con entusiasmo en hacer que Edna se sintiera como en casa y en acomodarla bien.

El lugar estaba inmaculadamente limpio, y la gran cama de cuatro postes, blanca como la nieve, invitaba al reposo. Estaba en una pequeña habitación lateral que daba, a través de un estrecho prado, al cobertizo donde reposaba una barca estropeada con la quilla hacia arriba.

Madame Antoine no había ido a misa. Su hijo Tonie sí, pero ella suponía que volvería pronto, e invitó a Robert a sentarse y esperarle. Él, sin embargo, salió y se sentó fuera de la puerta a fumar. Madame Antoine se puso a trajar en la amplia sala delantera preparando la comida. Hervía mújoles sobre unas pocas brasas rojas en la enorme chimenea.

Edna, sola en la pequeña habitación lateral, se aflojó la ropa, quitándose la mayor parte. Se lavó la cara, el cuello y los brazos en la palangana que había entre las ventanas. Se quitó los zapatos y las medias y se tendió en el mismo centro de la alta cama blanca. ¡Qué lujoso era descansar así en una cama extraña y singular, con ese dulce olor campestre del laurel que permanecía en las sábanas y el colchón! Estiró sus fuertes miembros, que le dolían levemente. Se pasó los dedos por el cabello suelto durante un rato. Miró sus brazos redondeados mientras los levantaba rectos hacia arriba y los frotaba uno tras otro, observándolos de cerca, como si fuera algo que veía por primera vez, la fina y firme calidad y textura de su carne. Enlazó las manos con facilidad sobre la cabeza, y así fue como se quedó dormida.

Al principio durmió ligeramente, a medias despierta y soñolienta, atenta a las cosas que la rodeaban. Oía el paso pesado y raspante de Madame Antoine yendo y viniendo por el suelo enarenado. Afuera de las ventanas, unas gallinas cacareaban y arañaban en busca de trozos de grava entre la hierba. Después oyó a medias las voces de Robert y Tonie hablando bajo el cobertizo. No se movió. Hasta los párpados le reposaban entumecidos y pesados

sobre los ojos somnolientos. Las voces seguían —el lento acento acadio de Tonie, el francés rápido, suave y fluido de Robert. Entendía el francés de manera imperfecta si no se dirigían directamente a ella, y las voces no eran más que parte de los otros sonidos soñolientos y amortiguados que adormecían sus sentidos.

Cuando Edna se despertó fue con la convicción de que había dormido mucho y profundamente. Las voces se habían callado bajo el cobertizo. Ya no se oían los pasos de Madame Antoine en la habitación contigua. Hasta las gallinas habían ido a arañar y cacarear a otra parte. El mosquitero estaba echado sobre ella; la anciana había entrado mientras dormía y había bajado el mosquitero. Edna se levantó en silencio de la cama, y mirando entre las cortinas de la ventana, vio por los rayos oblicuos del sol que la tarde estaba muy avanzada. Robert estaba allí debajo del cobertizo, recostado a la sombra contra la quilla inclinada del barco volcado. Leía un libro. Tonie ya no estaba con él. Se preguntó qué habría sido del resto del grupo. Lo miró dos o tres veces mientras se lavaba en la pequeña palangana que había entre las ventanas.

Madame Antoine había dejado unas toallas gruesas y limpias sobre una silla y había colocado una cajita de *poudre de riz* al alcance de la mano. Edna se dio unos toquecitos de polvos en la nariz y en las mejillas mientras se miraba de cerca en el pequeño y deformado espejo que colgaba en la pared sobre la palangana. Tenía los ojos brillantes y bien despiertos y la cara radiante.

Cuando terminó de arreglarse pasó a la habitación contigua. Tenía mucha hambre. No había nadie. Pero sobre la mesa arrimada a la pared había un mantel puesto y un cubierto para una persona, con un crujiente pan moreno y una botella de vino junto al plato. Edna arrancó un pedazo del pan moreno mordiéndolo con sus fuertes dientes blancos. Sirvió un poco de vino en el vaso y lo bebió. Luego salió silenciosamente al exterior y, cogiendo una naranja de la rama baja de un árbol, se la lanzó a Robert, quien no sabía que estaba despierta y en pie.

Una iluminación se extendió por todo su rostro cuando la vio, y fue a reunirse con ella bajo el naranjo.

—¿Cuántos años he dormido? —preguntó—. La isla entera parece transformada. Debe de haber surgido una nueva raza de seres, que nos deja a ti y

a mí como reliquias del pasado. ¿Hace cuántas eras que murieron Madame Antoine y Tonie? ¿Y cuándo desapareció de la tierra nuestra gente de Grand Isle?

Él le arregló familiarmente un volante en el hombro.

—Has dormido exactamente cien años. Me dejaron aquí para velar tu sueño; y durante cien años he estado debajo del cobertizo leyendo un libro. El único mal que no pude evitar fue que un pollo asado se resecara.

—Aunque se haya convertido en piedra, me lo comeré —dijo Edna, entrando con él en la casa—. Pero en serio, ¿qué ha sido de monsieur Farival y los demás?

—Se fueron hace horas. Cuando vieron que dormías, creyeron que lo mejor era no despertarte. De todas formas, yo no los habría dejado. ¿Para qué estaba yo aquí?

—¿Me pregunto si Léonce estará inquieto! —caviló ella, sentándose a la mesa.

—Claro que no; sabe que estás conmigo —respondió Robert, afaireándose con varias sartenes y fuentes tapadas que habían dejado sobre la lumbre.

—¿Dónde están Madame Antoine y su hijo?

—Creo que han ido a las Vísperas y a visitar a unos amigos. Tengo que llevarte de vuelta en el barco de Tonie cuando estés lista para ir.

Removió las brasas apagándose hasta que el pollo asado empezó a chisporrotear de nuevo. Le sirvió una comida nada desdeñable, recalentando el café y compartiéndolo con ella. Madame Antoine apenas había cocinado otra cosa que los mújoles, pero mientras Edna dormía Robert había explorado la isla en busca de víveres. Se sentía como un niño satisfecho al descubrir su apetito y al ver con qué deleite comía los alimentos que él había procurado para ella.

—¿Nos vamos enseguida? —preguntó ella, después de apurar el vaso y juntar las migas del crujiente pan.

—El sol no estará tan bajo como estará dentro de dos horas —respondió él.

—En dos horas el sol se habrá ido.

—Bueno, que se vaya; ¡qué más da!

Esperaron un buen rato bajo los naranjos, hasta que volvió Madame Antoine, jadeante y bamboleándose, con mil disculpas para explicar su ausencia. Tonie no se atrevía a volver. Era tímido y no quería enfrentarse de buen grado a ninguna mujer que no fuera su madre.

Estaba muy bien quedarse allí bajo los naranjos mientras el sol bajaba cada vez más, tiñendo el cielo del oeste de un cobre y un oro llameantes. Las sombras se alargaban y avanzaban como monstruos furtivos y grotescos por la hierba.

Edna y Robert se sentaron en el suelo —o más bien, él se tumbó en el suelo a su lado, tirando de vez en cuando del dobladillo de su falda de muselina.

Madame Antoine acomodó su cuerpo gordo, ancho y rechoncho, en un banco junto a la puerta. Había estado hablando toda la tarde y había llegado al punto álgido de la narradora.

¡Y qué historias les contó! Solo dos veces en su vida había abandonado la *Chênrière Caminada*, y por el más breve espacio de tiempo. Todos sus años los había pasado agachada y bamboleándose allí en la isla, acumulando leyendas de los baratarios y del mar. Llegó la noche, con la luna para iluminarla. Edna podía oír las voces susurrantes de los hombres muertos y el tintineo del oro amortiguado.

Cuando ella y Robert subieron al barco de Tonie, con su vela latina roja, formas de espíritus brumosos rondaban entre las sombras y los juncos, y sobre el agua había barcos fantasma que se apresuraban a buscar refugio.

CAPÍTULO XIV

El pequeño Étienne había sido muy travieso, dijo Madame Ratignolle mientras lo ponía en manos de su madre. No había querido acostarse y había armado un escándalo; ella había tenido que hacerse cargo y calmarlo como había podido. Raoul llevaba dos horas en cama y dormido.

El crío iba en su larga camisola blanca, que le hacía tropezar mientras Madame Ratignolle lo llevaba de la mano. Con el otro puñito regordete se frotaba los ojos, pesados de sueño y de mal humor. Edna lo tomó en brazos y, sentándose en la mecedora, empezó a mimarlo y a acariciarlo, llamándolo con toda suerte de nombres tiernos, hasta que lo arrulló hasta dormirlo.

No eran más de las nueve. Nadie se había acostado aún, salvo los niños.

Léonce había estado muy inquieto al principio, dijo Madame Ratignolle, y había querido salir enseguida hacia la *Chênrière*. Pero Monsieur Farival le había asegurado que su esposa había quedado rendida de sueño y cansancio, y que Tonie la traería de vuelta sana y salva más tarde; y así lo habían disuadido de cruzar la bahía. Había ido a casa de Klein a ver a cierto corredor de algodón con quien deseaba tratar sobre valores, cambios, acciones, bonos o algo por el estilo — Madame Ratignolle no recordaba qué exactamente —. Había dicho que no tardaría. Ella misma se sentía sofocada por el calor y el bochorno, dijo. Llevaba un frasco de sales y un abanico grande. No quiso quedarse con Edna porque Monsieur Ratignolle estaba solo, y él detestaba por encima de todo que lo dejaran solo.

Cuando Étienne se quedó dormido, Edna lo llevó a la habitación del fondo, y Robert fue a levantar el mosquitero para que pudiera acostar al niño con comodidad en su cama. La cuarterona había desaparecido. Al salir de la casita, Robert se despidió de Edna.

—¿Sabes que hemos estado juntos todo el santo día, Robert —desde primera hora de la mañana? —dijo ella al despedirse.

—Salvo los cien años en que dormías. Buenas noches.

Le apretó la mano y se marchó en dirección a la playa. No se reunió con los demás, sino que caminó solo hacia el Golfo.

Edna se quedó fuera, esperando el regreso de su marido. No tenía ganas de dormir ni de retirarse; tampoco le apetecía ir a sentarse con los Ratignolle ni unirse a Madame Lebrun y el grupo cuyas voces animadas le llegaban mientras conversaban delante de la casa. Dejó vagar su mente por su estancia en Grand Isle e intentó descubrir en qué había sido diferente ese verano de todos y cada uno de los veranos de su vida. Solo lograba comprender que ella misma —su yo presente— era de algún modo distinta de su otro yo. Que veía con ojos distintos y estaba descubriendo en sí misma condiciones nuevas que teñían y transformaban el mundo que la rodeaba, eso todavía no lo sospechaba.

Se preguntó por qué Robert se había ido y la había dejado sola. No se le ocurrió pensar que quizá se hubiera cansado de estar con ella todo el día. Ella no estaba cansada, y sentía que él tampoco lo estaba. Lamentó que se hubiera marchado. Era mucho más natural que se quedara cuando nada le obligaba a alejarse de ella.

Mientras Edna esperaba a su marido, canturreó en voz baja una pequeña canción que Robert había cantado al cruzar la bahía. Empezaba con «Ah! *si tu savais*», y cada estrofa terminaba con «*si tu savais*».

La voz de Robert no era pretenciosa. Era musical y afinada. La voz, las notas, todo el estribillo la perseguía en la memoria.

CAPÍTULO XV

Cuando Edna entró en el comedor una tarde, un poco tarde, como tenía por costumbre, había una conversación extraordinariamente animada. Varias personas hablaban a la vez, y la voz de Victor dominaba incluso la de su madre. Edna había regresado tarde del baño, se había vestido con cierta prisa y tenía el rostro encendido. Su cabeza, realzada por el delicado vestido blanco, evocaba una flor exuberante y exquisita. Tomó asiento en la mesa, entre el viejo Monsieur Farival y Madame Ratignolle.

Cuando se sentó y estaba a punto de empezar a comer la sopa, que le habían servido al entrar, varias personas le informaron a la vez de que Robert se marchaba a México. Dejó la cuchara y miró a su alrededor, desconcertada. Él había estado con ella toda la mañana, leyéndole, y no había mencionado ni una sola vez un lugar llamado México. No lo había visto en toda la tarde; alguien había dicho que estaba en casa, arriba con su madre. No le había dado mayor importancia, aunque le sorprendió que no se reuniera con ella más tarde, cuando bajó a la playa.

Lo miró al otro lado de la mesa, donde estaba sentado junto a Madame Lebrun, que presidía. El rostro de Edna era un retrato de pura perplejidad, que no hizo ningún esfuerzo por disimular. Él arqueó las cejas con el esbozo de una sonrisa al devolverle la mirada. Parecía incómodo e inquieto.

—¿Cuándo se va? —preguntó Edna, dirigiéndose a todos en general, como si Robert no estuviera allí para responder por sí mismo.

—¡Esta noche! —¡Esta misma tarde! —¡Habrás visto! —¡Qué se le habrá metido en la cabeza! —fueron algunas de las respuestas que recogió, pronunciadas a la vez en francés y en inglés.

—¡Imposible! —exclamó—. ¿Cómo puede salir alguien de Grand Isle hacia México de buenas a primeras, como si fuera a casa de Klein o al muelle o a la playa?

—¡Llevo diciéndolo todo el tiempo, que me marchaba a México; llevo años diciéndolo! —gritó Robert, con tono exaltado e irritable, con el aire de quien se defiende de un enjambre de insectos que pican.

Madame Lebrun golpeó la mesa con el mango del cuchillo.

—Por favor, dejen que Robert explique por qué se va y por qué se va esta noche —pidió en voz alta—. Verdaderamente, esta mesa se parece cada día más a una casa de locos, con todo el mundo hablando a la vez. A veces —espero que Dios me perdone—, pero positivamente, a veces desearía que Victor perdiera el uso de la palabra.

Victor se rió con sorna al darle las gracias a su madre por tan piadoso deseo, cuyo beneficio para alguien no alcanzaba a ver, excepto que quizá le ofreciera a ella una oportunidad más amplia y una mayor licencia para hablar ella misma.

Monsieur Farival opinó que a Victor habría que haberlo llevado mar adentro en su más tierna infancia y haberlo ahogado. Victor consideró que habría más lógica en deshacerse así de las personas mayores que tenían ya consolidada una reputación de hacer insoportable la vida a los demás. Madame Lebrun se puso un poco histérica; Robert llamó a su hermano con palabras duras y cortantes.

—No hay mucho que explicar, madre —dijo; aunque lo explicó de todas formas—, mirando sobre todo a Edna—: solo podía encontrarse con el caballero con quien tenía intención de reunirse en Veracruz tomando tal y tal vapor, que salía de Nueva Orleans tal día; y Beaudalet salía esa noche con su lugre cargado de verduras, lo que le daba la oportunidad de llegar a la ciudad y tomar su barco a tiempo.

—Pero ¿cuándo tomaste esa decisión? —preguntó Monsieur Farival.

—Esta tarde —respondió Robert, con un leve tono de fastidio.

—¿A qué hora de esta tarde? —insistió el anciano, con tenaz empeño de interrogatorio, como si estuviera interrogando a un reo en un tribunal.

—A las cuatro de esta tarde, Monsieur Farival —respondió Robert en tono elevado y con un aire altivo que le recordó a Edna a cierto caballero de las tablas.

Ella se había obligado a comer la mayor parte de la sopa y ahora desnuzaba con el tenedor los trozos escamosos de un *court bouillon*.

Los amantes aprovechaban la conversación general sobre México para cuchichear asuntos que con razón consideraban del interés de nadie más que de ellos. La señora de negro había recibido una vez de México un rosario de curiosa manufactura, con indulgencias muy especiales anejas al mismo, pero nunca había podido averiguar si la indulgencia se extendía más allá de la frontera mexicana. El padre Fochel de la Catedral había intentado explicárselo, pero no lo había hecho a su satisfacción. Rogó a Robert que se interesara y averiguara, de ser posible, si tenía derecho a la indulgencia que acompañaba al singular rosario mexicano.

Madame Ratignolle esperaba que Robert extremara la precaución en su trato con los mexicanos, que eran, en su opinión, un pueblo traicionero, sin escrúpulos y vengativo. Confiaba en no hacerles ninguna injusticia al condenarlos como raza. Personalmente solo había conocido a un mexicano, que fabricaba y vendía unos tamales excelentes y en quien habría confiado ciegamente, tan suave era su hablar. Un día lo detuvieron por haberle clavado un cuchillo a su mujer. Nunca supo si lo habían ahorcado o no.

Victor se había puesto jovial y trataba de contar una anécdota sobre una muchacha mexicana que había servido chocolate un invierno en un restaurante de la calle Dauphine. Nadie quería escucharle salvo el viejo Monsieur Farival, que se retorció de risa con la historia.

Edna se preguntó si todos habrían perdido el juicio, para hablar y vociferar de ese modo. A ella misma no se le ocurría nada que decir sobre México ni sobre los mexicanos.

—¿A qué hora te marchas? —le preguntó a Robert.

—A las diez —le dijo—. Beaufort quiere esperar a que salga la luna.

—¿Lo tienes todo listo?

—Todo. Solo llevaré un maletín de mano y haré el baúl en la ciudad.

Se volvió a responder una pregunta que le hizo su madre, y Edna, que había terminado el café negro, se levantó de la mesa.

Fue directamente a su habitación. La casita estaba cerrada y cargada después del aire de fuera. Pero no le importó; parecía haber dentro un centenar de cosas distintas que reclamaban su atención. Empezó a ordenar el tocador, refunfuñando por la negligencia de la cuarterona, que estaba en la habitación de al lado acostando a los niños. Recogió las prendas sueltas que colgaban de los respaldos de las sillas y colocó cada una donde le correspondía, en el armario o en el cajón de la cómoda. Se cambió el vestido por una bata más cómoda y holgada. Se arregló el cabello, peinándolo y cepillándolo con inusitada energía. Luego entró a ayudar a la cuarterona a acostar a los niños.

Estaban muy juguetones y dispuestos a hablar —a hacer cualquier cosa menos quedarse quietos y dormirse—. Edna mandó a la cuarterona a cenar y le dijo que no hacía falta que volviera. Luego se sentó y les contó un cuento. En lugar de calmarlos, los excitó y aumentó su desvelo. Los dejó enfrascados en una acalorada discusión sobre el desenlace del cuento, que su madre prometió terminar la noche siguiente.

La niña negra entró a decir que Madame Lebrun deseaba que la señora Pontellier fuera a sentarse con ellos en la casa hasta que se marchara el señor Robert. Edna respondió que ya se había desvestido, que no se encontraba del todo bien, pero que quizás iría a la casa más tarde. Empezó a vestirse de nuevo y llegó hasta el punto de quitarse el *peignoir*. Pero mudó de opinión otra vez, se puso de nuevo el *peignoir* y salió a sentarse delante de su puerta. Estaba acalorada e irritable, y se abanicó con energía un buen rato. Madame Ratignolle bajó a ver qué le ocurría.

—Todo ese ruido y ese jaleo en la mesa me habrán trastornado —respondió Edna—, y además odio los sobresaltos y las sorpresas. ¡La idea de que Robert se marche de una manera tan ridículamente repentina y dramática! ¡Como si fuera una cuestión de vida o muerte! Sin decirme ni una palabra en toda la mañana, cuando estaba conmigo.

—Sí —convino Madame Ratignolle—. Creo que ha demostrado muy poca consideración con todos —y contigo en especial—. No me habría sorprendido en ninguno de los otros; esos Lebrun son todos muy dados al his-

trionismo. Pero he de decir que jamás habría esperado tal cosa de Robert. ¿No bajas? Ven, *chère*; no queda bien.

—No —dijo Edna, con cierto tono hosco—. No me apetece el esfuerzo de volverme a vestir.

—No hace falta que te vistas; estás bien así; ponte un cinturón en la cintura. ¡Mira cómo voy yo!

—No —insistió Edna—; pero ve tú. Madame Lebrun podría ofenderse si las dos nos quedamos.

Madame Ratignolle besó a Edna buenas noches y se fue, deseando en verdad unirse a la animada conversación general que proseguía sobre México y los mexicanos.

Algo después llegó Robert, con el maletín en la mano.

—¿No te encuentras bien? —preguntó.

—Oh, bastante bien. ¿Te marchas ya?

Encendió una cerilla y miró el reloj.

—En veinte minutos —dijo. El resplandor breve y repentino de la cerilla acentuó la oscuridad por un momento. Se sentó en un taburete que los niños habían dejado en el porche.

—Coge una silla —dijo Edna.

—Con esto basta —respondió. Se puso el sombrero blando y nerviosamente se lo quitó de nuevo, y secándose la cara con el pañuelo, se quejó del calor.

—Toma el abanico —dijo Edna, ofreciéndoselo.

—¡Oh, no! Gracias. No sirve de nada; en algún momento tienes que dejar de abanicarte, y después te sientes aún peor.

—Eso es una de esas cosas ridículas que siempre dicen los hombres. Nunca he conocido a uno que hablara de otro modo del abanico. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Para siempre, quizás. No lo sé. Depende de muchas cosas.

—Bueno, en caso de que no sea para siempre, ¿cuánto tiempo será?

—No lo sé.

—Esto me parece del todo absurdo e injustificado. No me gusta. No entiendo tu motivo para el silencio y el misterio, sin decirme ni una palabra esta mañana.

Él guardó silencio, sin hacer ademán de defenderse. Solo dijo, al cabo de un momento:

—No te despidas de mí con mal humor. Nunca te había visto impaciente conmigo.

—No quiero despedirme con mal humor —dijo ella—. Pero ¿no puedes entenderlo? Me he acostumbrado a verte, a tenerte conmigo todo el tiempo, y lo que has hecho parece poco amistoso, incluso desconsiderado. Ni siquiera ofreces una excusa. Si estaba planeando que estuviéramos juntos, pensando en lo agradable que sería verte en la ciudad el próximo invierno.

—Yo también —soltó él—. Quizás eso es lo que... —Se levantó de repente y le tendió la mano—. Adiós, querida señora Pontellier; adiós. Espero que no me olvides del todo.

Ella se aferró a su mano, intentando retenerle.

—Escríbeme cuando llegues, ¿verdad, Robert? —le rogó.

—Lo haré, gracias. Adiós.

¡Qué poco parecía Robert! El más simple conocido habría dicho algo más expresivo que «Lo haré, gracias; adiós», ante semejante petición.

Evidentemente ya se había despedido de la gente de la casa, porque bajó los escalones y fue a reunirse con Beaudet, que esperaba fuera con un remo al hombro. Se marcharon en la oscuridad. Solo se oía la voz de Beaudet; Robert, por lo visto, ni siquiera había dicho palabra de saludo a su compañero.

Edna se mordió el pañuelo convulsivamente, esforzándose por contener y ocultar, incluso a sí misma, como lo habría ocultado a otra persona, la emoción que la turbaba —que la desgarraba—. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Por primera vez reconoció los síntomas del enamoramiento que había sentido de forma incipiente de niña, de adolescente en sus primeros años, y

más tarde de mujer joven. El reconocimiento no atenuaba la realidad ni la intensidad de la revelación con ninguna sugerencia ni promesa de que aquello fuera pasajero. El pasado no le decía nada; no le ofrecía lección alguna que ella estuviera dispuesta a escuchar. El futuro era un misterio que nunca intentaba penetrar. Solo el presente tenía significado; era suyo, para atormentarla como lo estaba haciendo en ese momento con la áspera convicción de que había perdido lo que tenía, de que le había sido negado lo que su ser apasionado y recién despierto reclamaba.

CAPÍTULO XVI

—¿Echa usted mucho de menos a su amigo? —preguntó Mademoiselle Reisz una mañana mientras se acercaba sigilosamente a Edna, que acababa de salir de su casita camino de la playa. Desde que había aprendido por fin a nadar, pasaba mucho tiempo en el agua. Conforme se acercaba el final de su estancia en Grand Isle, sentía que no podría dedicar demasiado tiempo a una diversión que le proporcionaba los únicos momentos de verdadero placer que conocía. Cuando Mademoiselle Reisz llegó, le tocó el hombro y le habló, aquella mujer pareció hacerse eco del pensamiento que siempre ocupaba la mente de Edna; o, mejor dicho, del sentimiento que la poseía sin cesar.

La marcha de Robert había vaciado de algún modo de luminosidad, de color, de sentido todo cuanto la rodeaba. Las condiciones de su vida no habían cambiado en nada, pero toda su existencia había perdido brillo, como una prenda desvaída que ya no parece merecer la pena ponerse. Lo buscaba en todas partes —en otras personas a quienes incitaba a hablar de él—. Subía por las mañanas a la habitación de Madame Lebrun, soportando el traqueteo de la vieja máquina de coser. Se sentaba allí y charlaba a ratos como había hecho Robert. Contemplaba los cuadros y fotografías colgados en las paredes, y descubrió en un rincón un viejo álbum de familia, que examinó con el mayor interés, preguntando a Madame Lebrun por los numerosos rostros y figuras que encontraba entre sus páginas.

Había una foto de Madame Lebrun con Robert de bebé sentado en su regazo, un niño de cara redonda con el puño en la boca. Solo los ojos del bebé insinuaban al hombre. Y ese era él también, con falda escocesa, a los cinco años, con rizos largos y un látigo en la mano. Le hizo reír a Edna, y también rió con el retrato con sus primeros pantalones largos; mientras otro la inter-

esó más, tomado cuando se fue al colegio: delgado, de cara alargada, con los ojos llenos de fuego, ambición y grandes proyectos. Pero no había ninguna foto reciente, ninguna que evocara al Robert que se había marchado cinco días antes, dejando tras de sí un vacío y una desolación.

— ¡Oh, Robert dejó de hacerse fotos cuando tuvo que pagarlas él! Encontró un uso más sensato para su dinero, dice —explicó Madame Lebrun. Tenía una carta suya, escrita antes de salir de Nueva Orleans. Edna quiso ver la carta, y Madame Lebrun le dijo que la buscara en la mesa o en el tocador, o quizás en la repisa de la chimenea.

La carta estaba en la estantería. Despertaba en Edna el mayor interés y atracción: el sobre, su tamaño y forma, el matasellos, la caligrafía. Examinó hasta el último detalle del exterior antes de abrirla. Solo contenía unas pocas líneas en las que comunicaba que saldría de la ciudad esa tarde, que había hecho el baúl como era debido, que estaba bien, y que enviaba su cariño y pedía que le recordaran afectuosamente a todos. No había ningún mensaje especial para Edna, salvo una posdata que decía que si la señora Pontellier deseaba terminar el libro que le había estado leyendo, su madre lo encontraría en su habitación, entre los demás libros que había sobre la mesa. Edna sintió una punzada de celos porque él le hubiera escrito a su madre y no a ella.

Todos parecían dar por descontado que ella le echaba de menos. Incluso su marido, cuando bajó el sábado siguiente a la partida de Robert, lamentó que se hubiera ido.

— ¿Qué tal se las arregla sin él, Edna? —preguntó.

— Se nota mucho su falta —admitió ella. El señor Pontellier había visto a Robert en la ciudad, y Edna le hizo una docena de preguntas o más. ¿Dónde se habían encontrado? En la calle Carondelet, por la mañana. Habían entrado a tomar una copa y a fumar un cigarro juntos. ¿De qué habían hablado? Principalmente de sus perspectivas en México, que el señor Pontellier consideraba prometedoras. ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo estaba —serio o alegre, o cómo? Muy animado, y completamente entusiasmado con la idea del viaje, lo cual le parecía al señor Pontellier del todo natural en un joven a punto de ir a buscar fortuna y aventura en un país extraño y curioso.

Edna golpeó el suelo con el pie con impaciencia y se preguntó por qué los niños se empeñaban en jugar al sol cuando podían estar bajo los árboles. Bajó y los sacó del sol, regañando a la cuarterona por no estar más atenta.

No le parecía en absoluto grotesco estar convirtiendo a Robert en objeto de conversación y llevando a su marido a hablar de él. El sentimiento que albergaba por Robert no se parecía en nada al que sentía por su marido, ni al que había sentido nunca, ni al que esperaba sentir. Toda su vida había estado acostumbrada a guardar pensamientos y emociones que nunca se expresaban en palabras. Nunca habían tomado la forma de luchas. Le pertenecían y eran suyos, y abrigaba la convicción de que tenía derecho a ellos y de que no concernían a nadie más que a ella. Edna le había dicho una vez a Madame Ratignolle que nunca se sacrificaría por sus hijos ni por nadie. Había seguido una discusión bastante acalorada; las dos mujeres no parecían entenderse ni hablar el mismo idioma. Edna intentó apaciguar a su amiga, intentó explicarse.

—Daría lo prescindible; daría mi dinero, daría mi vida por mis hijos; pero no daría mi ser. No sé cómo expresarlo con más claridad; es algo que empiezo apenas a comprender, que se me está revelando.

—No sé qué llamarías tú lo esencial ni qué entiendes por lo prescindible —dijo Madame Ratignolle con jovialidad—; pero una mujer que diera su vida por sus hijos no podría hacer más que eso; la Biblia te lo dice. Estoy segura de que yo no podría hacer más que eso.

—¡Oh, sí que podrías! —rió Edna.

No le sorprendió la pregunta de Mademoiselle Reisz aquella mañana en que la dama, siguiéndola hacia la playa, le tocó el hombro y le preguntó si no echaba mucho de menos a su joven amigo.

—Oh, buenos días, Mademoiselle; ¿es usted? Pues claro que echo de menos a Robert. ¿Va usted a bañarse?

—¿Por qué iba a ir a bañarme al final mismo de la temporada, si no he estado en el agua en todo el verano? —respondió la mujer, con tono hosco.

—Le pido perdón —dijo Edna, algo turbada, pues tendría que haber recordado que la aversión de Mademoiselle Reisz al agua había sido fuente de mucha chanza. Algunos pensaban que era por su pelo postizo, o por el miedo a que se le mojaran las violetas, mientras que otros la atribuían a la aver-

sión natural al agua que a veces se considera propia del temperamento artístico. Mademoiselle ofreció a Edna unos bombones en una bolsa de papel que sacó del bolsillo, en señal de que no guardaba rencor. Los comía habitualmente por su valor nutritivo; contenían mucho alimento en poco volumen, decía. La salvaban del hambre, pues la mesa de Madame Lebrun era absolutamente imposible; y solo una mujer tan descarada como Madame Lebrun podía pensar en ofrecer semejante comida a la gente y encima cobrarles por ella.

—Debe de sentirse muy sola sin su hijo —dijo Edna, deseando cambiar de tema—. Su hijo favorito, además. Habrá sido muy duro dejarlo ir.

Mademoiselle rió con malicia.

—¿Su hijo favorito? ¡Dios mío! ¿Quién le habrá contado semejante cosa? Aline Lebrun vive por Victor, y solo por Victor. Lo ha malcriado hasta convertirlo en el ser inútil que es. Lo adora a él y al suelo que pisa. Robert, en fin, está bien en su papel de entregar todo el dinero que gana a la familia y quedarse con lo justo para él. ¿Hijo favorito? ¡Vamos! Yo misma echo de menos al pobre muchacho, *ma chère*. Me gustaba verle y oírle por aquí; el único Lebrun que vale un comino. Viene a verme a menudo en la ciudad. Me gusta tocar para él. ¡Ese Victor! Ahorcarlo sería demasiado poco. Es un milagro que Robert no le haya matado a golpes hace mucho.

—Me parecía que tenía mucha paciencia con su hermano —apuntó Edna, contenta de hablar de Robert, dijera lo que dijese.

—¡Oh! Le dio una buena paliza hace uno o dos años —dijo Mademoiselle—. Fue por una chica española de quien Victor creía tener ciertos derechos. Un día se encontró con Robert hablando con la chica, o paseando con ella, o bañándose, o llevándole la cesta —no recuerdo qué—; y se puso tan insultante y tan violento que Robert le dio una paliza en el acto que lo ha tenido bastante a raya mucho tiempo. Ya va siendo hora de que le toque otra.

—¿Se llamaba Mariequita? —preguntó Edna.

—Mariequita, sí; eso era. Se me había olvidado. ¡Oh, es una taimada y una mala persona, esa Mariequita!

Edna miró a Mademoiselle Reisz y se preguntó cómo había podido escuchar su veneno tanto tiempo. Por alguna razón se sentía abatida, casi desdichada. No había tenido intención de meterse en el agua; pero se puso el tra-

je de baño y dejó a Mademoiselle sola, sentada bajo la sombra de la tienda de los niños. El agua se iba enfriando conforme avanzaba la temporada. Edna se zambulló y nadó con un abandono que la llenó de emoción y de vigor. Permaneció largo tiempo en el agua, con la esperanza a medias de que Mademoiselle Reisz no la esperara.

Pero Mademoiselle la esperó. Se mostró muy afable durante el paseo de vuelta, y ponderó con entusiasmo el aspecto de Edna con el traje de baño. Habló de música. Esperaba que Edna fuera a visitarla en la ciudad, y le escribió su dirección con el cabo de un lápiz en un trozo de tarjeta que encontró en el bolsillo.

—¿Cuándo se va usted? —preguntó Edna.

—El lunes próximo; ¿y usted?

—La semana siguiente —respondió Edna, y añadió—: Ha sido un verano agradable, ¿verdad, Mademoiselle?

—Bueno —convino Mademoiselle Reisz, encogiéndose de hombros—, bastante agradable, si no hubiera sido por los mosquitos y los gemelos Farival.

CAPÍTULO XVII

Los Pontellier poseían una casa muy encantadora en la calle Esplanade de Nueva Orleans. Era una gran casona doble, con una amplia veranda delante cuyos pilares redondos y estriados sostenían el tejado en pendiente. La casa estaba pintada de un blanco deslumbrante; las contraventanas exteriores, o persianas, eran verdes. En el jardín, que se mantenía escrupulosamente cuidado, crecían flores y plantas de toda clase de las que prosperan en el sur de Luisiana. En el interior, el mobiliario era perfecto dentro del tipo convencional. Las alfombras y tapetes más suaves cubrían los suelos; ricas y elegantes cortinas colgaban en puertas y ventanas. En las paredes había cuadros elegidos con juicio y buen gusto. El cristal tallado, la plata, el pesado damasco que aparecían a diario sobre la mesa eran la envidia de muchas mujeres cuyos maridos eran menos generosos que el señor Pontellier.

Al señor Pontellier le gustaba mucho recorrer su casa examinando los diferentes muebles y detalles para comprobar que todo estuviera en orden. Apreciaba mucho sus posesiones, sobre todo porque eran suyas, y le proporcionaba un placer genuino contemplar un cuadro, una estatuilla, una cortina de encaje rara —lo que fuera— después de haberlo comprado y colocado entre sus dioses domésticos.

Los martes por la tarde —siendo el martes el día de visita de la señora Pontellier— había un flujo constante de visitas: mujeres que llegaban en carruaje o en tranvía, o que venían andando cuando el tiempo era suave y la distancia lo permitía. Un mulato de tez clara, con frac y portando una pequeña bandeja de plata para recoger las tarjetas, las hacía pasar. Una doncella con cofia blanca y rizada ofrecía a las visitas licor, café o chocolate, según desearan. La señora Pontellier, ataviada con un elegante vestido de re-

cepción, permanecía en el salón toda la tarde recibiendo a sus visitas. A veces los caballeros venían por la noche acompañados de sus esposas.

Este había sido el programa que la señora Pontellier había seguido religiosamente desde su boda, seis años antes. Ciertas noches de la semana, ella y su marido asistían a la ópera o a veces al teatro.

El señor Pontellier salía de casa por las mañanas entre las nueve y las diez, y raramente regresaba antes de las seis y media o las siete de la tarde, siendo la cena a las siete y media.

Una tarde de martes, pocas semanas después de su regreso de Grand Isle, él y su esposa se sentaron solos a la mesa. Los niños estaban siendo acostados; de vez en cuando se oía el repiqueteo de sus pies descalzos huyendo, así como la voz perseguidora de la cuarterona, elevada en suave protesta y súplica. La señora Pontellier no llevaba su habitual vestido de recepción del martes; iba en ropa de casa corriente. El señor Pontellier, que era observador en esas cosas, se dio cuenta al servir la sopa y pasársela al criado que esperaba.

—¿Está usted cansada, Edna? ¿Cuántas visitas ha tenido? ¿Muchas? —preguntó. Probó la sopa y empezó a sazonarla con pimienta, sal, vinagre, mostaza —todo lo que tenía al alcance.

—Bastantes —respondió Edna, que comía la sopa con evidente satisfacción—. Encontré sus tarjetas al volver a casa; estaba fuera.

—¡Fuera! —exclamó su marido, con algo parecido a una consternación sincera en la voz, mientras dejaba la aceitera del vinagre y la miraba a través de sus gafas—. ¿Pero qué pudo llevarla a salir un martes? ¿Qué tenía que hacer?

—Nada. Simplemente me apetecía salir y salí.

—Bueno, espero que haya dejado alguna excusa adecuada —dijo su marido, algo más apaciguado, mientras añadía una pizca de pimienta de Cayena a la sopa.

—No, no dejé ninguna excusa. Le dije a Joe que dijera que no estaba, nada más.

—Pero, querida, a estas alturas debería usted saber que no se hacen esas cosas; hemos de respetar *les convenances* si queremos salir adelante y se-

guir el ritmo. Si sintió usted que tenía que salir esta tarde, debería haber dejado alguna explicación adecuada para su ausencia.

—Esta sopa es verdaderamente imposible; es extraño que esa mujer no haya aprendido todavía a hacer una sopa decente. Cualquier tasca de la ciudad sirve una mejor. ¿Estuvo la señora Belthrop?

—Trae la bandeja con las tarjetas, Joe. No recuerdo quién estuvo.

El criado se retiró y volvió al cabo de un momento trayendo la pequeña bandeja de plata cubierta de tarjetas de visita de señoras. Se la tendió a la señora Pontellier.

—Dásela al señor Pontellier —dijo ella.

Joe ofreció la bandeja al señor Pontellier y retiró la sopa.

El señor Pontellier recorrió con la vista los nombres de las visitas de su esposa y leyó algunos en voz alta, con comentarios al leer.

—«Las señoritas Delasidas.» Esta mañana les hice a su padre un buen negocio en futuros; chicas agradables, ya es hora de que se casen. «La señora Belthrop.» Le digo a usted lo que hay, Edna; no puede permitirse el lujo de desairar a la señora Belthrop. Vamos, Belthrop podría comprarnos y vendernos diez veces. Su negocio me supone una buena suma redonda. Mejor que le escriba una nota. «La señora James Highcamp.» ¡Puf! Cuanto menos trato tenga con la señora Highcamp, mejor. «Madame Laforcé.» Ha venido desde Carrolton, la pobrecilla. «Miss Wiggs.» «La señora Eleanor Boltons.» —Apartó las tarjetas a un lado.

—¡Dios mío! —exclamó Edna, que había estado enfadándose en silencio—. ¿Por qué se lo toma usted todo tan en serio y arma tanto alboroto por esto?

—No estoy armando ningún alboroto. Pero son precisamente esas aparentes minucias las que hay que tomarse en serio; esas cosas importan.

El pescado estaba quemado. El señor Pontellier no lo quiso probar. Edna dijo que no le importaba un ligero sabor a quemado. El asado no era de su agrado por algún motivo, y tampoco le gustó la manera en que se habían servido las verduras.

— Me parece — dijo — que gastamos en esta casa dinero suficiente para procurarnos al menos una comida al día que un hombre pueda comer con dignidad.

— Antes creía usted que la cocinera era un tesoro — respondió Edna, con indiferencia.

— Quizás lo era cuando llegó; pero las cocineras son humanas. Necesitan que estén encima de ellas, como cualquier otra clase de persona que uno emplee. Suponga que yo no estuviera encima de los empleados de mi oficina, que los dejara hacer las cosas a su manera; pronto me harían un buen estropicio a mí y a mi negocio.

— ¿Adónde va usted? — preguntó Edna, al ver que su marido se levantaba de la mesa sin haber probado bocado, salvo un sorbo de la muy sazónada sopa.

— Voy a cenar al club. Buenas noches.

Fue al vestíbulo, cogió el sombrero y el bastón del perchero y salió de la casa.

Ella estaba algo acostumbrada a esas escenas. En muchas ocasiones la habían hecho muy desgraciada. Algunas veces antes la habían dejado sin ningún deseo de terminar la cena. A veces había ido a la cocina a echar una reprimenda tardía a la cocinera. Una vez fue a su habitación y estudió el libro de cocina durante toda una velada, terminando por redactar un menú para la semana, lo que la dejó agobiada con la sensación de que, después de todo, no había conseguido nada que valiera la pena.

Pero aquella tarde Edna terminó sola su cena, con deliberada calma. Tenía el rostro encendido y los ojos llameaban con algún fuego interior que los iluminaba. Cuando terminó de cenar fue a su habitación, después de haber dado instrucciones al criado de que dijera a cualquier otra visita que se encontraba indispuesta.

Era una habitación grande y hermosa, rica y pintoresca bajo la tenue y suave luz que la doncella había bajado. Se acercó a una ventana abierta y contempló el tupido laberinto del jardín que había abajo. Todo el misterio y el encantamiento de la noche parecían haberse congregado allí entre los perfumes y los contornos oscuros y tortuosos de flores y follaje. Se buscaba a sí misma y se encontraba a sí misma precisamente en aquella dulce penum-

bra que respondía a sus estados de ánimo. Pero las voces que le llegaban de la oscuridad y del cielo y las estrellas de arriba no eran apaciguadoras. Se burlaban y sonaban con notas lúgubres sin promesa alguna, desprovistas incluso de esperanza. Se volvió hacia el interior de la habitación y empezó a caminar de un extremo al otro en toda su longitud, sin parar, sin descansar. Llevaba en las manos un pañuelo fino que fue desgarrando en tiras, lo enrolló en una bola y lo arrojó lejos de sí. En un momento se detuvo y, quitándose la alianza, la lanzó sobre la alfombra. Al verla allí, aplastó el tacón sobre ella, intentando aplastarla. Pero el pequeño tacón de su bota no hizo una mella, ni siquiera una marca, sobre el pequeño círculo reluciente.

En un arranque de furia tomó un jarrón de cristal de la mesa y lo arrojó sobre las baldosas de la chimenea. Quería destruir algo. El estrépito y el estruendo eran lo que quería escuchar.

Una doncella, alarmada por el ruido de los cristales rotos, entró en la habitación para ver qué ocurría.

— Un jarrón se ha caído sobre la chimenea — dijo Edna —. No se preocupe; déjelo hasta mañana.

— ¡Oh! Podría clavarse algún cristal en los pies, señora — insistió la joven, recogiendo los fragmentos del jarrón roto esparcidos sobre la alfombra —. Y aquí está su alianza, señora, debajo de la silla.

Edna tendió la mano y, tomando la alianza, se la deslizó en el dedo.

CAPÍTULO XVIII

A la mañana siguiente, al salir para su oficina, el señor Pontellier preguntó a Edna si no querría encontrarse con él en la ciudad para ver unos muebles nuevos para la biblioteca.

—Apenas creo que necesitemos muebles nuevos, Léonce. No compramos nada nuevo; es usted demasiado derrochador. No creo que piense nunca en ahorrar ni en guardar nada.

—La forma de hacerse rico es ganar dinero, querida Edna, no ahorrar —respondió él. Lamentó que ella no se sintiera con ganas de acompañarle a elegir los muebles nuevos. Le dio un beso de despedida y le dijo que no tenía buen aspecto y debía cuidarse. Estaba inusualmente pálida y muy callada.

Se quedó de pie en el porche delantero mientras él salía de casa, y distraídamamente arrancó algunos ramilletes de jazmín que crecían sobre una celosía cercana. Aspiró el perfume de las flores y las introdujo en el escote de su bata blanca de mañana. Los niños arrastraban por la acera un pequeño carrito de juguete que habían llenado de tacos y palos. La cuarterona los seguía con pasitos rápidos, aparentando una animación y una diligencia fingidas para la ocasión. Un vendedor de fruta pregonaba su mercancía en la calle.

Edna miraba al frente con una expresión absorta en el rostro. Nada de cuanto la rodeaba le interesaba. La calle, los niños, el vendedor de fruta, las flores que crecían ante sus ojos: todo era parte y parcela de un mundo ajeno que de pronto se había vuelto hostil.

Regresó a la casa. Había pensado en hablar con la cocinera sobre sus torpezas de la noche anterior; pero el señor Pontellier la había librado de esa

desagradable misión para la que ella estaba tan poco dotada. Los argumentos del señor Pontellier solían resultar convincentes con quienes trabajaban a su servicio. Se marchó de casa con la seguridad de que esa noche, y posiblemente las siguientes, él y Edna se sentarían a cenar algo que mereciese tal nombre.

Edna pasó una hora o dos repasando algunos de sus bocetos antiguos. Veía perfectamente sus deficiencias y carencias, que a sus ojos resultaban flagrantes. Intentó trabajar un poco, pero comprobó que no tenía humor para ello. Finalmente reunió unos pocos bocetos —los que consideraba menos desacreditados— y se los llevó cuando, un poco después, se vistió y salió de casa. Estaba elegante y distinguida con su traje de calle. El bronceado del mar había abandonado su rostro, y su frente era tersa, blanca y luminosa bajo su abundante cabellera rubio oscura. Tenía algunas pecas en el rostro, un pequeño lunar oscuro cerca del labio inferior y otro en la sien, medio oculto entre el cabello.

Mientras caminaba por la calle, Edna pensaba en Robert. Seguía bajo el hechizo de su enamoramiento. Había intentado olvidarle, consciente de la inutilidad de recordarle. Pero el pensamiento de él era como una obsesión que no la abandonaba. No era que se recrease en los detalles de su relación, ni que evocara su personalidad de ningún modo especial o peculiar; era su ser, su existencia, lo que dominaba su pensamiento, desvaneciéndose a veces como si fuera a fundirse en la niebla del olvido, y renaciendo con una intensidad que la llenaba de un anhelo incomprensible.

Edna iba camino de casa de la señora Ratignolle. Su intimidad, nacida en Grand Isle, no había decaído, y desde su regreso a la ciudad se habían visto con cierta frecuencia. Los Ratignolle vivían a no mucha distancia de la casa de Edna, en la esquina de una calle lateral, donde el señor Ratignolle poseía y regentaba una farmacia que gozaba de un negocio próspero y estable. Su padre había estado en el mismo negocio antes que él, y el señor Ratignolle tenía buena reputación en la comunidad y gozaba de fama envidiable por su integridad y su buen juicio. La familia vivía en un amplio apartamento sobre la tienda, con entrada por el costado bajo la *porte cochère*. Todo el modo de vida de los Ratignolle le parecía a Edna muy francés, muy extranjero. En el amplio y agradable salón que se extendía a lo ancho de la casa, los Ratignolle recibían a sus amigos una vez cada quincena con una *soirée musicale*, a veces amenizada con partidas de cartas. Había un amigo que to-

caba el violonchelo. Uno traía su flauta y otro su violín, mientras algunos cantaban y otros tocaban el piano con mayor o menor gusto y agilidad. Las *soirées musicales* de los Ratignolle eran muy conocidas, y se consideraba un privilegio ser invitado a ellas.

Edna encontró a su amiga enfrascada en clasificar la ropa que esa mañana había vuelto de la lavandería. La abandonó de inmediato al ver a Edna, a quien habían hecho pasar sin ceremonias a su presencia.

—'Cité puede hacerlo tan bien como yo; en realidad es cosa suya —le explicó a Edna, que se disculpó por interrumpirla. Y llamó a una joven negra a quien instruyó, en francés, para que tuviese mucho cuidado al repasar la lista que le entregó. Le dijo que mirase en particular si el pañuelo de hilo fino del señor Ratignolle, que había desaparecido la semana pasada, había sido devuelto; y que separase las piezas que necesitasen zurcido o remiendos.

Luego rodeó con un brazo la cintura de Edna y la condujo a la parte delantera de la casa, al salón, que era fresco y olía deliciosamente a las grandes rosas que se erguían sobre la repisa en jarrones.

La señora Ratignolle estaba más bella que nunca allí, en su hogar, con una bata de estar en casa que le dejaba los brazos casi al descubierto y mostraba las ricas y suaves curvas de su cuello blanco.

—Quizás algún día pueda pintarte un retrato —dijo Edna con una sonrisa cuando estuvieron sentadas. Desplegó el rollo de bocetos y comenzó a extenderlos—. Creo que debería volver a trabajar. Me apetece hacer algo. ¿Qué te parecen? ¿Crees que merece la pena retomarlo y estudiar un poco más? Podría estudiar una temporada con Laidpore.

Sabía que la opinión de la señora Ratignolle en un asunto así no valdría casi nada, que ella sola no solo había decidido, sino que estaba decidida; pero buscaba palabras de elogio y aliento que la ayudasen a infundirle ánimo a su empresa.

—¡Tu talento es inmenso, querida!

—¡Qué tontería! —protestó Edna, complacida.

—Inmenso, te digo —insistió la señora Ratignolle, examinando los bocetos uno a uno, de cerca, y luego sosteniéndolos a la distancia del brazo, entornando los ojos e inclinando la cabeza a un lado—. Sin duda, esta campe-

sina bávara merece ser enmarcada; ¡y esta cesta de manzanas! Nunca he visto nada más parecido a la realidad. Uno casi sentiría la tentación de alargar la mano y coger una.

Edna no pudo evitar un sentimiento que rozaba la complacencia ante los elogios de su amiga, aun siendo consciente de su verdadero valor. Se quedó con algunos bocetos y entregó todos los demás a la señora Ratignolle, que apreció el regalo mucho más allá de su valor y exhibió orgullosamente los cuadros a su marido cuando subió de la tienda un poco después para la comida del mediodía.

El señor Ratignolle era uno de esos hombres que se llaman la sal de la tierra. Su jovialidad no tenía límites, y estaba a la par con su bondad de corazón, su generosa caridad y su sentido común. Él y su esposa hablaban inglés con un acento que solo se percibía por su énfasis poco inglés y cierta meticulosidad y deliberación. El marido de Edna hablaba inglés sin acento alguno. Los Ratignolle se entendían a la perfección. Si alguna vez se ha conseguido en este mundo la fusión de dos seres humanos en uno, fue sin duda en su unión.

Al sentarse a la mesa con ellos, Edna pensó: «Mejor un plato de hierbas», aunque no tardó en descubrir que no era en absoluto un plato de hierbas, sino una comida deliciosa, sencilla, exquisita y satisfactoria en todo.

El señor Ratignolle estaba encantado de verla, aunque la encontraba con peor aspecto que en Grand Isle, y le aconsejó un tónico. Habló mucho sobre diversos temas: un poco de política, noticias de la ciudad y chismes del vecindario. Hablaba con una animación y un fervor que conferían una importancia exagerada a cada sílaba que pronunciaba. Su esposa estaba intensamente interesada en todo lo que decía, dejaba el tenedor para escuchar mejor, intervenía, le quitaba las palabras de la boca.

Edna se fue de allí deprimida más que aliviada. El breve atisbo de armonía doméstica que le habían ofrecido no le produjo ningún pesar, ningún anhelo. No era una forma de vida que le conviniese, y en ella solo veía un tedio agobiante e irremediable. La embargó una especie de compasión por la señora Ratignolle —una lástima por esa existencia incolora que nunca elevaba a su poseedora más allá del reino de la complacencia ciega, en que ningún momento de angustia visitaba jamás su alma, en que nunca conocería el sabor del delirio de la vida. Edna se preguntó vagamente qué quería

decir con «el delirio de la vida». Se le había cruzado por el pensamiento como una impresión inesperada y ajena.

CAPÍTULO XIX

Edna no podía evitar pensar que había sido muy necio, muy infantil, pisotear su anillo de boda y estrellar el jarrón de cristal contra las baldosas. Ya no la sacudían aquellos arrebatos que la llevaban a expedientes tan inútiles. Empezó a hacer lo que le venía en gana y a sentir lo que le venía en gana. Abandonó por completo sus martes en casa y no devolvió las visitas de quienes habían pasado a verla. No hacía esfuerzos ineficaces por llevar la casa *en bonne ménagère*, entrando y saliendo según le apetecía y, en la medida en que podía, entregándose a cualquier capricho pasajero.

El señor Pontellier había sido un marido bastante cortés mientras encontraba en su esposa cierta sumisión tácita. Pero la nueva e inesperada conducta de Edna le dejaba completamente desconcertado. Le escandalizaba. Y su absoluto desprecio por sus deberes de esposa le enfurecía. Cuando el señor Pontellier se ponía grosero, Edna se volvía insolente. Había resuelto no dar nunca un solo paso atrás.

— Me parece la mayor de las locuras que una mujer que está al frente de un hogar, y que además es madre de familia, pase en el taller los días que estarían mejor empleados en procurar el bienestar de los suyos.

— Me apetece pintar —respondió Edna—. Quizás no siempre me apetezca.

— Pues pinte, ¡por el amor de Dios!, pero no deje que la familia se vaya al diablo. Ahí tiene a la señora Ratignolle: aunque mantiene su música, no deja que todo lo demás se vaya al caos. Y ella es más música de lo que usted es pintora.

—Ella no es música y yo no soy pintora. No es por la pintura por lo que dejo que las cosas vayan como vayan.

—¿Por qué, entonces?

—¡Oh! No lo sé. Déjeme en paz; me molesta usted.

A veces al señor Pontellier se le pasaba por la cabeza preguntarse si su mujer no estaría perdiendo la estabilidad mental. Veía claramente que no era la de siempre. Es decir, no veía que estaba convirtiéndose en sí misma y desprendiéndose a diario de aquel yo ficticio que uno adopta como una prenda para aparecer ante el mundo.

Su marido la dejó en paz tal como ella había pedido y se marchó a la oficina. Edna subió a su taller, una habitación luminosa en lo alto de la casa. Trabajaba con gran energía e interés, sin conseguir, sin embargo, nada que la satisficiera ni en el más mínimo grado. Durante un tiempo tuvo a toda la casa enrolada al servicio del arte. Los niños le posaron. Al principio les pareció divertido, pero la ocupación pronto perdió su atractivo cuando descubrieron que no era un juego organizado expresamente para su entretenimiento. La cuarterona posaba durante horas ante la paleta de Edna, paciente como una salvaje, mientras la doncella se ocupaba de los niños y el salón acumulaba polvo. Pero la doncella también cumplió su turno de modelo cuando Edna advirtió que la espalda y los hombros de la joven estaban moldeados en líneas clásicas y que su cabello, suelto de la cofia que lo sujetaba, era una inspiración. Mientras Edna trabajaba, a veces entonaba en voz baja la pequeña melodía *Ah! si tu savais!*

Aquello la colmaba de recuerdos. Volvía a oír el rumor del agua, el aleteo de la vela. Veía el destello de la luna sobre la bahía y sentía el golpeteo suave y racheado del caliente viento del sur. Una corriente sutil de deseo le recorría el cuerpo, debilitándole la mano que sostenía los pinceles y abrasándole los ojos.

Había días en que era muy feliz sin saber por qué. Era feliz de estar viva y de respirar, cuando todo su ser parecía fundirse con la luz del sol, el color, los aromas, el calor exuberante de algún día sureño perfecto. Le gustaba entonces vagar sola por lugares extraños y desconocidos. Descubría muchos rincones soleados y soñolientos, hechos para soñar. Y le resultaba bueno soñar y estar sola y sin que nadie la molestase.

Había días en que era infeliz, sin saber por qué — días en que no parecía valer la pena estar alegre ni triste, ni viva ni muerta; en que la vida se le antojaba un pandemónium grotesco y la humanidad, gusanos que se agitaban ciegamente hacia una aniquilación inevitable. En tales días no podía trabajar, ni tejer fantasías que le acelerasen el pulso y le calentasen la sangre.

CAPÍTULO XX

Fue en uno de esos estados de ánimo cuando Edna fue en busca de Mademoiselle Reisz. No había olvidado la impresión más bien desagradable que le había dejado su último encuentro; pero aun así sentía el deseo de verla — sobre todo de escucharla tocar el piano. Bastante temprano por la tarde emprendió la búsqueda de la pianista. Por desgracia había extraviado o perdido la tarjeta de Mademoiselle Reisz, y al buscar su dirección en la guía de la ciudad, encontró que la mujer vivía en la calle Bienville, a una distancia considerable. La guía que cayó en sus manos tenía un año o más, y al llegar al número indicado, Edna descubrió que la casa estaba ocupada por una respetable familia de mulatos que tenían *chambres garnies* para alquilar. Llevaban viviendo allí seis meses y no sabían absolutamente nada de ninguna Mademoiselle Reisz. De hecho, no sabían nada de ninguno de sus vecinos; sus inquilinos eran todas personas de la más alta distinción, le aseguraron a Edna. Ella no se demoró en discutir distinciones de clase con la señora Pouponne, sino que se apresuró a una tienda de ultramarinos cercana, convencida de que Mademoiselle habría dejado su dirección con el tendero.

Él conocía a Mademoiselle Reisz bastante mejor de lo que habría querido, le informó a quien lo preguntaba. A decir verdad, no quería saber nada de ella, ni nada de lo que le concernía — la mujer más desagradable e impopular que jamás había vivido en la calle Bienville. Daba gracias al cielo de que se hubiese ido del vecindario, y era igualmente agradecido de no saber adónde había ido.

El deseo de Edna de ver a Mademoiselle Reisz se había multiplicado por diez desde que aquellos obstáculos imprevistos habían surgido para entorpecerlo. Estaba cavilando sobre quién podría darle la información que buscaba cuando de pronto se le ocurrió que la señora Lebrun sería quien más

probabilidades tendría de hacerlo. Sabía que era inútil preguntarle a la señora Ratignolle, quien estaba en los términos más distantes con la pianista y prefería no saber nada de ella. En otra ocasión había sido casi tan categórica al expresarse sobre el asunto como el tendero de la esquina.

Edna sabía que la señora Lebrun había vuelto a la ciudad, pues estaban a mediados de noviembre. Y también sabía dónde vivían los Lebrun, en la calle Chartres.

Su casa, vista desde fuera, parecía una prisión, con rejas de hierro ante la puerta y las ventanas bajas. Las rejas eran una reliquia del viejo *régime*, y a nadie se le había ocurrido jamás quitarlas. A un lado había una valla alta que cercaba el jardín. Una verja o puerta que daba a la calle estaba cerrada con llave. Edna llamó al timbre de esa verja lateral del jardín y se quedó esperando en la acera a que la dejaran entrar.

Fue Víctor quien le abrió la verja. Una mujer negra que se secaba las manos en el delantal iba pisándole los talones. Antes de verlos, Edna pudo oírlos discutir: la mujer —evidentemente una anomalía— reclamaba el derecho a que se le permitiese cumplir con sus obligaciones, una de las cuales era abrir la puerta.

Víctor se sorprendió y se alegró de ver a la señora Pontellier, y no intentó disimular ni su asombro ni su alegría. Era un joven de diecinueve años, de cejas oscuras y buen aspecto, que se parecía mucho a su madre, pero con diez veces su impetuosidad. Le ordenó a la mujer negra que fuera enseguida a avisar a la señora Lebrun de que la señora Pontellier deseaba verla. La mujer refunfuñó negándose a hacer parte de su trabajo cuando no se le había permitido hacerlo todo, y volvió a su interrumpida tarea de desherbar el jardín. Ante lo cual Víctor le asestó una reprimenda en forma de lluvia de improperios que, por su rapidez e incoherencia, resultó casi incomprensible para Edna. Sea lo que fuese, la reprimenda fue convincente, pues la mujer soltó el azadón y entró en la casa murmurando entre dientes.

Edna no tenía ganas de entrar. Estaba muy agradable en el porche lateral, donde había sillas, una tumbona de mimbre y una mesita. Se sentó, pues estaba cansada del largo paseo; empezó a mecerse suavemente y a alisar los pliegues de su sombrilla de seda. Víctor acercó su silla junto a ella. Enseguida explicó que la conducta ofensiva de la mujer negra se debía a una formación deficiente, ya que él no estaba allí para ponerla en cintura. Solo ha-

bía llegado de la isla la mañana anterior y pensaba volver al día siguiente. Pasaba todos los inviernos en la isla; vivía allí y se encargaba de mantener el lugar en orden y tener todo preparado para los visitantes de verano.

Pero un hombre necesitaba relajarse de vez en cuando, le informó a la señora Pontellier, y de vez en cuando se inventaba un pretexto para venir a la ciudad. ¡Vaya noche que había pasado la víspera! No querría que su madre se enterase, y empezó a hablar en un susurro. Irradiaba entusiasmo al evocar aquellos recuerdos. Por supuesto, no podía contarle todo a la señora Pontellier, pues era una mujer y esas cosas no las comprendería. Pero todo empezó con una chica que le miraba y le sonreía por entre las contraventanas al pasar él por allí. ¡Vaya, pero si era una belleza! Claro que él le sonrió a su vez, se acercó y le habló. La señora Pontellier le conocía mal si suponía que él era de los que dejan escapar semejante oportunidad. A su pesar, el joven le hacía gracia. Debió de haber revelado en su mirada cierto grado de interés o de diversión. El muchacho se fue envalentonando, y la señora Pontellier bien podría haberse encontrado, al cabo de un momento, escuchando una historia muy subida de color de no haber sido por la oportuna aparición de la señora Lebrun.

La señora seguía vestida de blanco, conforme a su costumbre veraniega. Sus ojos irradiaban una bienvenida efusiva. ¿No quería entrar la señora Pontellier? ¿No tomaría algo? ¿Por qué no había venido antes? ¿Cómo estaba ese querido señor Pontellier y cómo estaban esos encantadores niños? ¿Había conocido la señora Pontellier un noviembre tan cálido?

Víctor fue a recostarse en la tumbona de mimbre detrás de la silla de su madre, desde donde dominaba el rostro de Edna. Le había quitado la sombra de las manos mientras le hablaba, y ahora la levantó y la hizo girar por encima de él mientras yacía boca arriba. Cuando la señora Lebrun se quejó de lo aburrido que era volver a la ciudad; de que veía a *tan* poca gente ahora; de que incluso Víctor, cuando subía de la isla por uno o dos días, tenía *tanto* que hacer y con qué ocupar el tiempo; fue entonces cuando el joven se retorció en la tumbona y le guiñó un ojo con picardía a Edna. Ella se sintió algo así como cómplice de un crimen, e intentó poner cara severa y reprobadora.

Solo habían llegado dos cartas de Robert, con poco que contar en ellas. Víctor dijo que en realidad no valía la pena entrar a buscar las cartas cuando

su madre le rogó que fuera a por ellas. Recordaba el contenido, que en verdad recitó con mucha soltura cuando le pusieron a prueba.

Una carta estaba escrita desde Veracruz y la otra desde Ciudad de México. Había conocido a Montel, que hacía todo lo posible por favorecerle. Hasta el momento, la situación económica no mejoraba con respecto a la que había dejado en Nueva Orleans, pero por supuesto las perspectivas eran mucho mejores. Escribía sobre Ciudad de México, los edificios, la gente y sus costumbres, las condiciones de vida que encontraba allí. Les enviaba su cariño a la familia. Incluía un cheque para su madre y esperaba que ella le recordase afectuosamente a todos sus amigos. Eso era más o menos el contenido de las dos cartas. Edna sintió que, si hubiera habido un mensaje para ella, lo habría recibido. El estado de ánimo abatido en que había salido de casa empezó a apoderarse de ella de nuevo, y recordó que quería encontrar a Mademoiselle Reisz.

La señora Lebrun sabía dónde vivía Mademoiselle Reisz. Le dio a Edna la dirección, lamentando que no quisiera quedarse a pasar el resto de la tarde, y que fuese a visitar a Mademoiselle Reisz otro día. La tarde ya estaba muy avanzada.

Víctor la acompañó hasta la acera, cogió su sombrilla y la sostuvo sobre ella mientras la acompañaba hasta el tranvía. Le rogó que tuviese presente que lo que se había revelado esa tarde era estrictamente confidencial. Ella se rió y bromeó un poco con él, recordando demasiado tarde que tendría que haber sido digna y reservada.

—¡Qué guapa estaba la señora Pontellier! —le dijo la señora Lebrun a su hijo.

—¡Deslumbrante! —admitió él—. El ambiente de la ciudad la ha mejorado. De algún modo no parece la misma mujer.

CAPÍTULO XXI

Había quien sostenía que la razón por la que Mademoiselle Reisz elegía siempre apartamentos bajo el tejado era para disuadir la visita de mendigos, buhoneros y conocidos. Su pequeño cuarto delantero tenía muchas ventanas. En su mayor parte eran sucias, pero como casi siempre estaban abiertas, eso no importaba demasiado. A menudo dejaban entrar en el cuarto bastante humo y hollín; pero al mismo tiempo, toda la luz y el aire que había llegaban por ellas. Desde sus ventanas se veía la curva del río, los mástiles de los barcos y las grandes chimeneas de los vapores del Misisipi. Un magnífico piano abarrotaba el apartamento. En el cuarto siguiente dormía, y en el tercero y último albergaba un hornillo de gasolina en el que cocinaba sus comidas cuando no tenía ganas de bajar al restaurante vecino. Allí también comía, guardando sus pertenencias en un aparador antiguo y valioso, sucio y desgastado por cien años de uso.

Cuando Edna llamó a la puerta del cuarto delantero de Mademoiselle Reisz y entró, descubrió a aquella persona de pie junto a la ventana, remendando o zurciendo un viejo botín de prunela. La pequeña música se rio con todo el cuerpo al ver a Edna. Su risa consistía en una contorsión del rostro y de todos los músculos del cuerpo. Tenía un aspecto llamativamente desagradable allí de pie a la luz de la tarde. Seguía llevando el raído encaje y el ramillete de violetas artificiales en un lado de la cabeza.

— Así que al fin se ha acordado usted de mí — dijo Mademoiselle —. Me había dicho: «*Ah, bah!* No vendrá nunca.»

— ¿Quería usted que viniese? — preguntó Edna con una sonrisa.

— No había pensado mucho en ello — respondió Mademoiselle. Las dos se habían sentado en un pequeño sofá lleno de bultos que estaba junto a la

pared—. Me alegra, sin embargo, que haya venido. Tengo el agua hirviendo ahí dentro y estaba a punto de hacer café. Tomará usted una taza conmigo. ¿Y cómo está *la belle dame*? ¡Siempre guapa! ¡Siempre sana! ¡Siempre contenta! —Le cogió la mano entre sus fuertes dedos nervudos, sosteniéndola con flojedad y sin calidez, y ejecutando una especie de doble tema en el dorso y la palma.

—Sí —prosiguió—; a veces pensaba: «No vendrá. Prometió como prometen siempre esas mujeres de sociedad, sin intención de cumplirlo. No vendrá.» Porque en realidad no creo que le caiga bien, señora Pontellier.

—No sé si le caigo bien o no —respondió Edna, mirando a la pequeña mujer con una expresión burlona.

La franqueza de la señora Pontellier agradó enormemente a Mademoiselle Reisz. Manifestó su satisfacción dirigiéndose de inmediato a la región del hornillo de gasolina y obsequiando a su visita con la prometida taza de café. El café y las galletas que lo acompañaban resultaron muy bien recibidos por Edna, que había rechazado el refresco en casa de la señora Lebrun y empezaba a sentir hambre. Mademoiselle colocó la bandeja que traía sobre una mesita que tenía a mano y se sentó de nuevo en el sofá lleno de bultos.

—He recibido carta de su amigo —comentó mientras vertía un poco de crema en la taza de Edna y se la entregaba.

—¿De mi amigo?

—Sí, de su amigo Robert. Me escribió desde Ciudad de México.

—¿Le escribió *a usted*? —repitió Edna con asombro, removiendo el café distraídamente.

—Sí, a mí. ¿Por qué no? No remueva usted el calor del café; bébalo. Aunque la carta bien podría habérsela enviado a usted; no hablaba de otra cosa que de la señora Pontellier de principio a fin.

—Déjeme verla —pidió la joven, con voz suplicante.

—No; una carta no concierne a nadie salvo a quien la escribe y a quien va dirigida.

—¿No acaba usted de decir que me concernía de principio a fin?

—Habla sobre usted, no es para usted. «¿Ha visto usted a la señora Pontellier? ¿Cómo la ve?», pregunta. «Como dice la señora Pontellier» o «como dijo la señora Pontellier en cierta ocasión». «Si la señora Pontellier llegase a visitarla, tóquele ese *Impromptu* de Chopin, mi favorito. Lo oí aquí hace uno o dos días, pero no como usted lo toca. Me gustaría saber cómo la afecta», y así sucesivamente, como si supusiera que estamos constantemente en compañía la una de la otra.

—Déjeme ver la carta.

—Ah, no.

—¿Le ha contestado?

—No.

—Déjeme ver la carta.

—No, y otra vez no.

—Entonces tóqueme el *Impromptu*.

—Se está haciendo tarde; ¿a qué hora tiene que estar en casa?

—El tiempo no me preocupa. Su pregunta me parece un poco grosera. Toque el *Impromptu*.

—Pero si no me ha contado nada de usted. ¿Qué hace?

—¡Pintar! —rió Edna—. Me estoy convirtiendo en artista. ¡Imagínese!

—¡Ah! ¡Una artista! Tiene usted mucha pretensión, señora.

—¿Qué pretensión? ¿Cree que no podría convertirme en artista?

—No la conozco lo suficiente para decirlo. No conozco su talento ni su temperamento. Ser artista abarca mucho; ha de poseer muchos dones —dones absolutos— que no se han adquirido con el propio esfuerzo. Y, además, para triunfar, el artista debe poseer el alma valiente.

—¿Qué entiende usted por el alma valiente?

—Valiente, *ma foi!* El alma audaz. El alma que osa y desafía.

—Muéstreme la carta y tóqueme el *Impromptu*. Ve usted que tengo perseverancia. ¿Cuenta esa cualidad para algo en el arte?

—Cuenta para con una vieja necia a quien usted ha cautivado —respondió Mademoiselle con su retorcida risa.

La carta estaba allí mismo, a mano, en el cajón de la mesita sobre la que Edna acababa de dejar su taza de café. Mademoiselle abrió el cajón y sacó la carta, la que estaba encima. Se la puso en las manos a Edna, y sin ningún otro comentario se levantó y fue al piano.

Mademoiselle tocó un suave interludio. Era una improvisación. Se sentó baja ante el instrumento, y las líneas de su cuerpo adoptaron curvas y ángulos poco ariosos que le daban una apariencia de deformidad. Poco a poco e imperceptiblemente, el interludio se fundió en los suaves acordes en modo menor con que comienza el *Impromptu* de Chopin.

Edna no supo cuándo empezó ni cuándo terminó el *Impromptu*. Estaba sentada en el rincón del sofá leyendo la carta de Robert a la luz mortecina. Mademoiselle había pasado del Chopin a las trémulas notas de amor del canto de Isolda, y de nuevo al *Impromptu* con su anhelo apasionado y desgarrador.

Las sombras se fueron haciendo más densas en el pequeño cuarto. La música se volvía extraña y fantástica —turbulenta, insistente, quejumbrosa y suave en su súplica. Las sombras se hicieron más profundas. La música llenó el cuarto. Se derramó hacia la noche, por encima de los tejados, la curva del río, perdiéndose en el silencio del aire de las alturas.

Edna lloraba, igual que había llorado una medianoche en Grand Isle cuando voces extrañas y nuevas despertaron en ella. Se levantó algo agitada para despedirse. —¿Puedo volver, Mademoiselle? —preguntó en el umbral.

—Venga cuando quiera. Tenga cuidado; la escalera y los rellanos están oscuros; no tropiece.

Mademoiselle volvió a entrar y encendió una vela. La carta de Robert estaba en el suelo. Se agachó y la recogió. Estaba arrugada y húmeda de lágrimas. Mademoiselle alisó la carta, la devolvió al sobre y la guardó de nuevo en el cajón de la mesa.

CAPÍTULO XXII

Una mañana, de camino a la ciudad, el señor Pontellier se detuvo en casa de su viejo amigo y médico de familia, el doctor Mandelet. El doctor era un médico semirretirado que, como suele decirse, descansaba sobre sus laureles. Gozaba de reputación de sabio más que de hábil —dejando el ejercicio activo de la medicina a sus ayudantes y colegas más jóvenes— y era muy solicitado para consultas. A unas pocas familias, unidas a él por lazos de amistad, aún las atendía cuando requerían los servicios de un médico. Los Pontellier se contaban entre ellas.

El señor Pontellier encontró al doctor leyendo junto a la ventana abierta de su despacho. Su casa estaba bastante retirada de la calle, en el centro de un jardín delicioso, de modo que reinaba una quietud y una paz perfectas en la ventana del despacho del anciano caballero. Era un gran lector. Levantó la vista con desaprobación por encima de sus gafas cuando entró el señor Pontellier, preguntándose quién tenía la osadía de molestarlo a esa hora de la mañana.

—¡Ah, Pontellier! Espero que no esté enfermo. Siéntese. ¿Qué noticias trae esta mañana? —Era bastante corpulento, con una abundante cabellera canosa y unos pequeños ojos azules a los que la edad había robado buena parte de su brillo, pero nada de su penetración.

—¡Oh! Yo nunca estoy enfermo, doctor. Usted sabe que soy de fibra resistente —de esa vieja raza criolla de los Pontelliers que se secan y al final se los lleva el viento. He venido a consultar —no, no exactamente a consultar— a hablarle de Edna. No sé qué le pasa.

—¿La señora Pontellier no está bien? —se extrañó el doctor—. Si no me equivoco, la vi hace cosa de una semana caminando por la calle Canal, y

me pareció la viva imagen de la salud.

—Sí, sí; parece estar bastante bien —dijo el señor Pontellier, inclinándose hacia delante y haciendo girar el bastón entre las dos manos—; pero no actúa como es debido. Está rara, no es la de siempre. No logro entenderla, y pensé que quizás usted podría ayudarme.

—¿Cómo actúa? —preguntó el doctor.

—Pues bien, no es fácil de explicar —dijo el señor Pontellier, echándose hacia atrás en la silla—. Deja que el mantenimiento del hogar se vaya al diablo.

—Vamos, vamos; no todas las mujeres son iguales, querido Pontellier. Hay que tener en cuenta —

—Ya lo sé; le he dicho que no puedo explicarlo. Toda su actitud —hacia mí y hacia todos y hacia todo— ha cambiado. Usted sabe que tengo mal genio, pero no quiero pelearme ni ser grosero con una mujer, y menos con mi esposa; sin embargo, me veo abocado a ello, y me siento como diez mil demonios después de haberme puesto en ridículo. Me lo está poniendo endiabladamente incómodo —continuó nervioso—. Se le ha metido en la cabeza alguna idea sobre los derechos eternos de la mujer; y —ya comprende usted— nos encontramos por las mañanas en el desayuno.

El anciano levantó sus pobladas cejas, frunció el grueso labio inferior y tamborileó en los brazos del sillón con las yemas de los dedos.

—¿Qué le ha hecho usted, Pontellier?

—¿Qué le he hecho! *¡Parbleu!*

—¿Ha frecuentado ella —preguntó el doctor con una sonrisa— últimamente un círculo de mujeres seudointelectuales? ¿Seres superiores e hiperespirituales? Mi mujer me ha estado hablando de ellas.

—Ahí está el problema —interrumpió el señor Pontellier—: no ha frecuentado a nadie. Ha abandonado sus martes en casa, ha roto con todos sus conocidos y sale a deambular sola, pensativa en los tranvías, y llega cuando ya ha anochecido. Le digo que está extraña. No me gusta; me tiene algo preocupado.

Esto era un aspecto nuevo para el doctor. —¿Nada hereditario? —preguntó con seriedad—. ¿Nada peculiar en los antecedentes familiares?

—¡Oh, en absoluto! Viene de buena cepa presbiteriana de Kentucky, de toda la vida. El anciano, su padre, según he oído, expiaba sus pecados de entre semana con sus devociones dominicales. Y sé de buena tinta que sus caballos de carreras se llevaron literalmente la finca agrícola más bonita de Kentucky que jamás hayan visto mis ojos. Margaret —usted conoce a Margaret— tiene el presbiterianismo sin diluir. Y la más joven es algo arisca. Por cierto, se casa dentro de un par de semanas.

—Mande a su esposa a la boda —exclamó el doctor, viendo una solución feliz—. Que pase un tiempo entre los suyos; le hará bien.

—Eso es lo que yo quiero que haga. Ella no quiere ir a la boda. Dice que una boda es uno de los espectáculos más lamentables de la tierra. ¡Bonita cosa para decírsela a su marido! —exclamó el señor Pontellier, encendiéndose de nuevo al recordarlo.

—Pontellier —dijo el doctor tras un momento de reflexión—, deje a su esposa en paz por un tiempo. No la moleste, y no deje que ella le moleste a usted. La mujer, querido amigo, es un organismo muy peculiar y delicado —una mujer sensible y de alta organización, como sé que es la señora Pontellier, es especialmente peculiar. Haría falta un psicólogo inspirado para tratar con ellas con éxito. Y cuando hombres corrientes como usted y yo intentamos hacer frente a sus idiosincrasias, el resultado es un desastre. La mayoría de las mujeres son de humor variable y caprichosas. Esto es algún capricho pasajero de su esposa, debido a alguna causa o causas que usted y yo no necesitamos tratar de descifrar. Pero pasará felizmente, sobre todo si la deja en paz. Mándela a verme.

—¡Oh! Eso no podría hacerlo; no habría razón para ello —objetó el señor Pontellier.

—Entonces iré yo a verla —dijo el doctor—. Pasaré a cenar cualquier tarde *en bon ami*.

—¡Hágalo, por favor! —instó el señor Pontellier—. ¿Qué tarde vendrá? Pongamos el jueves. ¿Vendrá el jueves? —preguntó, levantándose para despedirse.

—Muy bien, el jueves. Es posible que mi esposa tenga algún compromiso para ese jueves. En ese caso, le haré saber. De lo contrario, puede esperarme.

El señor Pontellier se volvió antes de salir para decir:

—Voy a ir a Nueva York por negocios muy pronto. Tengo un gran proyecto entre manos y quiero estar en el terreno adecuado para mover los hilos y llevar las riendas. Le haremos partícipe desde dentro si lo desea, doctor —rió.

—No, muchas gracias, estimado señor —respondió el doctor—. Dejo esas aventuras a hombres más jóvenes como usted, que aún llevan la fiebre de la vida en la sangre.

—Lo que quería decirle —continuó el señor Pontellier, con la mano en el pomo—: es posible que tenga que ausentarme bastante tiempo. ¿Me aconsejaría que me llevase a Edna?

—Sin duda, si ella desea ir. Si no, déjela aquí. No la contradiga. El estado de ánimo pasará, se lo aseguro. Puede durar un mes, dos, tres meses —quizás más, pero pasará; tenga paciencia.

—Bien, hasta luego, *à jeudi* —dijo el señor Pontellier al salir.

Al doctor le habría gustado preguntarle durante la conversación: «¿Hay algún hombre de por medio?», pero conocía demasiado bien a los criollos para cometer semejante torpeza.

No retomó el libro de inmediato, sino que se quedó un rato sentado, mirando pensativamente al jardín.

CAPÍTULO XXIII

El padre de Edna estaba en la ciudad y llevaba varios días con ellos. El afecto que lo unía a él no era especialmente profundo ni ardiente, pero compartían ciertos gustos y, cuando estaban juntos, se acompañaban bien. Su llegada tuvo algo de perturbación bienvenida; parecía ofrecer a sus emociones una nueva dirección.

Había venido a comprar un regalo de boda para su hija Janet y un traje con el que hacer un papel airoso en la ceremonia. El señor Pontellier había elegido el regalo nupcial, pues todos cuantos le rodeaban siempre diferían a su criterio en esas materias. Y sus indicaciones sobre el modo de vestir — cuestión que con demasiada frecuencia se convierte en problema — resultaban de un valor inestimable para su suegro. Pero durante los últimos días el anciano había estado enteramente a cargo de Edna, y en su compañía ella iba familiarizándose con un nuevo conjunto de sensaciones. Había sido coronel del ejército confederado y conservaba aún, junto con el título, el porte militar que siempre lo había acompañado. El cabello y el bigote, blancos y sedosos, acentuaban el bronceado rugoso de su rostro. Era alto y delgado, y llevaba las chaquetas acolchadas en los hombros, lo que confería a estos y al pecho una amplitud y una profundidad ficticias. Edna y su padre formaban juntos una estampa muy distinguida y suscitaban bastante atención durante sus paseos. A su llegada, ella empezó por presentarle su taller y hacerle un boceto. Él se tomó el asunto muy en serio. Aunque el talento de su hija hubiese sido diez veces mayor de lo que era, no le habría sorprendido, convencido como estaba de que había legado a todas sus hijas los gérmenes de una capacidad soberana que solo dependía de su propio esfuerzo para encauzarse hacia un logro exitoso.

Ante su lápiz se mantuvo rígido e impasible, tal como había afrontado la boca del cañón en tiempos pasados. Le molestaba la intrusión de los niños, que lo contemplaban con ojos atónitos mientras él permanecía tan tieso allí arriba, en el luminoso taller de su madre. Cuando se acercaban, los alejaba con un expresivo movimiento del pie, reacio a alterar las líneas fijas de su semblante, sus brazos o sus hombros rígidos.

Edna, deseosa de agasajarlo, invitó a Mademoiselle Reisz a conocerle, habiendo prometido a su padre una velada especial con su interpretación al piano; pero Mademoiselle rechazó la invitación. Así que asistieron juntos a una *soirée musicale* en casa de los Ratignolle. Monsieur y Madame Ratignolle agasajaron mucho al Coronel, instalándole como invitado de honor y comprometiéndole en el acto a cenar con ellos el domingo siguiente, o cualquier otro día que él eligiese. Madame coqueteó con él de la manera más cautivadora e ingenua, con los ojos, los gestos y una profusión de cumplidos, hasta que la vieja cabeza del Coronel se sintió treinta años más joven sobre sus acolchados hombros. Edna lo observaba maravillada, sin acabar de comprenderlo. Ella misma era casi incapaz de coquetería.

Había uno o dos hombres a los que observó en la *soirée musicale*; pero jamás se habría sentido impulsada a ningún despliegue coqueto para atraer su atención, a ninguna de esas artimañas felinas o femeninas con las que expresarse ante ellos. Su personalidad la atraía de una manera agradable. Su fantasía los escogía, y se alegraba cuando una pausa en la música les brindaba la oportunidad de acercarse a hablar con ella. A menudo la mirada de unos ojos desconocidos encontrados por la calle se le quedaba grabada en la memoria y a veces la turbaba.

El señor Pontellier no asistía a esas *soirées musicales*. Las consideraba *bourgeois* y encontraba mayor entretenimiento en el club. A Madame Ratignolle le dijo que la música que se ofrecía en sus *soirées* era demasiado «pesada», demasiado alejada de su comprensión sin cultivo. La excusa la halagó. Pero ella desaprobaba el club del señor Pontellier, y era lo bastante franca para decírselo a Edna.

—Es una lástima que el señor Pontellier no se quede más en casa por las tardes. Creo que estarían más... bueno, si no le importa que se lo diga... más unidos, si lo hiciera.

—¡Oh! ¡Qué va! —dijo Edna, con una expresión vacía en los ojos—. ¿Qué haría yo si se quedara en casa? No tendríamos nada que decirnos.

A su padre tampoco tenía mucho que decirle, bien es verdad; pero él no la irritaba. Descubrió que le resultaba interesante, aunque se daba cuenta de que quizá no le interesaría mucho tiempo; y por primera vez en su vida sintió como si le conociera de verdad. Él la mantenía ocupada sirviéndole y atendiendo a sus necesidades. A ella le divertía hacerlo. No permitía que un criado ni uno de los niños hiciera por él nada que ella pudiera hacer. Su marido lo notó y lo tomó como expresión de un profundo afecto filial que nunca había sospechado.

El Coronel bebía numerosos «toddlies» a lo largo del día, los cuales le dejaban, sin embargo, perfectamente imperturbable. Era un experto en preparar bebidas fuertes. Incluso había inventado algunas a las que había puesto nombres fantásticos, y para cuya elaboración requería ingredientes diversos que Edna se veía obligada a procurarle.

Cuando el doctor Mandelet cenó con los Pontellier el jueves, no pudo apreciar en la señora Pontellier rastro alguno de ese estado morbosos que su marido le había descrito. Estaba animada y de algún modo radiante. Ella y su padre habían ido al hipódromo, y sus pensamientos, al sentarse a la mesa, seguían ocupados con los sucesos de la tarde, y la conversación versaba todavía sobre las carreras. El doctor no había seguido el ritmo de los asuntos hípicas. Guardaba ciertos recuerdos de las carreras en lo que él llamaba «los buenos tiempos de antes», cuando florecían los establos Lecompte, y echó mano de ese fondo de memorias para no quedarse al margen y no parecer del todo ajeno al espíritu moderno. Pero no logró impresionar al Coronel, ni mucho menos deslumbrarle con ese conocimiento improvisado de tiempos pasados. Edna había apostado por su padre en su última jugada, con los resultados más satisfactorios para ambos. Además, según las impresiones del Coronel, habían conocido a personas muy encantadoras. La señora Mortimer Merriman y la señora James Highcamp, que estaban allí con Alcée Arobin, se habían unido a ellos y habían amenizado las horas de un modo que le calentaba el ánimo con solo recordarlo.

El propio señor Pontellier no sentía especial inclinación por las carreras de caballos, y más bien tendía a desaconsejarlas como pasatiempo, sobre todo cuando recordaba la suerte de aquella granja de pasto azul en Ken-

tucky. Intentó, en términos generales, expresar una desaprobación concreta, y solo logró despertar la irritación y la oposición de su suegro. Siguió una disputa bastante animada, en la que Edna se puso con calor del lado de su padre y el doctor permaneció neutral.

Este observó a su anfitriona con atención desde bajo sus pobladas cejas y advirtió un cambio sutil que la había transformado de la mujer lánguida que él conocía en un ser que, en aquel momento, parecía palpar con las fuerzas de la vida. Su habla era cálida y enérgica. No había represión ni en su mirada ni en sus gestos. Le recordó a algún hermoso y lustroso animal que despertara al sol.

La cena fue excelente. El clarete estaba caliente y el champán frío, y bajo su benéfico influjo el amago de contrariedad se diluyó y se disipó con el humo del vino.

El señor Pontellier se animó y se puso nostálgico. Contó algunas anécdotas divertidas de la vida en las plantaciones, recuerdos del viejo Iberville y su juventud, cuando cazaba zarigüeyas en compañía de algún jovial negro; sacudía los pacanos para que cayeran, tiraba al grosbec y vagabundeaba por bosques y campos en una indolencia traviesa.

El Coronel, con escaso sentido del humor y del decoro, relató un sombrío episodio de aquellos días oscuros y amargos, en el que él había desempeñado un papel destacado y siempre ocupaba el centro de la escena. Tampoco acertó más el doctor en su elección cuando contó la vieja historia, siempre nueva y misteriosa, del ocaso del amor de una mujer que busca cauces extraños y nuevos, solo para retornar a su fuente legítima tras días de agitación intensa. Era uno de los muchos pequeños documentos humanos que habían ido desplegándose ante él a lo largo de su larga carrera como médico. La historia no pareció impresionar especialmente a Edna. Ella tenía una propia que contar: la de una mujer que una noche se alejó remando con su amante en una piragua y nunca regresó. Se perdieron entre las islas Baratarias, y nadie volvió a saber de ellos ni encontró rastro alguno desde aquel día hasta hoy. Era pura invención. Dijo que Madame Antoine se la había referido. Eso también era una invención. Quizá era un sueño que ella había tenido. Pero cada palabra encendida parecía real para quienes la escuchaban. Podían sentir el aliento caliente de la noche sureña; oían el largo golpe de la piragua al rozar las aguas plateadas por la luna, el batir de alas de los pája-

ros que alzaban el vuelo sobresaltados desde los carrizos de las lagunas salobres; veían los rostros de los amantes, pálidos, juntos, arrebatados en un olvido extático, a la deriva hacia lo desconocido.

El champán estaba frío, y sus sutiles vapores hicieron aquella noche juguetas fantásticas con la memoria de Edna.

Fuera, lejos del resplandor del fuego y de la suave luz de las lámparas, la noche era fría y turbia. El doctor se abotonó la vieja capa sobre el pecho mientras caminaba a grandes pasos hacia casa por la oscuridad. Conocía a sus semejantes mejor que la mayoría de los hombres; conocía esa vida interior que tan raramente se despliega ante ojos no consagrados. Se arrepentía de haber aceptado la invitación de Pontellier. Se estaba haciendo viejo y empezaba a necesitar descanso y un espíritu tranquilo. No quería que los secretos de otras vidas le fueran impuestos.

—Espero que no sea Arobin —murmuró para sí mientras caminaba—. Espero que por el amor de Dios no sea Alcée Arobin.

CAPÍTULO XXIV

Edna y su padre tuvieron una disputa acalorada, y casi violenta, sobre su negativa a asistir a la boda de su hermana. El señor Pontellier se negó a intervenir, a interponer su influencia o su autoridad. Seguía el consejo del doctor Mandelet y la dejaba hacer lo que quisiera. El Coronel reprochó a su hija la falta de afecto y respeto filiales, la ausencia de cariño fraternal y de consideración femenina. Sus argumentos eran trabajosos y poco convincentes. Dudaba de que Janet fuera a aceptar ninguna excusa —olvidando que Edna no había ofrecido ninguna—. Dudaba de que Janet volviera a dirigirle la palabra, y estaba seguro de que Margaret tampoco lo haría.

Edna se alegró de librarse de su padre cuando este se marchó por fin con sus trajes de boda y sus regalos nupciales, con sus hombros acolchados, sus lecturas bíblicas, sus «toddlies» y sus juramentos solemnes.

El señor Pontellier le siguió de cerca. Tenía intención de parar en la boda de camino a Nueva York y procurar por todos los medios que el dinero y el afecto le brindasen resarcirse en algo de la incomprensible conducta de Edna.

—Eres demasiado indulgente, demasiado indulgente con mucho, Léonce —afirmó el Coronel—. Autoridad, coerción: eso es lo que hace falta. Ponle el pie encima bien firme; es la única manera de manejar a una esposa. Créeme.

Quizá el Coronel ignoraba que había obligado a su propia esposa a meterse en la tumba. El señor Pontellier tenía una vaga sospecha de ello que, a esas alturas, consideró innecesario mencionar.

Edna no experimentó al marcharse su marido la misma satisfacción consciente que había sentido con la partida de su padre. A medida que se acercaba el día en que él la dejaría por una temporada relativamente larga, ella se fue ablandando y volviendo cariñosa, recordando sus muchos actos de consideración y sus reiteradas expresiones de ardiente afecto. Se preocupó por su salud y su bienestar. Anduvo ajetreada, ocupándose de su ropa, pensando en la ropa interior de abrigo, igual que habría hecho Madame Ratignolle en circunstancias parecidas. Lloró cuando él se fue, llamándole su querido y buen amigo, y estaba bastante segura de que en poco tiempo se sentiría sola e iría a reunirse con él en Nueva York.

Pero al final, una paz radiante se apoderó de ella en cuanto se encontró sola por fin. Incluso los niños se habían ido. La vieja Madame Pontellier había venido en persona y se los había llevado a Iberville con la cuarterona. La anciana no se atrevió a decir que temía que los descuidaran durante la ausencia de Léonce; apenas se atrevía a pensarlo. Tenía hambre de ellos — incluso con un punto de fiereza en su apego—. No quería que fueran del todo «hijos del pavimento», decía siempre cuando pedía tenerlos una temporada. Deseaba que conocieran el campo, con sus arroyos, sus prados, sus bosques, su libertad, tan deliciosa para los jóvenes. Deseaba que probaran algo de la vida que su padre había vivido, conocido y amado cuando él también era un niño pequeño.

Cuando Edna estuvo por fin sola, exhaló un suspiro grande y genuino de alivio. La invadió una sensación que le era desconocida pero muy deliciosa. Recorrió la casa entera de habitación en habitación, como si la inspeccionara por primera vez. Probó las diversas sillas y chaises longues, como si nunca antes se hubiese sentado ni recostado en ellas. Y dio una vuelta por el exterior de la casa, investigando, comprobando si ventanas y contraventanas estaban bien aseguradas y en orden. Las flores eran como nuevas conocidas; se acercó a ellas con familiaridad y se sintió como en casa entre ellas. Los senderos del jardín estaban húmedos, y Edna llamó a la criada para que le trajera las sandalias de goma. Y allí se quedó, agachada, removiendo la tierra alrededor de las plantas, podando, quitando hojas secas y muertas. El perrito de los niños salió a molestar, metiéndose en medio. Ella lo regañó, se rió de él, jugó con él. El jardín olía tan bien y se veía tan bonito a la luz de la tarde. Edna recogió todas las flores vistosas que pudo encontrar y entró en casa con ellas, ella y el perrito.

Incluso la cocina adquirió de pronto un carácter interesante que ella no había percibido antes. Entró a dar instrucciones a la cocinera: que al carnicero habría que pedirle mucha menos carne, que solo necesitarían la mitad de la cantidad habitual de pan, de leche y de víveres. Le dijo que durante la ausencia del señor Pontellier ella misma estaría muy ocupada, y le rogó que tomara sobre sus propios hombros toda la responsabilidad de la despensa.

Aquella noche Edna cenó sola. Los candelabros, con unas pocas velas en el centro de la mesa, le daban toda la luz que necesitaba. Fuera del círculo de luz en que estaba sentada, el amplio comedor parecía solemne y sombrío. La cocinera, puesta a prueba, sirvió un festín delicioso: un succulento solomillo a la brasa *à point*. El vino sabía bien; los *marrons glacés* parecían exactamente lo que le apetecía. Y era tan agradable cenar con un cómodo *peignoir*.

Pensó con cierta melancolía en Léonce y en los niños, y se preguntó qué estarían haciendo. Mientras le daba al perrito una o dos pequeñas golosinas, le habló de Étienne y de Raoul con intimidad. Él estaba fuera de sí de asombro y de alegría ante aquellas atenciones afectuosas, y mostraba su agradecimiento con sus pequeños ladridos rápidos y secos y una animada agitación.

Después de cenar, Edna se sentó en la biblioteca y leyó a Emerson hasta que le entró el sueño. Se dio cuenta de que había descuidado la lectura y decidió emprender de nuevo un programa de estudios provechosos, ahora que su tiempo era completamente suyo para disponer de él como le placiese.

Tras un refrescante baño, Edna se acostó. Y mientras se acurrucaba confortablemente bajo el edredón, la invadió una sensación de descanso como no había conocido antes.

CAPÍTULO XXV

Cuando el tiempo era oscuro y nublado, Edna no podía trabajar. Necesitaba el sol para ablandar y templar su ánimo hasta el punto justo. Había alcanzado una fase en la que ya no parecía andar a tientas, sino que trabajaba, cuando tenía humor para ello, con seguridad y soltura. Y como carecía de ambición y no se esforzaba por alcanzar logros, encontraba satisfacción en el trabajo mismo.

En los días de lluvia o de melancolía, Edna salía y buscaba la compañía de las amigas que había hecho en Grand Isle. O bien se quedaba en casa alimentando un estado de ánimo con el que iba familiarizándose demasiado para su propio bienestar y tranquilidad. No era desesperación; pero le parecía que la vida pasaba de largo dejando sus promesas rotas e incumplidas. Y sin embargo había otros días en que ella escuchaba, se dejaba llevar y seducir por las promesas frescas que su juventud le tendía.

Volvió al hipódromo, y volvió una vez más. Alcée Arobin y la señora Highcamp fueron a buscarla una tarde luminosa en el carruaje de Arobin. La señora Highcamp era una mujer mundana pero sin afectación, inteligente, esbelta, alta, rubia, de cuarenta y tantos años, con un aire indiferente y unos ojos azules de mirada fija. Tenía una hija a la que utilizaba como pretexto para cultivar la compañía de jóvenes de moda. Alcée Arobin era uno de ellos. Era una figura habitual en el hipódromo, la ópera y los clubes selectos. Había una sonrisa perpetua en sus ojos que raramente dejaba de despertar una alegría correspondiente en quien los miraba y escuchaba su voz afable. Sus modales eran tranquilos y a veces un poco insolentes. Tenía buena figura, un rostro agradable, no sobrecargado de profundidad de pensamiento ni de sentimiento; y su manera de vestir era la del hombre de moda convencional.

La admiraba con extravagancia desde que la conociera en las carreras con su padre. La había conocido antes en otras ocasiones, pero hasta aquel día le había parecido inaccesible. Fue por instigación suya por lo que la señora Highcamp fue a invitarla a acompañarles al Jockey Club para presenciar el evento hípico de la temporada.

Puede que hubiera en el hipódromo algunos aficionados que conocieran el caballo de carreras tan bien como Edna, pero desde luego ninguno que lo conociera mejor. Se sentó entre sus dos acompañantes como quien tiene autoridad para hablar. Se reía de las pretensiones de Arobin y deploraba la ignorancia de la señora Highcamp. El caballo de carreras era un amigo y compañero íntimo de su infancia. El ambiente de los establos y el olor del paddock de pasto azul le despertaban recuerdos que se le quedaban prendidos en los sentidos. No se daba cuenta de que hablaba igual que su padre mientras los lustrosos castrados desfilaban ante ellos. Jugó sumas muy altas, y la fortuna le sonrió. La fiebre del juego le encendía las mejillas y los ojos, y se le metía en la sangre y en el cerebro como un tóxico. La gente se volvía a mirarla, y más de uno prestaba atento oído a sus palabras con la esperanza de obtener así el escurridizo pero siempre deseado *tip*. Arobin se contagió del entusiasmo que le atraía hacia Edna como un imán. La señora Highcamp permaneció, como de costumbre, impassible, con su mirada indiferente y las cejas levantadas.

Edna se quedó a cenar con la señora Highcamp ante su insistencia. Arobin también se quedó y mandó de vuelta su carruaje.

La cena fue tranquila y sin interés, a excepción de los alegres esfuerzos de Arobin por animar la velada. La señora Highcamp deploró la ausencia de su hija en las carreras e intentó hacerle comprender lo que se había perdido por asistir a la «lectura de Dante» en lugar de unirse a ellos. La joven sostuvo una hoja de geranio ante la nariz y no dijo nada, pero tenía una expresión de quien sabe y no se compromete. El señor Highcamp era un hombre llano y calvo que solo hablaba por obligación. Era poco comunicativo. La señora Highcamp era toda delicada cortesía y consideración hacia su marido. Le dirigía a él la mayor parte de la conversación en la mesa. Después de cenar se sentaron en la biblioteca a leer juntos los periódicos de la tarde bajo la lámpara, mientras los más jóvenes pasaban al salón contiguo a conversar. La señorita Highcamp tocó al piano algunas piezas de Grieg. Parecía haber captado toda la frialdad del compositor y nada de su poesía. Mientras Edna

escuchaba, no pudo evitar preguntarse si había perdido el gusto por la música.

Cuando llegó la hora de marcharse, el señor Highcamp masculló una torpe oferta de acompañarla, mirando sus pies enfundados en zapatillas con una inoportuna preocupación. Fue Arobin quien la llevó a casa. El trayecto en tranvía fue largo, y era tarde cuando llegaron a la calle Esplanade. Arobin pidió permiso para entrar un momento a encender el cigarrillo —se había quedado sin cerillas—. Rellenó el estuche de cerillas, pero no encendió el cigarrillo hasta que se marchó, después de que ella le expresara su disposición a volver al hipódromo con él.

Edna no estaba ni cansada ni con sueño. Tenía hambre de nuevo, porque la cena de los Highcamp, aunque de excelente calidad, había escaseado en cantidad. Rebuscó en la despensa y sacó un trozo de gruyère y unas galletas. Abrió una botella de cerveza que encontró en el fresquero. Edna se sentía sumamente inquieta y excitada. Tarareó vagamente una melodía fantástica mientras removía las brasas de la chimenea y mordisqueaba una galleta.

Quería que pasara algo —algo, cualquier cosa; no sabía qué—. Lamentaba no haber hecho que Arobin se quedara media hora más a hablar de caballos con ella. Contó el dinero que había ganado. Pero no había nada más que hacer, así que se fue a la cama y estuvo horas dándose vueltas en una especie de agitación monótona.

A medianoche recordó que se había olvidado de escribir su carta habitual a su marido, y decidió hacerlo al día siguiente y contarle su tarde en el Jockey Club. Permaneció despierta componiendo mentalmente una carta que no se parecía en nada a la que escribiría al día siguiente. Cuando la doncella la despertó por la mañana, Edna soñaba con el señor Highcamp tocando el piano a la entrada de una tienda de música en la calle Canal, mientras su mujer le decía a Alcée Arobin, mientras subían a un tranvía de la calle Esplanade:

—¡Qué lástima que tanto talento haya sido descuidado! Pero tengo que irme.

Cuando, unos días después, Alcée Arobin fue a buscar a Edna en su carruaje, la señora Highcamp no iba con él. Dijo que pasarían a recogerla. Pero como aquella señora no había sido informada de su intención de reco-

gerla, no estaba en casa. Su hija estaba a punto de salir para asistir a la reunión de una sección de la Sociedad de Folclore, y lamentó no poder acompañarles. Arobin pareció desconcertado y le preguntó a Edna si había alguien más a quien quisiera invitar.

Ella no consideró que valiera la pena ir en busca de ninguna de las conocidas de la buena sociedad de la que se había apartado. Pensó en Madame Ratignolle, pero sabía que su amable amiga no salía de casa salvo para dar un lánguido paseo a la manzana con su marido después de anochecer. Mademoiselle Reisz se habría reído de semejante petición por parte de Edna. Madame Lebrun quizá habría disfrutado del paseo, pero por algún motivo Edna no la quería. De modo que fueron solos, ella y Arobin.

La tarde le resultó intensamente interesante. La excitación volvió sobre ella como una fiebre recurrente. Su conversación se volvió familiar y confidencial. Intimar con Arobin no costaba esfuerzo. Sus modales invitaban a una confianza fácil. La fase preliminar de conocerse era una que él procuraba siempre saltarse cuando se trataba de una mujer bonita y atractiva.

Se quedó a cenar con Edna. Se quedó sentado junto al fuego de leña. Rieron y charlaron; y antes de que llegara la hora de marcharse, él le estaba contando cómo habría podido ser la vida de otro modo de haberse conocido años antes. Con una franqueza ingenua le habló de lo travieso e indisciplinado que había sido de joven, y con ímpetu se remangó el puño para mostrarle en la muñeca la cicatriz de un sablazo recibido en un duelo en las afueras de París cuando tenía diecinueve años. Ella le rozó la mano mientras examinaba la cicatriz roja en el interior de su muñeca blanca. Un impulso rápido, de carácter casi espasmódico, hizo que sus dedos se cerraran en una especie de apretón sobre su mano. Él sintió la presión de las uñas puntiagudas de ella en la palma.

Edna se levantó precipitadamente y se dirigió hacia la repisa de la chimenea.

—La vista de una herida o una cicatriz siempre me agita y me revuelve el estómago —dijo—. No debería haberla mirado.

—Le ruego que me disculpe —suplicó él, siguiéndola—; nunca se me ocurrió que pudiera parecerle repulsiva.

Se colocó cerca de ella, y el descaro en sus ojos rechazó el antiguo yo que se desvanecía en ella y atrajo, en cambio, toda su sensualidad en despertar. Vio en el rostro de ella lo suficiente para impulsarle a tomarle la mano y retenerla mientras pronunciaba su larga despedida.

—¿Volverá usted a las carreras? —preguntó.

—No —dijo ella—. Ya he tenido bastante de las carreras. No quiero perder todo el dinero que he ganado, y tengo que trabajar cuando el tiempo es bueno, en lugar de...

—Sí; trabajar; desde luego. Me prometió usted enseñarme su obra. ¿Qué mañana puedo subir a su taller? ¿Mañana?

—¡No!

—¿Pasado?

—No, no.

—¡Oh, por favor, no me lo niegue! Entiendo algo de esas cosas. Quizá pudiera ayudarla con alguna que otra sugerencia.

—No. Buenas noches. ¿Por qué no se va después de haber dicho buenas noches? No me cae usted bien —siguió ella con voz aguda y excitada, intentando retirar la mano. Sentía que sus palabras carecían de dignidad y sinceridad, y sabía que él también lo sentía.

—Siento que no le caiga bien. Siento haberla ofendido. ¿En qué la he ofendido? ¿Qué he hecho? ¿No puede perdonarme? —Y se inclinó y apretó los labios sobre su mano como si no quisiera apartarlos nunca.

—Señor Arobin —se quejó ella—, estoy muy alterada por la emoción de la tarde; no soy yo misma. Es posible que mi manera de ser le haya inducido a error de algún modo. Le ruego que se marche. —Habló en un tono monótono y apagado. Él tomó el sombrero de la mesa y permaneció de pie con los ojos apartados de ella, mirando el fuego que se apagaba. Por un momento o dos guardó un silencio impresionante.

—Mi manera de ser no le ha inducido a error, señora Pontellier —dijo al fin—. Han sido mis propias emociones las que lo han hecho. No he podido evitarlo. Cuando estoy cerca de usted, ¿cómo podría evitarlo? No le dé importancia, no se preocupe, se lo ruego. Ya ve usted que me voy cuando me

lo ordena. Si desea que no vuelva, así lo haré. Si me permite volver, yo... ¡oh! ¿me permitirá volver?

Le lanzó una mirada suplicante a la que ella no respondió. Los modales de Alcée Arobin eran tan genuinos que a menudo le engañaban hasta a él mismo.

A Edna no le importaba ni se planteaba si eran genuinos o no. Cuando se quedó sola, miró maquinalmente el dorso de su mano que él había besado con tanto ardor. Luego apoyó la cabeza en la repisa de la chimenea. Se sentía un tanto como una mujer que en un momento de pasión es traicionada hasta cometer un acto de infidelidad, y comprende el significado del acto sin haber despertado del todo de su fascinación. El pensamiento cruzaba vagamente por su mente: «¿Qué pensará él?».

No se refería a su marido; pensaba en Robert Lebrun. Su marido le parecía ahora una persona con la que se había casado sin amor, sirviéndole este de excusa.

Encendió una vela y subió a su habitación. Alcée Arobin no significaba absolutamente nada para ella. Sin embargo, su presencia, sus modales, el calor de sus miradas y, sobre todo, el contacto de sus labios en su mano habían actuado sobre ella como un narcótico.

Durmió un sueño lánguido, entretejido con sueños que se desvanecían.

CAPÍTULO XXVI

Alcée Arobin le escribió a Edna una elaborada nota de disculpa, palpitante de sinceridad. La desconcertó; porque en un momento más frío y tranquilo le pareció absurdo haber tomado su acción tan en serio, tan dramáticamente. Estaba convencida de que la importancia de todo el incidente había residido en su propia susceptibilidad. Si ignoraba su nota, daría una relevancia excesiva a un asunto sin trascendencia. Si respondía con seriedad, dejaría en él la impresión de que en un momento vulnerable había cedido a su influencia. Después de todo, que a una le besaran la mano no era cosa mayor. Le molestaba que hubiese escrito la disculpa. Respondió con el tono más ligero y desenfadado que le pareció merecer, y le dijo que con mucho gusto le recibiría en su casa mientras trabajaba, siempre que le viniera en gana y sus asuntos se lo permitiesen.

Él respondió de inmediato presentándose en su casa con todo su desarmante candor. Y a partir de entonces apenas pasó un día en que ella no le viera o no se acordara de él. Era prolífico en pretextos. Su actitud se fue convirtiendo en una de jovial deferencia y tácita adoración. Estaba dispuesto en todo momento a someterse a sus estados de ánimo, que con tanta frecuencia eran amables como fríos. Ella se fue acostumbrando a él. Se hicieron íntimos y amigos por grados imperceptibles, y luego a saltos. A veces él hablaba de una manera que al principio la asombraba y le encendía el rubor en el rostro; de una manera que al final le agradaba, apelando al animalismo que se agitaba con impaciencia en su interior.

Nada aplacaba tanto el tumulto de los sentidos de Edna como una visita a Mademoiselle Reisz. Era entonces, en presencia de aquella personalidad que le resultaba antipática, cuando la mujer, por medio de su arte divino, parecía alcanzar el espíritu de Edna y liberarlo.

Era un día brumoso, con una atmósfera pesada y amenazante, cuando Edna subió las escaleras hasta el piso de la pianista bajo el tejado. La ropa le chorreaba de humedad. Sentía frío y tenía los dedos ateridos al entrar en la habitación. Mademoiselle atizaba una estufa herrumbrosa que echaba un poco de humo y calentaba la estancia a medias. Intentaba calentar una olla de chocolate sobre la estufa. La habitación le pareció a Edna al entrar lúgubre y desangelada. Un busto de Beethoven, cubierto con una capita de polvo, la miraba ceñudo desde la repisa de la chimenea.

— ¡Ah! ¡Aquí viene la luz del sol! — exclamó Mademoiselle, levantándose de rodillas junto a la estufa—. Ahora estará todo lo cálido y luminoso que hace falta; puedo dejar el fuego en paz.

Cerró la puerta de la estufa de un golpe y, acercándose, ayudó a Edna a quitarse el impermeable chorreante.

— Tiene usted frío; tiene usted un aspecto lamentable. El chocolate estará caliente enseguida. Pero, ¿preferiría un poco de coñac? Apenas he tocado la botella que usted me trajo para el resfriado. — Un trozo de franela roja envolvía la garganta de Mademoiselle; la tortícolis la obligaba a inclinar la cabeza a un lado.

— Tomaré un poco de coñac — dijo Edna, tiritando mientras se quitaba los guantes y los chanclos. Bebió el licor del vaso como lo habría hecho un hombre. Luego se dejó caer sobre el incómodo sofá y dijo—: Mademoiselle, voy a mudarme de mi casa de la calle Esplanade.

— ¡Ah! — exclamó la música, sin sorpresa ni especial interés. Nada parecía asombrarla demasiado. Intentaba ajustarse el ramillete de violetas que se le había soltado de la horquilla que lo sujetaba al pelo. Edna la atrajo hacia el sofá, y tomando un alfiler de su propio cabello, fijó las deshilachadas flores artificiales en su lugar habitual.

— ¿No le asombra a usted?

— Pasablemente. ¿A dónde va usted? ¿A Nueva York? ¿A Iberville? ¿Con su padre en Misisipi? ¿A dónde?

— A dos pasos de aquí — rió Edna—, a una casita de cuatro habitaciones a la vuelta de la esquina. Cada vez que paso por delante me parece tan acogedora, tan tentadora y apacible; y está en alquiler. Estoy cansada de ocuparme de esa casa grande. De todas formas nunca me pareció mía, nunca

me pareció un hogar. Da demasiado trabajo. Tengo que mantener demasiados criados. Estoy cansada de lidiar con ellos.

—Ese no es su verdadero motivo, *ma belle*. De nada sirve contarme mentiras. No sé cuál es su motivo, pero no me ha dicho usted la verdad. —Edna no protestó ni intentó justificarse.

—La casa, el dinero que la sostiene, no son míos. ¿No es eso razón suficiente?

—Son de su marido —respondió Mademoiselle, encogiéndose de hombros con una maliciosa elevación de las cejas.

—¡Oh! Ya veo que no hay modo de engañarla. Pues déjeme decirle: es un capricho. Tengo un pequeño dinero propio de la herencia de mi madre, que mi padre me envía a cuentagotas. Gané una suma considerable este invierno en las carreras, y estoy empezando a vender mis bocetos. Laidpore está cada vez más contento con mi trabajo; dice que gana en fuerza e individualidad. Yo misma no puedo juzgarlo, pero siento que he ganado en soltura y en confianza. En cualquier caso, como decía, he vendido bastantes a través de Laidpore. Puedo vivir en la casita con muy poco o casi nada, con una sola criada. La vieja Celestine, que trabaja para mí de vez en cuando, dice que vendrá a quedarse conmigo y a atenderme. Sé que me gustará, que me gustará esa sensación de libertad e independencia.

—¿Qué dice su marido?

—Aún no se lo he dicho. Solo lo he pensado esta mañana. Sin duda creerá que he perdido el juicio. Quizá usted también lo crea.

Mademoiselle sacudió la cabeza lentamente.

—Su motivo no me resulta todavía claro —dijo.

Tampoco le resultaba del todo claro a la propia Edna; pero se fue revelando mientras permanecía sentada en silencio un rato. El instinto la había impulsado a rechazar la generosidad de su marido al desprenderse de su obediencia. No sabía cómo sería cuando él regresara. Habría que llegar a un entendimiento, a una explicación. Las circunstancias se ajustarían de un modo u otro, sentía; pero pasara lo que pasase, había resuelto no volver a pertenecer jamás a otro que no fuera ella misma.

—¡Daré una gran cena antes de dejar la vieja casa! —exclamó Edna—. Tendrá usted que venir, Mademoiselle. Le daré todo lo que le gusta comer y beber. Cantaremos y reiremos y nos divertiremos por una vez. —Y exhaló un suspiro que venía de lo más hondo de su ser.

Si Mademoiselle había recibido alguna carta de Robert entre las visitas de Edna, se la entregaba sin que ella la pidiera. Y luego se sentaba al piano y tocaba según su humor mientras la joven leía la carta.

La pequeña estufa rugía; estaba al rojo vivo, y el chocolate en la lata chisporroteaba y borboteaba. Edna se acercó y abrió la puerta de la estufa, y Mademoiselle, levantándose, sacó una carta de debajo del busto de Beethoven y se la tendió.

—¡Otra! ¡Tan pronto! —exclamó ella, con los ojos llenos de alegría—. Dígame, Mademoiselle, ¿sabe él que veo sus cartas?

—¡En absoluto! Se enfadaría y no volvería a escribirme si lo supiera. ¿Le escribe a usted? Ni una línea. ¿Le manda recados? Ni una palabra. Es porque la quiere a usted, pobre tonto, y está intentando olvidarla, ya que usted no está libre para escucharle ni para pertenecerle.

—¿Por qué me muestra entonces sus cartas?

—¿No las ha pedido usted? ¿Puedo negarle yo algo? ¡Oh! No puede usted engañarme. —Y Mademoiselle se acercó a su amado instrumento y empezó a tocar. Edna no leyó la carta de inmediato. Permaneció sentada sujetándola en la mano, mientras la música le penetraba todo el ser como un fulgor, calentando e iluminando los lugares oscuros de su alma. La preparaba para la alegría y el júbilo.

—¡Oh! —exclamó, dejando caer la carta al suelo—. ¿Por qué no me lo dijo? —Fue a cogerle a Mademoiselle las manos para apartarlas de las teclas—. ¡Oh! ¡Cruel! ¡Maliciosa! ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Que volvía? No es gran noticia, *ma foi*. Me extraña que no haya vuelto mucho antes.

—Pero ¿cuándo, cuándo? —exclamó Edna, impaciente—. No dice cuándo.

—Dice «muy pronto». Usted sabe tanto como yo; todo está en la carta.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué viene? Oh, si yo pensara... —Y recogió la carta del suelo y pasó las páginas una y otra vez, buscando el motivo, que no había sido expresado.

—Si yo fuera joven y estuviera enamorada de un hombre —dijo Mademoiselle, girándose en el taburete y apretándose las manos fibrosas entre las rodillas mientras miraba a Edna, que estaba sentada en el suelo sosteniendo la carta—, me parece que tendría que ser un *grand esprit*; un hombre de nobles aspiraciones y con la capacidad de alcanzarlas; alguien que estuviera lo bastante alto para atraer la atención de sus semejantes. Me parece que si fuera joven y estuviera enamorada, jamás consideraría a un hombre de calibre ordinario digno de mi devoción.

—Ahora es usted quien dice mentiras y trata de engañarme, Mademoiselle; o bien nunca ha estado enamorada y no sabe nada de eso. ¿Por qué —siguió Edna, abrazándose las rodillas y mirando hacia arriba el rostro deformado de Mademoiselle—, cree usted que una mujer sabe por qué ama? ¿Acaso elige? ¿Acaso se dice a sí misma: «¡Vamos! Aquí hay un distinguido estadista con posibilidades presidenciales; procederé a enamorarme de él»? ¿O bien: «Fijaré mi corazón en este músico cuya fama está en boca de todos»? ¿O: «Este financiero, que controla los mercados monetarios del mundo»?

—Me malinterpreta usted adrede, *ma reine*. ¿Está usted enamorada de Robert?

—Sí —dijo Edna. Era la primera vez que lo admitía, y un rubor le invadió el rostro, cubriéndolo de manchas rojas.

—¿Por qué? —preguntó su compañera—. ¿Por qué le quiere usted cuando no debería?

Edna, con uno o dos movimientos, se arrastró de rodillas hasta Mademoiselle Reisz, que tomó entre sus dos manos el rostro encendido.

—¿Por qué? Porque tiene el pelo castaño y le nace separándose de las sienes; porque abre y cierra los ojos, y la nariz le queda un poco torcida; porque tiene dos labios y una barbilla cuadrada, y un dedo meñique que no puede estirar de tanto jugar al béisbol con demasiado ardor en su juventud. Porque...

—Porque sí, en resumidas cuentas —se rió Mademoiselle—. ¿Qué hará usted cuando regrese? —preguntó.

—¿Hacer? Nada, excepto alegrarme y sentirme feliz de estar viva.

Ya se alegraba y se sentía feliz de estar viva con tan solo pensar en su regreso. El cielo turbio y amenazante, que la había deprimido unas horas antes, le parecía ahora vigorizante y estimulante mientras chapoteaba por las calles camino de casa.

Se detuvo en una confitería y encargó una enorme caja de bombones para los niños en Iberville. Deslizó una tarjeta dentro de la caja, en la que garabateó un tierno mensaje y mandó una abundancia de besos.

Antes de cenar aquella tarde, Edna escribió una encantadora carta a su marido, comunicándole su intención de trasladarse una temporada a la casita de la vuelta de la manzana, y de dar una cena de despedida antes de marcharse, lamentando que él no estuviera allí para compartirla, para ayudar a elaborar el menú y asistirle en el entretenimiento de los invitados. Su carta era brillante y rebosaba de alegría.

CAPÍTULO XXVII

—¿Qué le ocurre a usted esta noche? —preguntó Arobin aquella velada—. Nunca la había encontrado con tan buen humor. —Edna estaba cansada a esas horas y descansaba recostada en el diván frente al fuego.

—¿No sabe usted que el profeta del tiempo nos ha anunciado que pronto veremos el sol?

—Bueno, eso ya es razón más que suficiente —convino él—. No me daría usted otra aunque me pasara aquí toda la noche suplicándoselo. —Se sentó junto a ella en un bajo taburete y, mientras hablaba, sus dedos rozaron con suavidad el cabello que caía un poco sobre la frente de Edna. A ella le gustó el tacto de sus dedos entre el pelo y cerró los ojos con delicadeza.

—Algún día de estos —dijo ella— voy a recomponerme un rato para pensar; para intentar determinar qué clase de mujer soy, porque, sinceramente, no lo sé. A tenor de todos los códigos de mi conocimiento, soy un espécimen del sexo diabólicamente perverso. Pero de algún modo no consigo convencerme de ello. Tengo que reflexionar sobre esto.

—No lo haga. ¿Para qué? ¿Por qué va a molestarse en pensarlo cuando puedo decirle yo qué clase de mujer es usted? —Sus dedos se deslizaban de vez en cuando hasta las mejillas cálidas y tersas de Edna y la barbilla firme, que empezaba a redondearse un poco y a hacer papada.

—¡Oh, sí! Me dirá usted que soy adorable, lo más cautivador del mundo. Ahórrese el esfuerzo.

—No; no le diré nada de eso, aunque no estaría mintiendo si lo dijera.

—¿Conoce usted a Mademoiselle Reisz? —preguntó ella sin venir a cuento.

—¿La pianista? La conozco de vista. La he oído tocar.

—A veces dice cosas extrañas en tono burlón, cosas que en el momento no se advierten pero en las que uno se descubre pensando después.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, por ejemplo, cuando me despedí de ella hoy, me rodeó con los brazos y me palpó los omóplatos para ver si mis alas eran fuertes, dijo. «El pájaro que aspire a remontar el vuelo por encima de la llanura de la tradición y los prejuicios necesita alas robustas. Es un espectáculo triste ver a los débiles magullados, exhaustos, revoloteando de regreso a la tierra.»

—¿Y adónde aspiraría usted a volar?

—No pienso en ningún vuelo extraordinario. Solo la comprendo a medias.

—He oído decir que está algo perturbada —dijo Arobin.

—A mí me parece de una cordura admirable —respondió Edna.

—Me han dicho que es sumamente desagradable y antipática. ¿Por qué me la ha traído a colación en un momento en que yo deseaba hablar de usted?

—¡Oh! Hable de mí si quiere —exclamó Edna, entrelazando los dedos bajo la cabeza—, pero déjeme pensar en otra cosa mientras tanto.

—Esta noche tengo celos de sus pensamientos. La están poniendo un poco más amable de lo habitual; pero de algún modo siento que andan divagando, que no están aquí conmigo. —Ella se limitó a mirarlo y a sonreír. Los ojos de él estaban muy cerca. Se recostó en el diván con un brazo extendido sobre ella, mientras la otra mano seguía apoyada en su cabello. Continuaron mirándose en silencio. Cuando él se inclinó y la besó, ella le tomó la cabeza entre las manos, reteniendo sus labios contra los de él.

Fue el primer beso de su vida al que su naturaleza había respondido de verdad. Fue una antorcha encendida que prendió el deseo.

CAPÍTULO XXVIII

Edna lloró un poco aquella noche después de que Arobin se marchara. Era tan solo una faceta de las múltiples emociones que la habían asaltado. Había en ella una aplastante sensación de irresponsabilidad. Había el impacto de lo inesperado y lo desacostumbrado. Había el reproche de su marido, que la observaba desde las cosas externas que la rodeaban y que él había procurado para su existencia exterior. Había el reproche de Robert, que se hacía sentir en forma de un amor más vivo, más feroz y más arrollador, el que había despertado en ella hacia él. Por encima de todo, había comprensión. Sentía como si una neblina se hubiera disipado ante sus ojos, permitiéndole contemplar y comprender el significado de la vida, ese monstruo hecho de belleza y brutalidad. Pero entre las sensaciones en conflicto que la asaltaban, no había ni vergüenza ni remordimiento. Solo un sordo pinchazo de pesar, porque no había sido el beso del amor lo que la había inflamado, porque no era el amor lo que había acercado esa copa de vida a sus labios.

CAPÍTULO XXIX

Sin esperar siquiera respuesta de su marido sobre su opinión o sus deseos en el asunto, Edna apresuró los preparativos para dejar su casa de la calle Esplanade y mudarse a la casita que había a la vuelta de la esquina. Una ansiedad febril acompañaba cada uno de sus actos en esa dirección. No hubo un momento de reflexión, ningún intervalo de reposo entre el pensamiento y su ejecución. A primera hora de la mañana siguiente a aquellas horas transcurridas en compañía de Arobin, Edna se puso a asegurar su nueva morada y a apresurar los preparativos para instalarse en ella. Dentro de los muros de su antigua casa se sentía como alguien que ha entrado y se ha demorado en el pórtico de algún templo prohibido en el que mil voces amortiguadas le instaban a marcharse.

Todo cuanto era suyo en la casa, todo lo que había adquirido al margen de la generosidad de su marido, lo hizo trasladar a la otra, y suplió las carencias más simples y modestas con sus propios recursos.

Arobin la encontró con las mangas remangadas, trabajando en compañía de la doncella cuando pasó por allí aquella tarde. Tenía una presencia espléndida y robusta, y nunca había estado más guapa que con aquel viejo vestido azul y un pañuelo de seda roja anudado al azar en la cabeza para proteger el pelo del polvo. Estaba subida a una escalera alta, descolgando un cuadro de la pared cuando él entró. Había encontrado la puerta de entrada abierta y había seguido a su llamada entrando sin ceremonias.

—¡Baje de ahí! —dijo él—. ¿Quiere matarse? —Ella lo saludó con una despreocupación fingida y pareció absorta en su tarea.

Si él había esperado encontrarla languideciendo, llena de reproches o entregada a lágrimas sentimentales, debió de llevarse una gran sorpresa.

Sin duda estaba preparado para cualquier eventualidad, dispuesto para cualquiera de esas actitudes, del mismo modo que se plegaba con facilidad y naturalidad a la situación que se le presentaba.

—Por favor, baje —insistió él, sujetando la escalera y mirándola desde abajo.

—No —respondió ella—. Ellen tiene miedo de subir. Joe está trabajando en el palomar —así lo llama Ellen, porque es muy pequeño y parece un palomar— y alguien tiene que hacer esto.

Arobin se quitó la chaqueta y se declaró dispuesto y deseoso de tentar la suerte en su lugar. Ellen le trajo una de sus cofias para el polvo y se deshizo en contorsiones de risa que le resultó imposible contener cuando lo vio ponerse ante el espejo con la mayor extravagancia posible. La propia Edna no pudo reprimir una sonrisa al abrochársela a petición de él. De modo que fue él quien subió a la escalera, descolgando cuadros y cortinas y quitando adornos según le indicaba Edna. Cuando terminó, se quitó la cofia y salió a lavarse las manos.

Edna estaba sentada en el taburete, pasando distraídamente las puntas de un plumero por la alfombra cuando él volvió a entrar.

—¿Hay algo más que me permita hacer? —preguntó.

—Con eso es suficiente —respondió ella—. Ellen puede encargarse del resto. —Mantuvo a la joven ocupada en el salón, sin querer quedarse a solas con Arobin.

—¿Y la cena? —preguntó él—. El gran acontecimiento, el *coup d'état*.

—Será pasado mañana. ¿Por qué lo llama usted el «*coup d'état*»? ¡Oh! Será algo magnífico: lo mejor de todo lo mío, cristal, plata y oro, porcelana de Sèvres, flores, música y champán a raudales. Dejaré que Léonce pague las facturas. Me pregunto qué dirá cuando las vea.

—¿Y me pregunta por qué lo llamo *coup d'état*? —Arobin se había puesto la chaqueta y estaba de pie ante ella preguntándole si la corbata le quedaba derecha. Ella le dijo que sí, sin levantar la vista más allá de la punta de su cuello.

—¿Cuándo se va usted al palomar? —con los debidos respetos a Ellen.

—Pasado mañana, después de la cena. Dormiré allí.

—Ellen, ¿me haría el favor de traerme un vaso de agua? —pidió Arobin—. El polvo de las cortinas, si me permite que lo mencione, me ha dejado la garganta seca como la yesca.

—Mientras Ellen trae el agua —dijo Edna, levantándose—, me despediré de usted y le dejaré marcharse. Tengo que quitarme esta suciedad de encima, y tengo un millón de cosas que hacer y en qué pensar.

—¿Cuándo la veré? —preguntó Arobin, intentando retenerla, pues la doncella había salido de la habitación.

—En la cena, por supuesto. Está usted invitado.

—¿No antes? ¿Esta noche, ni mañana por la mañana, ni mañana al mediodía ni por la noche? ¿Ni el día siguiente por la mañana ni al mediodía? ¿Es que no ve usted por sí mismo, sin que yo se lo diga, lo que es una eternidad semejante?

Él la había seguido hasta el vestíbulo y hasta el pie de la escalera, mirándola desde abajo mientras ella subía con el rostro medio vuelto hacia él.

—Ni un solo instante antes —dijo ella. Pero sonrió y lo miró con unos ojos que a la vez le daban valor para esperar y hacían que esperar fuera un tormento.

CAPÍTULO XXX

Aunque Edna había hablado de la cena como de algo muy suntuoso, era en verdad un acontecimiento muy íntimo y muy selecto, dado que los invitados eran pocos y habían sido escogidos con criterio. Había contado con una docena exacta sentada alrededor de su mesa redonda de caoba, olvidando por un momento que Madame Ratignolle estaba en el último grado *souffrante* y no se encontraba presentable, y sin prever que Madame Lebrun enviaría mil disculpas a última hora. Así que al final solo eran diez, lo cual formaba un número íntimo y cómodo.

Estaban el señor y la señora Merriman —ella, una mujercita encantadora y llena de vida que rondaba los treinta—; su marido, un tipo jovial, de escasas luces, que reía mucho con los chistes ajenos y con ello se había granjeado una enorme popularidad. Mrs. Highcamp los había acompañado. Por supuesto, estaba Alcée Arobin; y Mademoiselle Reisz había consentido en venir. Edna le había enviado un ramo fresco de violetas con adornos de encaje negro para el cabello. Monsieur Ratignolle llegó él solo con las excusas de su esposa. Victor Lebrun, que se encontraba por casualidad en la ciudad en busca de diversión, había aceptado con entusiasmo. Había una tal señorita Mayblunt, ya entrada en la veintena, que contemplaba el mundo a través de sus impertinentes con el mayor interés. Se pensaba y se decía que era intelectual; se sospechaba de ella que escribía bajo un *nom de guerre*. Había venido acompañada de un caballero llamado Gouvernail, vinculado a uno de los periódicos diarios, de quien nada especial podía decirse, salvo que era observador y parecía tranquilo e inofensivo. La propia Edna hacía la décima, y a las ocho y media se sentaron a la mesa, con Arobin y Monsieur Ratignolle a cada lado de la anfitriona.

Mrs. Highcamp quedó entre Arobin y Victor Lebrun. A continuación venían Mrs. Merriman, el señor Gouvernail, Miss Mayblunt, el señor Merri-
man y Mademoiselle Reisz junto a Monsieur Ratignolle.

Había algo extraordinariamente espléndido en el aspecto de la mesa: un efecto de magnificencia transmitido por un mantel de raso amarillo pálido bajo tiras de encaje. Ardían velas de cera en masivos candelabros de latón, con una llama suave bajo pantallas de seda amarilla; abundaban rosas plenas y fragantes, amarillas y rojas. Había plata y oro, como ella había prometido, y cristal que destellaba como las gemas que lucían las mujeres.

Las rígidas sillas de comedor habituales habían sido descartadas para la ocasión y sustituidas por las más amplias y lujosas que se pudieron reunir en toda la casa. Mademoiselle Reisz, siendo extraordinariamente menuda, fue elevada sobre cojines, del mismo modo que a los niños pequeños se los encarama a veces a la mesa sobre gruesos volúmenes.

—¿Es nuevo, Edna? —exclamó Miss Mayblunt, dirigiendo sus impertinentes hacia un magnífico racimo de diamantes que destellaban, que casi chisporroteaban, en el cabello de Edna, justo encima del centro de la frente.

—Totalmente nuevo; recién estrenado, en realidad; un regalo de mi marido. Llegó esta mañana desde Nueva York. Bien puedo confesar que hoy es mi cumpleaños y que tengo veintinueve años. A su debido tiempo espero que brinden por mi salud. Mientras tanto, les pido que empiecen con este cóctel, compuesto —¿diría usted «compuesto»? —con una mirada de apelación a Miss Mayblunt— compuesto por mi padre en honor de la boda de mi hermana Janet.

Ante cada invitado reposaba una copita que brillaba y destellaba como una gema de granate.

—Entonces, bien mirado —intervino Arobin—, quizás no estuviera de más empezar brindando por la salud del Coronel con el cóctel que él mismo compuso, en el cumpleaños de la más encantadora de las mujeres: la hija que él inventó.

La carcajada del señor Merriman ante esta ocurrencia fue tan genuina y tan contagiosa que imprimió a la cena un ritmo agradable que ya no decayó.

Miss Mayblunt suplicó que la dejaran conservar su cóctel intacto delante de ella, para mirarlo nada más. ¡El color era maravilloso! No lo podía com-

parar con nada de cuanto había visto, y los reflejos granate que emitía eran de una rareza indescriptible. Declaró al Coronel un artista, y no hubo quien la convenciera de lo contrario.

Monsieur Ratignolle estaba dispuesto a tomarse las cosas en serio: los *mets*, los *entre-mets*, el servicio, la decoración, incluso las personas. Levantó la vista de su pámpano y le preguntó a Arobin si era pariente del caballero de ese mismo apellido que formaba parte del bufete Laitner y Arobin, abogados. El joven admitió que Laitner era un íntimo amigo personal que le permitía a Arobin decorar el membrete del bufete con su nombre y aparecer en la placa que lucía en la calle Perdido.

—Son tantas las personas e instituciones curiosas que abundan —dijo Arobin—, que uno se ve realmente obligado, por pura conveniencia, a adoptar en estos tiempos la apariencia de una ocupación aunque no la tenga. —Monsieur Ratignolle lo miró un tanto desconcertado y se volvió para preguntarle a Mademoiselle Reisz si los conciertos de la sinfónica estaban a la altura del nivel del invierno anterior. Mademoiselle Reisz respondió a Monsieur Ratignolle en francés, lo que a Edna le pareció algo descortés dadas las circunstancias, aunque muy típico de ella. Mademoiselle solo tenía cosas desagradables que decir de los conciertos sinfónicos e insultos para todos los músicos de Nueva Orleans, individualmente y en conjunto. Todo su interés parecía concentrado en los manjares servidos ante ella.

El señor Merriman dijo que el comentario del señor Arobin sobre la gente curiosa le recordaba a un hombre de Waco con quien se había cruzado el otro día en el hotel St. Charles; pero como los cuentos del señor Merriman siempre eran tediosos y carecían de gracia, su esposa rara vez le permitía terminarlos. Ella le interrumpió para preguntarle si recordaba el nombre del autor cuyo libro había comprado la semana anterior para enviárselo a una amiga en Ginebra. Estaba conversando sobre «libros» con el señor Gouvernail e intentando sacarle su opinión sobre los temas literarios de actualidad. Su marido le contó en privado la historia del hombre de Waco a Miss Mayblunt, quien fingió divertirse enormemente y considerarla de lo más ingeniosa.

Mrs. Highcamp pendía con lánguido pero sincero interés de la cálida e impetuosa verborrea de su vecino de la izquierda, Victor Lebrun. Su atención no se apartó de él ni un solo instante desde que tomó asiento en la

mesa; y cuando él se volvió hacia Mrs. Merriman, que era más guapa y más vivaz que Mrs. Highcamp, ella esperó con tranquila indiferencia la oportunidad de recuperar su atención. Se oía de vez en cuando el sonido de la música, de las mandolinas, suficientemente alejado para ser un acompañamiento agradable y no una interrupción a la conversación. Desde fuera llegaba el suave y monótono murmullo de una fuente; el sonido penetraba en la sala junto con el intenso aroma del jazmín que entraba por las ventanas abiertas.

El resplandor dorado del vestido de raso de Edna se extendía en pliegues suntuosos a cada lado de ella. Un suave caído de encaje le rodeaba los hombros. Era del color de su piel, sin el brillo, sin los innumerables matices vivos que a veces se descubren en la carne vibrante. Había algo en su actitud, en todo su porte cuando recostaba la cabeza contra el respaldo alto de la silla y extendía los brazos, que evocaba a la mujer regia, a la que reina, a la que observa, a la que está sola.

Pero mientras permanecía sentada entre sus invitados, sintió cómo el viejo *ennui* la invadía; la desesperanza que tan a menudo la asaltaba, que se abatía sobre ella como una obsesión, como algo ajeno, independiente de su voluntad. Era algo que se anunciaba: un soplo frío que parecía surgir de alguna vasta caverna en la que aguardaban las disonancias. Se apoderó de ella el ansia aguda que siempre convocaba ante su visión espiritual la presencia del ser amado, abrumándola de pronto con la sensación de lo inalcanzable.

Los momentos se deslizaban mientras una sensación de camaradería circulaba entre los comensales como un cordón místico, anudando y uniendo a aquellas personas entre sí mediante el ingenio y la risa. Monsieur Ratignolle fue el primero en romper el agradable encanto. A las diez se excusó. Madame Ratignolle le esperaba en casa. Estaba *bien souffrante* y la embargaba un vago temor que solo la presencia de su marido podía aplacar.

Mademoiselle Reisz se levantó con Monsieur Ratignolle, que se ofreció a acompañarla hasta el tranvía. Había comido bien; había probado los buenos y generosos vinos, y debían de habérsele subido un poco a la cabeza, pues se despidió con una reverencia amable de todos al retirarse de la mesa. Le dio un beso a Edna en el hombro y le susurró: «*Bonne nuit, ma reine; soyez sage.*» Al levantarse, o más bien al descender de sus cojines, estaba un tanto aturdida, y Monsieur Ratignolle le ofreció galantemente el brazo y se la llevó.

Mrs. Highcamp estaba tejiendo una guirnalda de rosas, amarillas y rojas. Cuando la terminó, la posó con suavidad sobre los rizos negros de Victor. Él estaba recostado bien al fondo del lujoso sillón, sosteniendo una copa de champán a contraluz.

Como si la varita de un mago lo hubiera tocado, la guirnalda de rosas lo transformó en una visión de belleza oriental. Sus mejillas eran del color de la uva prensada y sus ojos oscuros ardían con un fuego lánguido.

— ¡*Sapristi!* — exclamó Arobin.

Pero Mrs. Highcamp tenía aún un último toque que añadir al cuadro. Del respaldo de su silla tomó un pañolón de seda blanca con el que se había cubierto los hombros a principios de la velada. Lo drapó sobre el muchacho en pliegues elegantes, de manera que ocultara su traje de etiqueta negro y convencional. No parecía importarle lo que ella le hacía; solo sonrió, mostrando un leve destello de dientes blancos, mientras seguía contemplando con los ojos entornados la luz a través de su copa de champán.

— ¡Oh! ¡Poder pintar con colores en vez de con palabras! — exclamó Miss Mayblunt, perdiéndose en un arrobamiento mientras lo miraba.

«Había una imagen labrada del Deseo pintada con sangre roja sobre un fondo de oro.»

murmuró Gouvernail en voz baja.

El efecto del vino sobre Victor fue transformar su habitual verborrea en silencio. Parecía haberse abandonado a un ensueño y ver visiones placenteras en el fulgor ámbar de la copa.

— Cante — suplicó Mrs. Highcamp —. ¿No quiere cantarnos algo?

— Déjenle en paz — dijo Arobin.

— Está posando — intervino el señor Merriman —; déjenle que lo lleve hasta el final.

— Creo que está paralizado — rió Mrs. Merriman. Y, inclinándose sobre la silla del joven, le quitó la copa de la mano y se la acercó a los labios. Él bebió el vino despacio, y cuando apuró la copa ella la depositó en la mesa y le limpió los labios con su delicado pañuelito.

—Sí, cantaré para ustedes —dijo, girándose en la silla hacia Mrs. Highcamp. Entrelazó los dedos detrás de la cabeza y, mirando al techo, empezó a tararear un poco, templando la voz como un músico afina un instrumento. Luego, mirando a Edna, se puso a cantar:

—*Ah! si tu savais!*

—¡Pare! —exclamó ella—. No cante eso. No quiero que lo cante. —Y dejó la copa sobre la mesa con tal ímpetu y tan a ciegas que la hizo añicos contra una garrafa. El vino se derramó sobre las piernas de Arobin y parte de él fue a caer sobre el vestido de gasa negra de Mrs. Highcamp. Victor había perdido todo sentido de la cortesía, o quizás creyó que su anfitriona no hablaba en serio, pues se rió y prosiguió:

—*Ah! si tu savais Ce que tes yeux me disent...*

—¡Oh! ¡No debe! ¡No debe! —exclamó Edna, y empujando su silla hacia atrás se levantó, y acercándose a él por detrás le puso la mano en la boca. Él besó la suave palma que se apretaba contra sus labios.

—No, no lo haré, señora Pontellier. No sabía que lo decía en serio —dijo, mirándola desde abajo con ojos de ternura. El roce de sus labios fue para su mano como un agradable hormigueo. Levantó la guirnalda de rosas de su cabeza y la lanzó al otro extremo de la sala.

—Vamos, Victor; ya ha posado suficiente. Devuélvale el pañolón a Mrs. Highcamp.

Mrs. Highcamp le quitó ella misma el pañolón. Miss Mayblunt y el señor Gouvernail se dieron cuenta de repente de que era hora de despedirse. Y los señores Merriman se preguntaron cómo podía ser tan tarde.

Antes de despedirse de Victor, Mrs. Highcamp lo invitó a visitar a su hija, que sabía quedaría encantada de conocerle y de hablar en francés y cantar canciones francesas con él. Victor expresó su deseo e intención de visitar a Miss Highcamp en la primera oportunidad que se le presentara. Le preguntó a Arobin si iba en su misma dirección. Arobin no iba.

Los músicos de mandolina hacía ya rato que se habían ido. Un silencio profundo había caído sobre la ancha y hermosa calle. Las voces de los invitados de Edna al dispersarse sonaron como una nota disonante en la serena armonía de la noche.

CAPÍTULO XXXI

—¿Y bien? —preguntó Arobin, que se había quedado con Edna después de que los demás se marcharan.

—Y bien —repitió ella, y se puso de pie, estirando los brazos y sintiendo la necesidad de relajar los músculos tras haber permanecido tanto tiempo sentada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él.

—Los criados se han marchado todos. Se fueron cuando lo hicieron los músicos. Los he despedido. Hay que cerrar y echar la llave a la casa, y yo me iré al palomar. Por la mañana mandaré a Celestine para que lo ponga todo en orden.

Él miró a su alrededor y empezó a apagar algunas luces.

—¿Y lo de arriba? —preguntó.

—Creo que está todo bien; pero puede que haya alguna ventana sin cerrar del todo. Será mejor que miremos; suba usted con una vela a ver. Y traígame la capa y el sombrero que están a los pies de la cama en la habitación del centro.

Él subió con la luz, y Edna empezó a cerrar puertas y ventanas. Le disgustaba encerrar el humo y el vaho del vino. Arobin encontró la capa y el sombrero de Edna, los bajó y la ayudó a ponérselos.

Cuando todo quedó asegurado y las luces apagadas, salieron por la puerta delantera; Arobin la cerró con llave y guardó la llave para Edna. La ayudó a bajar los escalones.

—¿Quiere un ramito de jazmín? —preguntó, arrancando unas cuantas flores al pasar.

—No; no quiero nada.

Parecía abatida y no tenía nada que decir. Tomó el brazo que él le ofreció, sosteniendo con la otra mano el peso de la cola de su vestido de raso. Miraba hacia abajo y veía la línea negra de la pierna de él moviéndose muy cerca de ella, entrando y saliendo junto al destello dorado de su vestido. En algún lugar se oyó el silbato de un tren lejano, y las campanas de medianoche empezaron a doblar. No se cruzaron con nadie en el breve trayecto.

El palomar estaba detrás de una verja con cerrojo y un pequeño *parterre* algo descuidado. Había un pequeño porche delantero al que daban una larga ventana y la puerta principal. La puerta abría directamente al salón; no había entrada lateral. Al fondo del patio había una habitación para el servicio, donde la vieja Celestine estaba instalada.

Edna había dejado una lámpara encendida a poca luz sobre la mesa. Había conseguido que la habitación tuviera un aspecto habitable y hogareño. Había algunos libros sobre la mesa y un diván a mano. En el suelo había una estera nueva, cubierta con una o dos alfombras; y en las paredes colgaban algunos cuadros de buen gusto. Pero la habitación estaba llena de flores. Estas habían sido una sorpresa para ella. Las había enviado Arobin y había encargado a Celestine que las distribuyera durante la ausencia de Edna. El dormitorio estaba contiguo, y al otro lado de un pequeño pasillo se encontraban el comedor y la cocina.

Edna se sentó con todos los indicios de estar incómoda.

—¿Está usted cansada? —preguntó él.

—Sí, y tengo frío y me siento desdichada. Es como si me hubieran dado cuerda hasta cierto punto —demasiado— y algo por dentro se hubiera partido. —Recostó la cabeza sobre la mesa, apoyada en el brazo desnudo.

—Necesita descansar —dijo él— y estar tranquila. Me voy; la dejo descansar.

—Sí —respondió ella.

Él se puso de pie a su lado y le pasó la mano suave y magnética por el cabello. Aquel contacto le transmitía cierto consuelo físico. Podría haberse

quedado dormida allí mismo si él hubiera seguido acariciándole el pelo. Él le pasó la mano hacia arriba desde la nuca.

—Espero que mañana se sienta mejor y más contenta —dijo—. Ha intentado hacer demasiado en estos últimos días. La cena ha sido la gota que colmó el vaso; bien podría haberse evitado.

—Sí —admitió ella—, ha sido una tontería.

—No, ha sido deliciosa; pero la ha agotado. —Su mano se había deslizado hasta los hermosos hombros de ella, y podía sentir cómo la carne de Edna respondía a su contacto. Se sentó a su lado y le besó levemente en el hombro.

—Creía que se iba usted —dijo ella con voz temblorosa.

—Eso haré, después de decirle buenas noches.

—Buenas noches —murmuró ella.

Él no respondió, sino que siguió acariciándola. No se despidió hasta que ella cedió, dócil, a sus suaves y seductoras instancias.

CAPÍTULO XXXII

Cuando el señor Pontellier supo que su esposa tenía intención de abandonar la casa familiar e instalarse en otro lugar, le escribió de inmediato una carta de desaprobación y reproche sin paliativos. Ella había aducido razones que él se negaba a reconocer como suficientes. Esperaba que no hubiera obrado impulsivamente; y le rogaba que considerase, ante todo y sobre todo, lo que diría la gente. No pensaba en ningún escándalo al formular esa advertencia; algo así jamás se le habría ocurrido en relación con el nombre de su esposa ni con el suyo. Pensaba sencillamente en su integridad financiera. Podía correr el rumor de que los Pontellier habían sufrido reveses y se veían obligados a llevar su *ménage* con mayor modestia que antes. Eso podría causar un daño incalculable a sus perspectivas de negocio.

Pero recordando la veleidad de carácter que Edna había manifestado últimamente, y previendo que había actuado de inmediato conforme a su determinación impetuosa, captó la situación con su habitual diligencia y la manejó con su bien conocida sagacidad y habilidad para los negocios.

El mismo correo que trajo a Edna su carta de reprobación llevaba instrucciones —las más minuciosas instrucciones— a un reputado arquitecto sobre la reforma de su casa, cambios que había meditado desde hacía tiempo y que deseaba llevar a cabo durante su ausencia temporal.

Se contrató a experimentados y fiables embaladores y transportistas para trasladar los muebles, las alfombras, los cuadros —todo lo que fuera trasladable, en suma— a lugares seguros. Y en un tiempo increíblemente breve, la casa de los Pontellier quedó en manos de los artesanos. Iba a añadirse una dependencia —un pequeño gabinete acogedor—; se iban a pintar frescos, y se iba a instalar parqué en las habitaciones que aún no lo tuvieran.

Es más, en uno de los periódicos diarios apareció una breve nota en la que se comunicaba que el señor y la señora Pontellier estaban proyectando pasar el verano en el extranjero, y que su elegante residencia de la calle Esplanade estaba siendo sometida a suntuosas reformas y no estaría lista para ser habitada hasta su regreso. ¡El señor Pontellier había salvado las apariencias!

Edna admiró la habilidad de su maniobra y evitó cualquier ocasión de contrariar sus intenciones. Una vez que la situación tal como la había presentado el señor Pontellier fue aceptada y dada por supuesta, ella pareció satisfecha de que así fuera.

El palomar le gustó. Adquirió de inmediato el carácter íntimo de un hogar, mientras ella misma lo dotaba de un encanto que él irradiaba como un cálido resplandor. La habitaba una sensación de haber descendido en la escala social, acompañada de la correspondiente conciencia de haber ascendido en la espiritual. Cada paso que daba para liberarse de obligaciones acrecentaba su fuerza y su expansión como individuo. Empezó a mirar con sus propios ojos; a ver y a percibir las corrientes más hondas de la vida. Ya no se conformaba con «alimentarse de la opinión ajena» cuando era su propia alma quien la invitaba.

Al cabo de un poco, unos días en realidad, Edna fue a pasar una semana con sus hijos en Iberville. Eran días deliciosos de febrero, con toda la promesa del verano flotando en el aire.

¡Qué alegría verlos! Lloró de pura dicha cuando sintió sus bracitos rodeándola; sus mejillas duras y encarnadas apretadas contra las suyas, que ardían. Les miró los rostros con ojos hambrientos que no se saciaban de mirar. ¡Y qué historias tenían que contarle a su madre! ¡De los cerdos, las vacas, las mulas! ¡De ir al molino a caballo detrás de Gluglu; de pescar en el lago del fondo con el tío Jasper; de recoger pacanas con la cría de negritos de Lidie, y de acarrear astillas con su carretilla! ¡Era mil veces más divertido acarrear astillas de verdad para el fuego real de la vieja Susie la coja que arrastrar bloques pintados por la acera de la calle Esplanade!

Fue con ellos a ver los cerdos y las vacas, a mirar a los negros cortando la caña, a varear los pecanos y a pescar en el lago del fondo. Vivió con ellos una semana entera, dándoles todo de sí misma, y llenándose y colmándose de su joven existencia. Escucharon sin respirar cuando ella les contó que la

casa de la calle Esplanade estaba llena de obreros que martilleaban, clavaban, serraban y llenaban el lugar de estruendo. Querían saber dónde estaba su cama; qué había sido de su caballito de balancín; y dónde dormía Joe, y adónde se había ido Ellen, y la cocinera. Pero, sobre todo, les ardía el deseo de ver la casita de la vuelta de la esquina. ¿Había algún sitio para jugar? ¿Había niños en la casa de al lado? Raoul, con pesimista aprensión, estaba convencido de que allí solo habría niñas. ¿Dónde dormirían ellos, y dónde dormiría papá? Ella les dijo que las hadas lo arreglarían todo.

La anciana Madame estaba encantada con la visita de Edna y la colmó de toda suerte de delicadas atenciones. Le alegraba saber que la casa de la calle Esplanade estaba desmantelada. Eso le daba la promesa y el pretexto para retener a los niños indefinidamente.

Fue con un desgarró y una punzada de dolor como Edna se separó de sus hijos. Se llevó consigo el sonido de sus voces y el tacto de sus mejillas. Durante todo el trayecto de regreso su presencia la acompañó como el recuerdo de una canción deliciosa. Pero cuando llegó de nuevo a la ciudad, la canción ya no resonaba en su alma. Estaba otra vez sola.

CAPÍTULO XXXIII

Ocurría a veces, cuando Edna iba a ver a Mademoiselle Reisz, que la pequeña música estaba ausente, dando una lección o haciendo alguna pequeña compra doméstica imprescindible. La llave estaba siempre escondida en un lugar secreto del recibidor que Edna conocía. Si Mademoiselle no estaba, Edna solía entrar y esperar su regreso.

Cuando llamó a la puerta de Mademoiselle Reisz una tarde, no hubo respuesta; así que abrió con la llave, como de costumbre, entró y encontró el apartamento desierto, tal como esperaba. El día había estado muy ocupado, y era para descansar, para refugiarse, y para hablar de Robert por lo que había buscado a su amiga.

Había trabajado en su lienzo —un estudio de carácter de un joven italiano— toda la mañana, completando el trabajo sin modelo; pero habían sido muchas las interrupciones, algunas propias de su modesta vida doméstica, y otras de índole social.

Madame Ratignolle había arrastrado su pesado cuerpo hasta allí, evitando las vías demasiado concurridas, dijo. Se quejó de que Edna la había descuidado mucho últimamente. Además, la consumía la curiosidad por ver la casita y el modo en que estaba llevada. Quería oír todo lo de la cena; Monsieur Ratignolle se había marchado *tan* pronto. ¿Qué había ocurrido después de que se fuera? El champán y las uvas que Edna le mandó estaban *deliciosos*. Ella tenía tan poco apetito; le habían refrescado y asentado el estómago. ¿Dónde demonios iba a meter al señor Pontellier en aquella casita, y a los niños? Y luego hizo prometer a Edna que iría a verla cuando llegase su hora de prueba.

—Cuando sea —cualquier hora del día o de la noche, querida —le aseguró Edna.

Antes de marcharse, Madame Ratignolle dijo:

—En cierto modo me pareces una niña, Edna. Pareces actuar sin la reflexión necesaria en esta vida. Por eso quiero decirte que no te molestes si te aconsejo que tengas un poco de cuidado mientras vives aquí sola. ¿Por qué no tienes a alguien que se quede contigo? ¿No vendría Mademoiselle Reisz?

—No; ella no querría venir, y yo no la querría tener siempre conmigo.

—Bueno, la razón es... ya sabes lo mal pensado que es el mundo... alguien estaba hablando de que Alcée Arobin te visita. Claro que no importaría si el señor Arobin no tuviera tan mala reputación. Monsieur Ratignolle me decía que sus atenciones solas se consideran suficientes para arruinar el nombre de una mujer.

—¿Presume de sus conquistas? —preguntó Edna con indiferencia, entornando los ojos ante su cuadro.

—No, creo que no. Creo que es un hombre decente en ese sentido. Pero su carácter es de sobra conocido entre los hombres. No podré volver a verte; hoy ha sido muy, muy imprudente.

—¡Cuidado con el escalón! —exclamó Edna.

—No me abandones —suplicó Madame Ratignolle—; y no hagas caso de lo que he dicho sobre Arobin, ni de lo de tener a alguien que se quede contigo.

—Por supuesto que no —se rió Edna—. Puedes decirme lo que quieras. Se despidieron con un beso. Madame Ratignolle no tenía mucho camino, y Edna se quedó un rato en el porche viendo cómo bajaba la calle.

Más tarde, por la tarde, la señora Merriman y la señora Highcamp habían hecho su «visita de cortesía». Edna consideró que podían haberse ahorrado el trámite. También habían venido a invitarla a jugar al *vingt-et-un* una noche en casa de la señora Merriman. La invitaban a ir pronto, a cenar, y el señor Merriman o el señor Arobin la acompañarían a casa. Edna aceptó a medias. A veces se cansaba mucho de la señora Highcamp y de la señora Merriman.

Al caer la tarde fue a refugiarse en casa de Mademoiselle Reisz, y se quedó allí sola, esperándola, sintiéndose invadida por una especie de reposo que emanaba de la propia atmósfera de aquella habitación pequeña, destaralada y sin pretensiones.

Edna se sentó junto a la ventana, que daba sobre los tejados y al otro lado del río. El alféizar estaba lleno de tiestos de flores, y ella se puso a arrancar las hojas secas de un geranio de olor. El día era cálido, y la brisa que venía del río resultaba muy agradable. Se quitó el sombrero y lo dejó sobre el piano. Siguió arrancando hojas y hurgando en la tierra de los tiestos con su pasador. Una vez le pareció oír que se acercaba Mademoiselle Reisz. Pero era una joven negra que entró trayendo un pequeño lío de ropa lavada, lo depositó en la habitación contigua y se fue.

Edna se sentó al piano y fue buscando con una sola mano los compases de una pieza musical que estaba abierta ante ella. Pasó media hora. Se oía de vez en cuando el rumor de gente que subía y bajaba por el portal. Ya empezaba a interesarse en su entretenimiento de ir encontrando la aria cuando llamaron de nuevo a la puerta. Se preguntó vagamente qué harían aquellas personas cuando encontraban la puerta de Mademoiselle cerrada con llave.

— Adelante — llamó, volviendo el rostro hacia la puerta. Y esta vez fue Robert Lebrun quien apareció. Intentó levantarse; no habría podido hacerlo sin delatar la agitación que la dominaba al verlo, así que se dejó caer de nuevo en el taburete, exclamando únicamente: — ¡Vaya, Robert!

Él se acercó y le tomó la mano, sin parecer saber muy bien lo que decía ni lo que hacía.

— ¡La señora Pontellier! Cómo es que... ¡oh!, ¡qué bien estás! ¿No está aquí Mademoiselle Reisz? No te esperaba en absoluto.

— ¿Cuándo has vuelto? — preguntó Edna con voz insegura, secándose el rostro con el pañuelo. Parecía incómoda en el taburete del piano, y él le rogó que tomara la silla junto a la ventana.

Ella lo hizo maquinalmente, mientras él se sentaba en el taburete.

— Volví anteayer — respondió, apoyando el brazo en las teclas, de las que arrancó un estrépito de sonidos discordantes.

—¡Anteayer! —repitió ella en voz alta; y siguió repitiéndolo mentalmente, «anteayer», con una especie de incompreensión. Ella lo había imaginado buscándola a la primera hora, y él llevaba bajo el mismo cielo desde anteayer; mientras que sólo por casualidad había dado con ella. Mademoiselle debía de haber mentido cuando dijo: «Pobre tonto, te quiere.»

—Anteayer —repitió, desgajando una ramita del geranio de Mademoiselle—; entonces, si no me hubieras encontrado aquí hoy, no habrías... ¿cuándo..., es decir, no pensabas venir a verme?

—Claro que habría ido a verte. Han pasado tantas cosas... —pasó nerviosamente las hojas de la música de Mademoiselle—. Ayer mismo me incorporé a la antigua firma. Al fin y al cabo tengo aquí tantas oportunidades como allá... es decir, puede que algún día resulte rentable. Los mexicanos no eran muy afines.

Así que había vuelto porque los mexicanos no eran afines; porque el negocio era tan rentable aquí como allá; por cualquier razón, y no porque le importara estar cerca de ella. Recordó el día en que se sentó en el suelo hojeando su carta, buscando la razón que no se decía.

No se había fijado en su aspecto —sólo en su presencia—; pero se volvió deliberadamente y lo observó. Al fin y al cabo sólo había estado ausente unos meses, y no había cambiado. Su pelo —del mismo color que el de ella— se ondulaba hacia atrás desde las sienes igual que antes. La piel no estaba más quemada que en Grand Isle. Encontró en sus ojos, cuando la miró un silencioso instante, la misma tierna caricia, con un calor y una súplica añadidos que antes no estaban allí —la misma mirada que había penetrado hasta los lugares dormidos de su alma y los había despertado.

Cien veces había imaginado Edna el regreso de Robert, había imaginado su primer encuentro. Solía ser en su casa, adonde él habría ido a buscarla enseguida. Siempre lo había imaginado expresando o traicionando de algún modo su amor por ella. Y ahora la realidad era que estaban sentados a tres metros el uno del otro, ella junto a la ventana, aplastando hojas de geranio en la mano y oliéndolas, y él girando en el taburete del piano, diciendo:

—Me sorprendió mucho saber que el señor Pontellier estaba ausente; es extraño que Mademoiselle Reisz no me lo dijera; y lo de la mudanza... me lo dijo madre ayer. Yo habría pensado que te irías a Nueva York con él, o a

Iberville con los niños, en vez de andar aquí con el peso de la casa. Y parece que vas a ir al extranjero también, según he oído. No te tendremos en Grand Isle el próximo verano; no parecerá... ¿ves mucho a Mademoiselle Reisz? Hablaba de ti en las pocas cartas que me escribió.

—¿Recuerdas que prometiste escribirme cuando te fueras? Un rubor le cubrió todo el rostro.

—No podía creer que mis cartas te interesaran.

—Eso es una excusa; no es la verdad. Edna alargó la mano hacia su sombrero, que estaba sobre el piano. Se lo puso, clavando el pasador con cierta deliberación en el grueso rollo de cabello.

—¿No vas a esperar a Mademoiselle Reisz? —preguntó Robert.

—No; he comprobado que cuando lleva tanto tiempo fuera es fácil que no vuelva hasta tarde. —Se puso los guantes, y Robert recogió su sombrero.

—¿No la esperas tú? —preguntó Edna.

—Si crees que no volverá hasta tarde, no —añadiendo, como si de repente advirtiera cierta descortesía en sus palabras—, y me perdería el placer de acompañarte a casa. Edna cerró la puerta con llave y volvió a esconder la llave en su escondite.

Salieron juntos, abriéndose camino por calles embarradas y aceras obstaculizadas por el barato despliegue de los pequeños comerciantes. Parte del trayecto lo hicieron en tranvía, y al bajarse pasaron ante la mansión de los Pontellier, que ofrecía un aspecto roto y semidestruido. Robert no había conocido la casa y la miró con interés.

—Nunca te conocí en tu casa —comentó.

—Me alegra que así fuera.

—¿Por qué? Ella no respondió. Doblaron la esquina, y parecía como si sus sueños se estuvieran cumpliendo al fin, cuando él la siguió hasta la casita.

—Tienes que quedarte a cenar conmigo, Robert. Ya ves que estoy sola, y hace tanto tiempo que no te veo. Tengo tantas cosas que preguntarte.

Se quitó el sombrero y los guantes. Él permaneció indeciso, poniendo alguna excusa sobre su madre, que le esperaba; hasta masculló algo sobre un compromiso. Ella encendió una cerilla y dio luz a la lámpara de la mesa; iba anocheciendo. Cuando vio su rostro a la luz de la lámpara, con expresión de dolor y sin ninguna de sus líneas suaves, arrojó el sombrero a un lado y se sentó.

— ¡Oh!, ya sabes que quiero quedarme si me lo permites —exclamó. Toda la suavidad regresó. Ella se rió, se acercó y le puso la mano en el hombro.

— Es el primer momento en que pareces el Robert de siempre. Voy a decírselo a Celestine. Se apresuró a ir a decirle a Celestine que pusiera un cubierto más. Incluso la mandó en busca de algún manjar especial en el que no había pensado para sí misma. Y le recomendó mucho cuidado al colar el café y que la tortilla quedase en su punto.

Cuando regresó, Robert estaba hojeando revistas, bocetos y otras cosas que había encima de la mesa en gran desorden. Recogió una fotografía y exclamó:

— ¡Alcée Arobin! ¿Qué hace aquí su fotografía?

— Intenté hacer un boceto de su cabeza un día —respondió Edna—, y él pensó que la fotografía podría ayudarme. Estaba en la otra casa. Creí que la habían dejado allí. Debí de meterla con los materiales de dibujo.

— Yo creería que deberías devolvérsela si ya has terminado con ella.

— ¡Oh!, tengo muchas fotografías así. Nunca pienso en devolverlas. No tienen importancia. Robert siguió mirando el retrato.

— Me parece... ¿crees que vale la pena dibujar su cabeza? ¿Es amigo del señor Pontellier? Nunca dijiste que lo conocieras.

— No es amigo del señor Pontellier; es amigo mío. Siempre lo conocí... es decir, sólo últimamente lo conozco bastante bien. Pero prefiero hablar de ti y saber qué has visto y hecho y sentido allá en México. Robert dejó a un lado la fotografía.

— He estado viendo las olas y la playa blanca de Grand Isle; la calle tranquila y cubierta de hierba de la *Chênrière*; el viejo fuerte de Grande Terre.

He estado trabajando como una máquina y sintiéndome como un alma en pena. No hubo nada interesante.

Ella apoyó la cabeza en la mano para protegerse los ojos de la luz.

—¿Y qué has visto y hecho y sentido tú todos estos días? —preguntó él.

—He estado viendo las olas y la playa blanca de Grand Isle; la calle tranquila y cubierta de hierba de la *Chênrière Caminada*; el viejo fuerte soleado de Grande Terre. He estado trabajando con algo más de comprensión que una máquina, y sintiéndome como un alma en pena de todos modos. No hubo nada interesante.

—Señora Pontellier, eres cruel —dijo él con sentimiento, cerrando los ojos y recostando la cabeza en el respaldo de la silla. Permanecieron en silencio hasta que la vieja Celestine anunció la cena.

CAPÍTULO XXXIV

El comedor era muy pequeño. La mesa redonda de caoba de Edna casi lo habría llenado entero. Tal como estaba, apenas había un par de pasos de la mesita a la cocina, a la repisa de la chimenea, al pequeño aparador y a la puerta lateral que daba al estrecho patio empedrado de ladrillos.

Cierto grado de ceremonia se instaló entre ellos con el anuncio de la cena. No volvieron a las confidencias. Robert relató episodios de su estancia en México, y Edna habló de los sucesos que podían interesarle y que habían ocurrido durante su ausencia. La cena era de calidad ordinaria, salvo por los pocos manjares especiales que ella había mandado comprar. La vieja Celestine, con un *tignon* de madras anudado en torno a la cabeza, entraba y salía cojeando con un interés personal en todo; y se detenía de vez en cuando a hablar en patois con Robert, a quien había conocido de niño.

Él salió a un estanco cercano a comprar papel de fumar, y cuando volvió encontró que Celestine había servido el café solo en el salón.

—Quizá no debería haber vuelto —dijo—. Cuando te canses de mí, dímelo.

—Nunca me cansas. Debes de haber olvidado las horas y horas en Grand Isle en que nos acostumbramos el uno al otro y a estar juntos.

—No he olvidado nada de Grand Isle —dijo sin mirarla, liando un cigarrillo. La petaca de tabaco, que dejó sobre la mesa, era una fantástica pieza de seda bordada, evidentemente obra de manos de mujer.

—Antes llevabas el tabaco en una petaca de goma —dijo Edna, recogiendo la petaca y examinando el bordado.

—Sí; se perdió.

—¿Dónde compraste ésta? ¿En México?

—Me la regaló una chica de Veracruz; son muy generosas —respondió él, encendiendo una cerilla y dando fuego al cigarrillo.

—Son muy guapas, supongo, esas mexicanas; muy pintorescas, con sus ojos negros y sus mantillas de encaje.

—Algunas sí; otras son horribles, como ocurre con las mujeres en todas partes.

—¿Cómo era ella, la que te regaló la petaca? Debías de conocerla muy bien.

—Era muy vulgar. No tenía la menor importancia. La conocía bastante.

—¿La visitabas en su casa? ¿Era interesante? Me gustaría saber y oír hablar de la gente que conociste y de la impresión que te causaron.

—Hay personas que no dejan huella más duradera que la que imprime un remo en el agua.

—¿Era ella una de esas?

—Sería poco generoso de mi parte admitir que era de ese tipo y condición. —Metió la petaca de nuevo en el bolsillo, como para zanjar el asunto junto con la fruslería que lo había suscitado.

Arobin entró con un recado de la señora Merriman, diciendo que la partida de cartas se aplazaba por la enfermedad de uno de sus hijos.

—¿Cómo está usted, Arobin? —dijo Robert, levantándose desde la penumbra.

—¡Oh! Lebrun. ¡Cómo no! Ayer oí que había vuelto. ¿Qué tal le han tratado allá en *Mexique*?

—Bastante bien.

—Pero no tan bien como para quedarse. Chicas estupendas, eso sí, en México. Creí que no iba a poder salir de Veracruz cuando estuve allí hace un par de años.

—¿Le bordaban zapatillas y petacas y cintas para el sombrero y cosas así? —preguntó Edna.

—¡Oh! ¡No, qué va! No caí tan hondo en su estima. Me temo que ellas me causaron más impresión a mí de la que yo les causé a ellas.

—Entonces tuvo usted menos suerte que Robert.

—Siempre tengo menos suerte que Robert. ¿Ha estado él haciendo confidencias tiernas?

—Ya he abusado bastante de vuestra hospitalidad —dijo Robert, levantándose y estrechando la mano de Edna—. Haz el favor de transmitir mis respetos al señor Pontellier cuando le escribas.

Estrechó la mano de Arobin y se marchó.

—Buen chico ese Lebrun —dijo Arobin cuando Robert se hubo ido—. Nunca le oí hablar de él.

—Lo conocí el verano pasado en Grand Isle —respondió ella—. Aquí tiene su fotografía. ¿No la quiere?

—¿Para qué la quiero? Tírela. Ella la arrojó de nuevo sobre la mesa.

—No voy a casa de la señora Merriman —dijo—. Si la ve, dígaselo. Pero quizá sea mejor que escriba. Creo que escribiré ahora y le diré que lo siento, que su hijo está enfermo, y que no cuente conmigo.

—Sería lo más acertado —convino Arobin—. No la culpo; ¡qué gente más aburrida!

Edna abrió la carpeta de escribir y, habiendo conseguido papel y pluma, se puso a escribir la nota. Arobin encendió un puro y leyó el periódico de la tarde, que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó ella. Él se lo dijo.

—¿Puede echar esto al correo cuando salga?

—Por supuesto. —Le fue leyendo pequeños fragmentos del periódico mientras ella ordenaba las cosas sobre la mesa.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó, dejando a un lado el periódico—. ¿Quiere salir a dar un paseo o a dar una vuelta en coche, o algo así? Sería una noche estupenda para conducir.

—No; no quiero hacer nada más que estar tranquila. Váyase y diviértase. No se quede.

—Me iré si es necesario; pero no me divertiré. Sabe que sólo vivo cuando estoy cerca de usted.

Se puso de pie para despedirse.

—¿Es eso una de las cosas que siempre les dice a las mujeres?

—Lo he dicho antes, pero creo que nunca lo he sentido tan de veras —respondió con una sonrisa. No había cálidos destellos en los ojos de ella; sólo una mirada soñadora y ausente.

—Buenas noches. La adoro. Que duerma bien —dijo, y le besó la mano y se fue.

Ella se quedó sola en una especie de ensimismamiento, una suerte de sopor. Paso a paso revivió cada instante del tiempo que había estado con Robert desde que él había entrado por la puerta de Mademoiselle Reisz. Recordó sus palabras, sus miradas. ¡Qué pocas y magras habían sido para su corazón hambriento! Una visión —una visión soberanamente seductora de una muchacha mexicana— se alzó ante ella. Se retorció con una punzada de celos. Se preguntó cuándo volvería. No había dicho que volvería. Había estado con él, había oído su voz y tocado su mano. Pero de algún modo él le había parecido más cercano allá lejos, en México.

CAPÍTULO XXXV

La mañana estaba llena de sol y de esperanza. Edna no veía ante sí ninguna negativa, sólo la promesa de una alegría desbordante. Permanecía en la cama despierta, con los ojos brillantes y llenos de especulación. «Te quiere, pobre tonto.» Si pudiera fijar esa convicción firmemente en su mente, ¿qué importaba lo demás? Sintió que la noche anterior había sido infantil e imprudente al entregarse a la desesperación. Repasó los motivos que sin duda explicaban la reserva de Robert. No eran insuperables; no resistirían si él la amaba de verdad; no podrían resistir ante su propia pasión, de la que él tendría que darse cuenta con el tiempo. Lo imaginó yendo a su trabajo aquella mañana. Incluso veía cómo iba vestido; cómo bajaba por una calle y doblaba la esquina de otra; lo veía inclinado sobre su escritorio, hablando con las personas que entraban en la oficina, yendo a almorzar y quizá buscándola con la mirada por la calle. Vendría a verla por la tarde o por la noche, se sentaría a liar su cigarrillo, charlaría un poco y se marcharía, como había hecho la noche anterior. Pero ¡qué delicioso sería tenerlo allí con ella! No tendría remordimientos, ni trataría de penetrar su reserva si él seguía eligiendo mantenerla.

Edna desayunó a medio vestir. La doncella le trajo una adorable carta garabateada de Raoul, expresando su amor, pidiéndole que le mandara bombones y contándole que aquella mañana habían encontrado diez cerditos blancos y minúsculos tendidos en fila junto a la gran cerda blanca de Lidie.

También llegó una carta de su marido, diciendo que esperaba estar de vuelta a principios de marzo, y que entonces se prepararían para aquel viaje al extranjero que le había prometido hacía tanto tiempo y que ahora se sentía plenamente en condiciones de costear; se sentía capaz de viajar como

debía viajar la gente, sin pensar en pequeñas economías, gracias a sus recientes especulaciones en Wall Street.

Con gran sorpresa suya recibió una nota de Arobin, escrita a medianoche desde el club. Era para darle los buenos días, para confiar en que hubiera dormido bien, para asegurarle su devoción, que él confiaba en que ella le correspondía en alguna ínfima medida.

Todas estas cartas le agradaron. Contestó a los niños con ánimo alegre, prometiéndoles bombones y felicitándoles por su feliz hallazgo de los cerditos.

Contestó a su marido con amable evasión —no con ningún designio premeditado de engañarle, sino únicamente porque toda sensación de realidad había desaparecido de su vida; se había abandonado al Destino y aguardaba las consecuencias con indiferencia.

A la nota de Arobin no respondió. La metió debajo de la tapa del fogón de Celestine.

Edna trabajó varias horas con mucho ánimo. No vio a nadie salvo a un marchante de cuadros que le preguntó si era cierto que iba a ir al extranjero a estudiar en París.

Ella dijo que posiblemente sí, y él negoció con ella para obtener algunos estudios parisinos que le llegaran a tiempo para el mercado navideño de diciembre.

Robert no vino ese día. La decepción fue aguda. Tampoco vino al día siguiente, ni al otro. Cada mañana despertaba con esperanza, y cada noche era presa de la desesperación. Estuvo tentada de ir a buscarlo. Pero lejos de ceder al impulso, evitó cualquier ocasión que pudiera hacer que se cruzaran. No fue a casa de Mademoiselle Reisz ni pasó por delante de la de Madame Lebrun, como podría haber hecho de haber estado él todavía en México.

Cuando Arobin, una noche, la instó a salir a dar una vuelta en coche con él, fue —hasta el lago, por el Shell Road. Sus caballos eran brío puro, y hasta algo difíciles de manejar. Le gustó el paso rápido al que trotaban y el repiqueteo vivo y nítido de los cascos sobre el firme camino. No se detuvieron en ningún sitio a comer ni a beber. Arobin no era imprudente sin necesidad. Pero comieron y bebieron cuando regresaron al pequeño comedor de Edna, lo cual fue comparativamente temprano por la noche.

Era tarde cuando él se marchó. La costumbre de ver a Edna y estar con ella empezaba a ser algo más que un capricho pasajero para Arobin. Había detectado la sensualidad latente que se desplegaba bajo su delicado instinto para las necesidades de la naturaleza de ella como una flor torpe, ardiente y sensible.

No había desesperación cuando se quedó dormida aquella noche; ni tampoco esperanza cuando despertó a la mañana siguiente.

CAPÍTULO XXXVI

Había un jardín en las afueras; un pequeño rincón frondoso, con algunas mesas verdes bajo los naranjos. Un viejo gato dormía todo el día en el escalón de piedra al sol, y una vieja *mulatresse* consumía sus horas ociosas en la silla junto a la ventana abierta, hasta que alguien tenía a bien dar en una de las mesas verdes. Vendía leche y queso fresco, y pan con mantequilla. No había nadie que supiera hacer un café tan excelente ni freír un pollo tan dorado como ella.

El lugar era demasiado modesto para atraer la atención de la gente elegante, y tan apacible que había escapado a la mirada de quienes buscaban el placer y la disipación. Edna lo había descubierto por casualidad un día en que el portón de madera estaba entreabierto. Atisbó una mesita verde, moteada con el sol a cuadros que se filtraba entre el temblor de las hojas de encima. Dentro había encontrado a la *mulatresse* adormilada, al soñoliento gato y un vaso de leche que le recordó a la leche que había bebido en Iberville.

Pasaba por allí con frecuencia en sus paseos; a veces llevaba un libro y se quedaba una hora o dos bajo los árboles cuando encontraba el lugar desierto. Una o dos veces cenó allí tranquilamente sola, habiendo encargado antes a Celestine que no preparara cena en casa. Era el último rincón de la ciudad donde hubiera esperado encontrarse con alguien conocido.

Aun así, no se sorprendió demasiado cuando, mientras tomaba una cena frugal avanzada la tarde, mirando un libro abierto y acariciando al gato que se había hecho amigo suyo, vio entrar a Robert por el alto portón del jardín.

—Estoy destinada a verte solo por casualidad —dijo, apartando al gato de la silla de al lado. Él estaba sorprendido, incómodo, casi avergonzado de

encontrársela así tan inesperadamente.

—¿Vienes aquí a menudo? —preguntó.

—Casi vivo aquí —dijo ella.

—Solía pasarme muy a menudo a tomar una taza del buen café de Catiche. Es la primera vez desde que he vuelto.

—Ella te traerá un plato y compartirás mi cena. Siempre hay de sobra para dos, e incluso para tres. —Edna había tenido intención de mostrarse indiferente y tan reservada como él cuando se lo encontrara; había llegado a esa determinación tras un laborioso razonamiento, durante uno de sus momentos de abatimiento. Pero su resolución se derritió en cuanto lo vio ante ella, puesto que la Providencia, en su astucia, lo había conducido hasta su camino.

—¿Por qué te has mantenido alejado de mí, Robert? —preguntó, cerrando el libro que yacía abierto sobre la mesa.

—¿Por qué eres tan personal, señora Pontellier? ¿Por qué me obligas a recurrir a estúpidos subterfugios? —exclamó con súbito calor—. Supongo que de nada servirá decirte que he estado muy ocupado, o que he estado enfermo, o que he ido a verte y no te he encontrado en casa. Por favor, quédate con cualquiera de esas excusas.

—Eres la personificación del egoísmo —dijo ella—. Te evitas algo, no sé qué, pero hay algún motivo egoísta, y al ahorrarte a ti mismo nunca piensas ni un momento en lo que yo pienso, ni en cómo siento tu abandono y tu indiferencia. Supongo que esto es lo que llamarías poco femenino; pero me he acostumbrado a expresarme con franqueza. A mí no me importa, y puedes pensar lo que quieras.

—No; solo pienso que eres cruel, como dije el otro día. Quizás sin intención; pero parece que me quieres llevar a revelaciones que no pueden conducir a nada, como si quisieras que exhibiera una herida por el placer de contemplarla, sin intención ni posibilidad de curarla.

—Te estoy estropeando la cena, Robert; no hagas caso de lo que digo. No has probado bocado.

—Solo vine a tomar una taza de café. —Su semblante sensible estaba todo demudado por la agitación.

—¿No es un lugar encantador? —observó ella—. Me alegra mucho que nadie lo haya descubierto de verdad. Es tan tranquilo, tan delicioso, aquí. ¿Notas que apenas se oye un ruido? Está tan apartado de todo, y hay un buen trecho a pie desde el tranvía. Aunque a mí no me importa caminar. Siempre me da pena las mujeres a las que no les gusta andar; se pierden tanto: tantas pequeñas y raras vislumbres de la vida. Y nosotras, las mujeres, tan poco aprendemos de la vida en general.

—El café de Catiche siempre está caliente. No sé cómo se las arregla, aquí al aire libre. El de Celestine llega frío desde la cocina al comedor. ¡Tres terrones! ¿Cómo puedes tomarlo tan dulce? Come un poco de berro con la chuleta; es tan picante y fresco. Y encima aquí se puede fumar con el café. Ahora bien, en la ciudad... ¿No vas a fumar?

—Después —dijo él, dejando un cigarro sobre la mesa.

—¿Quién te lo dio? —rió ella.

—Lo compré yo. Supongo que me estoy volviendo imprudente; compré una caja entera. —Ella estaba decidida a no volver a ponerse personal y hacerle sentir incómodo.

El gato se hizo amigo suyo y se le subió al regazo mientras él fumaba el cigarro. Le acariciaba el sedoso pelaje y hablaron un poco de ella. Él miró el libro de Edna, que ya había leído, y le contó el final para ahorrarle el esfuerzo de terminarlo, dijo.

Una vez más la acompañó hasta su casa, y ya había anochecido cuando llegaron al pequeño «palomar». Ella no le invitó a quedarse, cosa que él agradeció, pues ello le permitía permanecer sin la incomodidad de improvisar una excusa cuando en realidad no tenía ninguna intención de marcharse. La ayudó a encender la lámpara; luego ella fue a su cuarto a quitarse el sombrero y lavarse la cara y las manos.

Cuando volvió, Robert no estaba examinando los cuadros y las revistas como antes; estaba sentado en la sombra, con la cabeza recostada en el respaldo del sillón, como sumido en ensueño. Edna se demoró un momento junto a la mesa, arreglando los libros. Luego cruzó la habitación hasta donde él estaba sentado. Se inclinó sobre el brazo del sillón y pronunció su nombre.

—Robert —dijo—, ¿estás dormido?

—No —respondió él, mirándola.

Ella se inclinó y lo besó: un beso suave, fresco y delicado, cuyo voluptuoso agujón le penetró el ser entero; luego se apartó. Él la siguió, la tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí. Ella alzó la mano hasta su cara y apretó la mejilla de él contra la suya. El gesto estaba lleno de amor y ternura. Él buscó de nuevo sus labios. Luego la atrajo hacia el sofá junto a él y le tomó la mano entre las suyas.

—Ahora lo sabes —dijo—. Ahora sabes contra qué he estado luchando desde el verano pasado en Grand Isle; lo que me hizo marcharme y lo que me hizo volver.

—¿Por qué has luchado contra ello? —preguntó ella. Su rostro resplandecía con una luz suave.

—¿Por qué? Porque no eras libre; eras la mujer de Léonce Pontellier. No podría evitar amarte aunque fueras su mujer diez veces; pero mientras me alejaba de ti y me mantenía alejado, podía evitar decírtelo. —Ella alzó su mano libre hasta el hombro de él, y luego hasta su mejilla, acariciándola suavemente. Él la besó de nuevo. Su semblante estaba cálido y encendido.

—Allá en México pensaba en ti todo el tiempo y te anhelaba.

—Pero sin escribirme —le interrumpió ella.

—Algo me hizo pensar que te importaba; y perdí el juicio. Olvidé todo menos un sueño disparatado de que llegaras a ser mi mujer de algún modo.

—¡Tu mujer!

—La religión, la lealtad, todo cedería si solo tú me amaras.

—Entonces debías de haber olvidado que era la mujer de Léonce Pontellier.

—¡Oh! Estaba enloquecido, soñando con cosas disparatadas e imposibles, recordando a hombres que habían dado la libertad a sus mujeres; hemos oído hablar de esas cosas.

—Sí, hemos oído hablar de esas cosas.

—Volví lleno de vagas e insensatas intenciones. Y cuando llegué aquí...

—Cuando llegaste aquí, ¿nunca te acercaste a mí! —Seguía acariciándole la mejilla.

—Comprendí qué canalla había sido al soñar con algo así, aunque tú lo hubieras querido.

Ella tomó su cara entre las manos y lo miró como si nunca fuera a apartar los ojos. Lo besó en la frente, en los ojos, en las mejillas y en los labios.

—Has sido un chico muy, muy tonto, perdiendo el tiempo soñando con cosas imposibles cuando hablas de que el señor Pontellier me dé la libertad. Ya no soy una posesión del señor Pontellier que él pueda ceder o no. Me doy yo misma a quien elijo. Si él dijera: «Aquí, Robert, tómala y sed felices; es tuya», me reiría de los dos.

Su semblante se puso un poco pálido. —¿Qué quieres decir? —preguntó.

Se oyó llamar a la puerta. La vieja Celestine entró a decir que el criado de madame Ratignolle había venido por la puerta de atrás con un recado: madame había caído enferma y rogaba a la señora Pontellier que acudiera a verla de inmediato.

—Sí, sí —dijo Edna, levantándose—; lo prometí. Dile que sí, que me espere. Iré con ella.

—Te acompaño —se ofreció Robert.

—No —dijo ella—; iré con el criado. —Entró en su cuarto a ponerse el sombrero, y al volver se sentó de nuevo en el sofá junto a él. Él no se había movido. Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Adiós, mi querido Robert. Dime adiós. —Él la besó con una intensidad que antes no había entrado en su caricia y la estrechó contra sí.

—Te quiero —susurró ella—, solo a ti, a nadie más que a ti. Fuiste tú quien me despertó el verano pasado de un sueño estúpido que había durado toda mi vida. ¡Oh! Me has hecho muy desgraciada con tu indiferencia. ¡Oh! He sufrido, sufrido. Ahora que estás aquí nos amaremos, Robert mío. Lo seremos todo el uno para el otro. Nada más en el mundo tiene importancia. Tengo que ir con mi amiga; pero ¿me esperarás? Por muy tarde que sea, ¿me esperarás, Robert?

— ¡No te vayas, no te vayas! ¡Oh, Edna, quédate conmigo! — suplicó él —. ¿Por qué tienes que irte? Quédate conmigo, quédate conmigo.

— Volveré en cuanto pueda; te encontraré aquí. — Hundió el rostro en su cuello y volvió a decirle adiós. Su voz seductora, unida al gran amor que él sentía por ella, había hechizado sus sentidos y le había privado de todo impulso salvo el anhelo de tenerla y retenerla.

CAPÍTULO XXXVII

Edna se asomó a la farmacia. El señor Ratignolle estaba preparando él mismo una mezcla con mucho cuidado, dejando caer un líquido rojo en un pequeño vaso. Agradeció a Edna que hubiera venido; su presencia sería un consuelo para su mujer. La hermana de madame Ratignolle, que siempre había estado con ella en esos momentos tan difíciles, no había podido subir desde la plantación, y Adèle había estado inconsolable hasta que la señora Pontellier prometió tan amablemente que vendría. La comadrona había estado con ellos de noche durante la semana pasada, pues vivía muy lejos. Y el doctor Mandelet había ido y venido toda la tarde. Lo esperaban de un momento a otro.

Edna subió a toda prisa por una escalera de servicio que llevaba desde la parte trasera de la tienda a los apartamentos de arriba. Los niños dormían todos en un cuarto trasero. Madame Ratignolle estaba en el salón, adonde había llegado errante en su impaciente sufrimiento. Estaba sentada en el sofá, envuelta en un amplio *peignoir* blanco, apretando un pañuelo con el puño crispado. Tenía el rostro desencajado y ceñudo, y sus dulces ojos azules estaban extraviados y febriles. Todo su hermoso cabello había sido recogido y trenzado. La trenza reposaba larga sobre el almohadón del sofá, enroscada como una serpiente dorada. La comadrona, una mujer grifa de aspecto bonachón con mandil y cofia blancos, la apremiaba para que volviera al dormitorio.

—No tiene sentido, no tiene sentido —le dijo a Edna en cuanto la vio—. Hay que deshacerse de Mandelet; se está volviendo demasiado viejo e irresponsable. Dijo que estaría aquí a las siete y media; ya deben de ser las ocho. Mira qué hora es, Joséphine.

La mujer tenía un carácter alegre y se negaba a tomarse ninguna situación demasiado en serio, especialmente una situación con la que estaba tan familiarizada. Animó a madame a tener valor y paciencia. Pero madame no hizo más que apretar los dientes contra el labio inferior, y Edna vio cómo le brotaban perlas de sudor en la blanca frente. Al cabo de un momento lanzó un profundo suspiro y se secó la cara con el pañuelo hecho una pelota. Parecía exhausta. La comadrona le dio un pañuelo limpio, empapado en agua de colonia.

— ¡Esto es demasiado! — exclamó —. ¡Habría que matar a Mandelet! ¿Dónde está Alphonse? ¿Acaso me han abandonado así, me han descuidado todos?

— ¡Descuidado, dice! — exclamó la comadrona —. ¿No estaba ella ahí? ¿Y no había dejado la señora Pontellier, sin duda, una velada agradable en casa para dedicársela a ella? ¿Y no venía el señor Ratignolle por el pasillo en ese mismo momento? Y Joséphine estaba bastante segura de haber oído el cupé del doctor Mandelet. Sí, ahí estaba, ante la puerta.

Adèle consintió en volver a su cuarto. Se sentó al borde de un diván pequeño y bajo junto a su cama.

El doctor Mandelet no prestó ninguna atención a los reproches de madame Ratignolle. Estaba acostumbrado a ellos en esos momentos, y confiaba demasiado en su lealtad para ponerla en duda.

Se alegró de ver a Edna y quiso llevarla al salón para que le hiciera compañía. Pero madame Ratignolle no consintió en que Edna se separara de ella ni un instante. Entre momento y momento de agonía, charlaba un poco y decía que eso le quitaba la mente de sus sufrimientos.

Edna empezó a sentirse inquieta. La asaltó un temor vago. Sus propias experiencias le parecían lejanas, irreales y solo a medias recordadas. Evocó vagamente un éxtasis de dolor, el pesado olor del cloroformo, un entorpecimiento que había adormecido los sentidos, y el despertar para encontrar una pequeña vida nueva a la que ella había dado el ser, añadida a la gran e innumerable multitud de almas que van y vienen.

Empezó a desear no haber venido; su presencia no era necesaria. Podría haber inventado un pretexto para no venir; podría incluso inventar uno ahora para marcharse. Pero Edna no se marchó. Con una agonía interior, con

una rebeldía encendida y abierta contra los designios de la Naturaleza, fue testigo de la escena de tormento.

Aún estaba aturdida y muda de emoción cuando, un poco después, se inclinó sobre su amiga para besarla y despedirse en voz baja. Adèle, estrechándole la mejilla, le susurró con voz exhausta: — Piensa en los niños, Edna. ¡Oh, piensa en los niños! ¡Recuérdalos!

CAPÍTULO XXXVIII

Edna seguía aturdida cuando salió al aire libre. El cupé del doctor había vuelto a buscarlo y aguardaba ante la *porte cochère*. No quería subir al cupé y le dijo al doctor Mandelet que iría andando; no tenía miedo y haría el camino sola. Él mandó su carruaje a la casa de la señora Pontellier y echó a andar con ella.

Hacia arriba, muy arriba, sobre la calle estrecha entre las casas altas, las estrellas ardían. El aire era suave y acariciador, pero fresco con el aliento de la primavera y de la noche. Caminaban despacio: el doctor con paso pesado y acompasado y las manos a la espalda; Edna de manera abstraída, como había caminado aquella noche en Grand Isle, como si sus pensamientos se hubieran adelantado y ella tratara de darles alcance.

—No tendría usted que haber estado allí, señora Pontellier —dijo él—. Eso no era lugar para usted. Adèle tiene sus caprichos en estos momentos. Había una docena de mujeres que podrían haberla acompañado, mujeres de temple. Yo sentí que era cruel, muy cruel. No tendría usted que haber ido.

—¡Oh, bueno! —respondió ella con indiferencia—. No sé si importa tanto, a fin de cuentas. Una tiene que pensar en los hijos en algún momento; cuanto antes, mejor.

—¿Cuándo vuelve Léonce?

—Pronto. Hacia marzo.

—¿Y usted se va al extranjero?

—Quizás... no, no me voy. No pienso dejarme forzar a hacer cosas. No quiero ir al extranjero. Quiero que me dejen en paz. Nadie tiene derecho... salvo los hijos, quizás, e incluso entonces, me parece... o me parecía... —

Sintió que sus palabras no eran más que el eco de la incoherencia de sus pensamientos y se detuvo bruscamente.

—El problema —suspiró el doctor, intuyendo lo que quería decir—, el problema es que la juventud se entrega a las ilusiones. Parece una disposición de la Naturaleza; un señuelo para asegurar madres a la especie. Y la Naturaleza no tiene en cuenta las consecuencias morales, ni las condiciones arbitrarias que nosotros creamos y que nos sentimos obligados a mantener a cualquier precio.

—Sí —dijo ella—. Los años que han pasado parecen sueños; si pudiera uno seguir durmiendo y soñando... pero despertar y encontrarse... ¡oh! Bueno, quizás sea mejor despertar, después de todo, aunque sea para sufrir, antes que seguir siendo toda la vida el juguete de las ilusiones.

—Me parece, hija mía —dijo el doctor al despedirse, tomándole la mano—, me parece que usted está en un aprieto. No voy a pedirle su confianza. Solo le digo que si alguna vez siente el impulso de dármele, quizás pueda ayudarla. Sé que la entendería. Y le digo que no son muchos los que podrían hacerlo; no muchos, hija mía.

—De algún modo no me siento con ganas de hablar de las cosas que me preocupan. No piense que soy ingrata ni que no aprecio su simpatía. Hay períodos de abatimiento y sufrimiento que se apoderan de mí. Pero no quiero nada más que hacer mi voluntad. Eso es pedir mucho, claro, cuando hay que pasar por encima de las vidas, los corazones y los prejuicios de los demás; pero no importa... con todo, no quisiera pasar por encima de esas pequeñas vidas. ¡Oh! No sé lo que estoy diciendo, doctor. Buenas noches. No me culpe por nada.

—Sí que la culparé si no viene a verme pronto. Hablaremos de cosas de las que nunca ha soñado hablar. Nos hará bien a los dos. No quiero que se culpe, pase lo que pase. Buenas noches, hija mía.

Ella abrió el portón y, en vez de entrar, se sentó en el escalón del porche. La noche era tranquila y balsámica. Toda la emoción desgarradora de las últimas horas parecía desprenderse de ella como una prenda sombría e incómoda de la que bastaba con soltarse para quedar libre. Volvió a aquella hora anterior a que Adèle la llamara; y sus sentidos se avivaron de nuevo al pensar en las palabras de Robert, en la presión de sus brazos, en la sensación de

sus labios sobre los suyos. En ese momento no podía imaginar felicidad mayor en la tierra que la posesión del ser amado. Su declaración de amor ya lo había entregado a ella en parte. Al pensar que él estaba allí, cerca, esperándola, se quedó como embriagada por la expectación. Era tan tarde; quizás ya dormiría. Lo despertaría con un beso. Esperaba que estuviera dormido para poder despertarlo con sus caricias.

Aun así, recordó la voz de Adèle susurrando: «Piensa en los niños; piénsalo». Tenía intención de pensar en ellos; esa determinación se le había clavado en el alma como una herida mortal. Pero no esa noche. Para mañana habría tiempo de pensar en todo.

Robert no la esperaba en la salita. No estaba por ningún lado. La casa estaba vacía. Pero había garabateado en un papel que yacía a la luz de la lámpara:

«Te quiero. Adiós, porque te quiero.»

Edna se quedó sin fuerzas cuando leyó las palabras. Fue a sentarse en el sofá. Luego se tendió allí, sin emitir un solo sonido. No durmió. No se fue a la cama. La lámpara chisporroteó y se apagó. Seguía despierta por la mañana, cuando Celestine abrió con llave la puerta de la cocina y entró a encender el fuego.

CAPÍTULO XXXIX

Victor, con martillo, clavos y retales de madera, estaba apuntalando un rincón de una de las galerías. Mariequita estaba sentada cerca, con las piernas colgando, mirándole trabajar y pasándole clavos de la caja de herramientas. El sol caía a plomo sobre ellos. La chica se había cubierto la cabeza con el delantal doblado en cuadro. Llevaban hablando más de una hora. Nunca se cansaba de oír a Victor describir la cena en casa de la señora Pontellier. Él exageraba cada detalle hasta convertirla en un auténtico festín luculiano. Las flores estaban en tinas, decía. El champaña se apuraba en enormes copas de oro. Venus saliendo de la espuma no habría ofrecido espectáculo más cautivador que la señora Pontellier, resplandeciente de belleza y brillantes a la cabecera de la mesa, mientras las demás mujeres eran todas huríes de juventud e incomparables encantos. A ella se le metió en la cabeza que Victor estaba enamorado de la señora Pontellier, y él le daba respuestas evasivas, formuladas de modo que confirmaran esa creencia. Ella se puso hosca y lloró un poco, amenazando con largarse y dejarlo con sus damas elegantes. Había una docena de hombres locos por ella en la *Chênrière*; y ya que estaba de moda enamorarse de personas casadas, podía escaparse cuando le diera la gana a Nueva Orleans con el marido de Céline.

El marido de Céline era un imbécil, un cobarde y un cerdo, y para demostrárselo, Victor tenía intención de partirle la cabeza a golpes la próxima vez que lo encontrara. Esta promesa fue muy consoladora para Mariequita. Se enjugó los ojos y se animó con la perspectiva.

Aún estaban hablando de la cena y de los atractivos de la vida en la ciudad cuando la propia señora Pontellier dobló la esquina de la casa. Los dos jóvenes se quedaron mudos de asombro ante lo que consideraban una apari-

ción. Pero era ella en carne y hueso, de aspecto cansado y un poco polvoriento del viaje.

—He venido andando desde el muelle —dijo—, y he oído el martilleo. Suponía que eras tú, arreglando el porche. Bien hecho. Siempre tropezaba con esos tablones sueltos el verano pasado. ¡Qué aspecto tan sombrío y desolado tiene todo!

A Victor le costó un poco comprender que había llegado en el lugre de Beaufort, que había venido sola y únicamente para descansar.

—Todavía no hay nada arreglado, ya ve. Le daré mi cuarto; es el único sitio.

—Cualquier rincón me viene bien —le aseguró ella.

—Y si aguanta la cocina de Philomel —continuó—, aunque podría intentar traer a su madre mientras usted esté aquí. ¿Crees que vendría? —preguntó, volviéndose hacia Mariequita.

Mariequita pensó que quizás la madre de Philomel podría venir unos días, con suficiente dinero.

Al ver aparecer a la señora Pontellier, la chica había sospechado de inmediato que se trataba de una cita amorosa. Pero el asombro de Victor era tan genuino y la indiferencia de la señora Pontellier tan evidente que la inquietante idea no tardó en disiparse. Contempló con el mayor interés a aquella mujer que daba las cenas más suntuosas de América y que tenía a todos los hombres de Nueva Orleans a sus pies.

—¿A qué hora sirven la cena? —preguntó Edna—. Tengo mucha hambre; pero no se preparen nada especial.

—La tendré lista en un periquete —dijo él, recogiendo y guardando las herramientas—. Puede ir a mi cuarto a refrescarse y descansar. Mariequita le enseñará.

—Gracias —dijo Edna—. Pero, ¿sabe?, se me ha ocurrido bajar a la playa a darme un buen chapuzón, e incluso nadar un poco, antes de cenar.

—¡El agua está muy fría! —exclamaron los dos a la vez—. ¡Ni se le ocurra!

— Bueno, podría bajar a probar; mojar los pies. Parece que el sol está suficientemente caliente para haber templado las profundidades del océano. ¿Me traes un par de toallas? Será mejor que vaya ahora mismo, para estar de vuelta a tiempo. Haría demasiado frío si esperara hasta esta tarde.

Mariequita fue corriendo al cuarto de Victor y volvió con unas toallas, que le dio a Edna.

— Espero que haya pescado para cenar — dijo Edna mientras se alejaba —; pero no se molesten si no lo hay.

— Ve a buscar a la madre de Philomel — le instruyó Victor a la chica —. Yo iré a la cocina a ver qué puedo hacer. ¡Caramba! ¡Las mujeres no tienen consideración! Podría haberme avisado.

Edna bajó hacia la playa con paso casi mecánico, sin reparar en nada en especial salvo en que el sol apretaba. No seguía ninguna cadena de pensamientos en particular. Ya había pensado todo lo necesario después de que Robert se marchara, mientras yacía despierta en el sofá hasta la mañana.

Se había repetido una y otra vez: «Hoy es Arobin; mañana será otro. A mí no me afecta, no me importa lo de Léonce Pontellier... ¡pero Raoul y Étienne!». Comprendía ahora claramente lo que había querido decir tiempo atrás cuando le dijo a Adèle Ratignolle que renunciaría a lo no esencial, pero que nunca se sacrificaría por sus hijos.

El abatimiento se había apoderado de ella en la noche de insomnio y no la había abandonado. No había una sola cosa en el mundo que deseara. No había ningún ser humano que quisiera tener cerca, salvo Robert; y hasta llegó a comprender que llegaría el día en que él también, y el recuerdo de él, se irían borrando de su existencia, dejándola sola. Los niños se le aparecían como adversarios que la habían vencido; que la habían dominado y pretendían arrastrarla a la esclavitud del alma por el resto de sus días. Pero ella sabía el modo de eludirlos. No pensaba en nada de esto mientras bajaba hacia la playa.

Las aguas del Golfo se extendían ante ella, centelleando con el millón de luces del sol. La voz del mar es seductora, incesante; susurra, clama, murmura, invita al alma a vagar en abismos de soledad. A lo largo de toda la playa blanca, de un lado al otro, no había ningún ser vivo a la vista. Un pá-

jaro con el ala rota aletaba en el aire sobre ella, vacilando, revoloteando, describiendo círculos hacia abajo, hacia abajo, hasta el agua.

Edna había encontrado su viejo traje de baño colgado todavía, desvaído, de su gancho de siempre.

Se lo puso, dejando la ropa en el vestuario. Pero cuando estuvo allí junto al mar, absolutamente sola, se deshizo de las molestas y ásperas prendas, y por primera vez en su vida se quedó desnuda al aire libre, a merced del sol, de la brisa que la azotaba y de las olas que la invitaban.

¡Qué extraño y solemne parecía estar desnuda bajo el cielo! ¡Y qué delicioso! Se sintió como una criatura recién nacida que abre los ojos en un mundo conocido que nunca ha llegado a conocer.

Las espumosas olitas se rizaban en torno a sus pies blancos y se enroscaban como serpientes alrededor de sus tobillos. Ella avanzó. El agua estaba fría, pero siguió avanzando. El agua era profunda, pero alzó su cuerpo blanco y se lanzó con una brazada larga y amplia. El tacto del mar es sensual; envuelve el cuerpo en su abrazo suave y estrecho.

Siguió adelante. Recordó la noche en que había nadado lejos, y el terror que la había asaltado ante el miedo de no poder regresar a la orilla. Ahora no miraba atrás, sino que seguía adelante, pensando en el prado de hierba azul que había cruzado siendo pequeña, creyendo que no tenía principio ni fin.

Los brazos y las piernas empezaban a cansarse.

Pensó en Léonce y en los niños. Eran parte de su vida. Pero no habrían debido pensar que podían poseerla, cuerpo y alma. ¡Cómo se reiría mademoiselle Reisz, cómo se burlaría quizás, si lo supiera! «¿Y se llama usted artista? ¡Qué pretensiones, madame! El artista ha de poseer el alma valiente que se atreve y que desafía.»

El agotamiento la oprimía y se apoderaba de ella.

«Adiós, porque te quiero.» Él no lo sabía; no lo entendía. Nunca lo entendería. Quizás el doctor Mandelet lo habría entendido si hubiera ido a verlo; pero era demasiado tarde: la orilla quedaba muy atrás, y sus fuerzas se habían agotado.

Miró a lo lejos, y el viejo terror se encendió un instante, luego volvió a apagarse. Edna oyó la voz de su padre y la de su hermana Margaret. Oyó el ladrido de un viejo perro atado al sicomoro. Las espuelas del oficial de caballería tintinearón mientras cruzaba el porche. Había un zumbido de abejas, y el aire se llenó del aroma almizclado de los claveles.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB